Jacques Sadoul

EL GRAN ARTE DE LA ALQUIMIA

Otros Mundos

«Hay otros mundos, pero están en éste»

ELUARD

Jacques Sadoul

EL GRAN ARTE DE LA ALQUIMIA

PLAZA & JANES, S.A.
Editores

Título original:

LE GRAND ART DE L'ALCHIMIE

Traducción de

R. M. BASSOLS

Primera edición: Febrero, 1975

© Editions Albin Michel, 1973
© 1975, PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)

Este libro se ha publicado originalmente en francés con el título de
LE GRAND ART DE L'ALCHIMIE

Printed in Spain — Impreso en España

ISBN: 84-01-31063-6 — Depósito Legal: B. 6.443 - 1975

ÍNDICE

1. Entrevista con un amante de la ciencia . . . 11
2. La alquimia china 23
3. La alquimia egipcia y alejandrina 37
4. La alquimia árabe 49
5. La alquimia europea en el siglo XIII 57
1. Las teorías 59
6. La alquimia en el siglo XIII 71
2. Los hombres 73
7. Flamel y la alquimia del siglo XIV 87
8. La alquimia del siglo XV en Francia, Inglaterra e Italia 101
9. La alquimia del siglo XVI 119
10. Van Helmont y la alquimia del siglo XVII . . . 135
11. La alquimia del siglo XVII. Las medallas alquímicas . 151
12. La alquimia en el siglo XVIII 159
13. La alquimia contemporánea 179

14. El simbolismo hermético 197
15. La alquimia operativa 205
Conclusión 229
Apéndice 235

1

ENTREVISTA CON UN AMANTE DE LA CIENCIA

En la Edad Media, los alquimistas trataban de fabricar oro trasmutando un metal en otro; tal es el concepto más corriente acerca de esta ciencia tradicional. Pero, ¿querían sólo fabricar oro, y fue únicamente la Edad Media la que se benefició de sus actividades?

Contrariamente a la opinión generalizada, no está excluido que la alquimia sea practicada en nuestra época y, entre otros, en Francia, tal como se hacía en tiempos de Alberto Magno, por ejemplo. Numerosos alquimistas conocidos laboran en el horno, y un número aún más elevado de ellos trabaja en secreto y a espaldas de todo el mundo. Existe incluso un colegio iniciático de alquimia, que se ampara en la doctrina Rosa-Cruz, el cual agrupa algunas decenas de miembros. Me ha parecido, pues, interesante, al comienzo de esta obra, y al objeto de entrar directamente en el meollo del asunto, entrevistar a uno de esos alquimistas modernos e interrogarlo sobre su arte. Señalemos que él no se definiría a sí mismo como alquimista, pues ya no trabaja actualmente en el laboratorio, sino como un «amante de la Ciencia», expresión que designa a una persona iniciada en ciertos arcanos de la alquimia, pero que no trabaja en la actualidad en la elaboración del magisterio filosofal, dicho de otra manera, de la Piedra.

Este hombre se llama Bernard Husson. De cuarenta años

de edad, sus actividades profesionales no guardan ninguna relación con la ciencia de Hermes. Desconfía de los periodistas, pero ha leído mi ensayo anterior sobre este mismo tema, y ha aceptado responder a mis preguntas.

J. S. —¿Existen aún alquimistas en mil novecientos setenta y cinco?

B. H. —¡Desde luego! Conocerá usted, por supuesto, los ejemplos de Eugène Canseliet y Armand Barbault, cuyas obras, por varias razones, son sumamente interesantes y de auténtico valor. Conozco algunos otros alquimistas, que me agradecerán que no los nombre, como aquel ingeniero comercial que interrumpió deliberadamente, poco después de cumplir los cuarenta años, una carrera brillante para ir a instalarse en un retiro campestre donde tiene intención de consagrar el resto de su existencia a la práctica de la alquimia, tras haber estudiado a fondo los textos durante diez años. Este caso, evidentemente, es extremo, pero recuerdo también a ese padre de una familia numerosa, metido en actividades comerciales múltiples, y que, no obstante, las suspende periódicamente para entregarse a prolongados trabajos que continúa un año tras otro. He conocido también a un ingeniero químico que trabajó largo tiempo en países musulmanes, en donde se relacionó con alquimistas. Siguiendo sus enseñanzas, había «fabricado oro», muy poco, ciertamente, pero el suficiente a sus expertos ojos de químico como para convencerlo de la realidad positiva de ciertas operaciones alquímicas.

J. S. —Con relación a los siglos anteriores, ¿cree usted que ahora hay más o menos alquimistas practicantes?

B. H. —Me parece que cada vez hay más contemporáneos,

en el sentido literal de la palabra, es decir, de adultos, dedicados, por otra parte, a actividades de la vida moderna, que consagran una parte importante de su tiempo y de sus medios a la práctica de la alquimia. Hay aquí, creo, un hecho nuevo con relación a lo que ocurría a fines del siglo XIX, y antes de la guerra del catorce, cuando era una nota de distinción, entre las gentes adineradas, poseer una hermosa biblioteca y un laboratorio alquímicos, aunque uno y otra estaban destinados, sobre todo, a ser mostrados a los amigos y conocidos.

J. S. —¿Qué opina usted de las asociaciones «secretas» que se amparan en el nombre de la Rosa-Cruz o en el de alguna otra sociedad de los siglos pasados, y que pretenden dar una iniciación alquímica?

B. H. —Veo que usted ya se da cuenta de la contradicción interna existente en su pregunta. Si la organización «secreta» en cuestión es válida, permanece secreta. Efectivamente, en el siglo XVIII existieron semejantes asociaciones en Europa. Pero no he tratado de descubrir si existen o no hoy en día, prefiriendo llegarme por mí mismo a las fuentes de información escritas, cuyo acceso es perfectamente libre en las bibliotecas universitarias.

J. S. —¿Cómo llegó usted a interesarse por la alquimia?

B. H. —En lo que a mí concierne, ignoraba todo lo relativo a este arte hasta los veinticuatro años. Siendo muy joven, me había interesado por la Química y la Historia de las ciencias, pero luego el objeto de mis estudios fueron, sobre todo, las religiones comparadas y la Metafísica. Al llegar a la edad en que uno se plantea la cuestión del futuro, busqué una vía tradicional de realización espiritual. Precisamente en ese momento, fue cuando hallé individualidades calificadas en el conocimiento teórico y práctico de la alquimia, las cuales me hicieron descubrir las obras de Fulcanelli y de Canseliet. Dediqué varios años al estudio crítico de esos textos, así como de las obras de los siglos precedentes, respecto a las cuales me

mostraba sumamente escéptico al comienzo, pero, tras haber recibido gradualmente revelaciones orales, fui capaz de comprobar por mí mismo la veracidad del contenido de algunas de tales enseñanzas.

J. S. —Le fueron hechas, por tanto, revelaciones; ¿cabe aquí hablar de iniciación?

B. H. —En el sentido en que corrientemente se entiende la palabra «iniciación», por ejemplo la del tipo masónico, no recibí ninguna. Pero me beneficié de revelaciones progresivas que me introdujeron a un nuevo modo conceptual de conocimiento. Concretaré que tales enseñanzas apenas habrían tenido algún valor para mí si no hubieran sido precedidas por varios años de búsquedas a investigaciones. Al margen de las revelaciones directas que me fueron hechas por parte de otros alquimistas, tuve frecuentemente, con ocasión de largas entrevistas celebradas con algunos de ellos, la posibilidad de comprender, a través del puro razonamiento, ciertas enseñanzas cuyo carácter simbólico se me había escapado anteriormente.

J. S. —¿Ha intentado usted obrar en la práctica?

B. H. —Por supuesto.

J. S. —¿Ha trabajado usted realmente en el horno, tal como vemos hacer a los alquimistas en las obras de la Edad Media o del siglo XVII?

B. H. —Sí; he tenido que hacerlo después de haber comprobado la imposibilidad de utilizar la electricidad o el gas. En el comercio, no hay ningún horno eléctrico que se adapte a las condiciones requeridas; por añadidura, se corre el peligro de hacer intervenir fenómenos de inducción perjudiciales. En lo que se refiere a los hornos de gas, su principal inconveniente es, además del ruido que producen, pues se necesitan hornos de aire inyectado, la imposibilidad de disponer de un adecuado calentamiento reverberado; ahora bien, es absolutamente indispensable utilizar un horno de reverberación destinado a reflejar el calor. Finalmente, parece que no se pueden miniaturizar las operaciones, como uno estaría tentado de hacer al principio. Un cambio en la escala, incluso aparte las reservas térmicas indispensables, modifica aparentemente por completo las condiciones del experimento. Por tanto, no tuve más remedio, tras muchos años de tanteo, que reconocer la necesidad absoluta de utilizar los hornos cuyos esquemas y planos encontramos en las obras de Química del siglo XVII, y construir luego uno por mí mismo. La principal dificultad reside entonces en lograr la técnica de la conducción del fuego. Hay que saber provocar a voluntad una elevación suficientemente rápida de temperatura, así como, lo que es aún más difícil, saber mantener a veces durante mucho tiempo una temperatura sensiblemente uniforme, pese a la necesidad de tener que ir echando carbón.

J. S. —¿Ha obtenido usted resultados?

B. H. —Estas manipulaciones me han permitido comprender muchas alusiones simbólicas o alegóricas de las que, de otra manera, no me habría percatado. En realidad se trata de trabajos prácticos que permiten juzgar la veracidad de las recetas prodigiosas existentes en los textos alquímicos, la mayor parte de las cuales son intencionadamente falsas. Eso es lo que los antiguos alquimistas llamaban seguir las posibilidades de la Naturaleza.

J. S. —Pero, ¿ha conseguido usted fabricar oro o elaborar la Piedra Filosofal?

B. H. —No. Me han faltado tiempo y dinero. He tenido que interrumpir mis experimentos prácticos.

J. S. —¿Lamenta usted ambas cosas?

B. H. —En absoluto. Sólo lamento no haber podido dedicarme más a tales investigaciones que me proporcionaron las mayores satisfacciones.

J. S. —¿Accedería usted a facilitar los detalles de las operaciones que realizó?

B. H. —Después de haber dudado mucho tiempo, y haber consultado con mis «cofrades», me dejé persuadir por ellos y respetaré la obediencia de la discreción.

J. S. —¿Y por qué guardar secreto sobre esos detalles?

B. H. —En primer lugar, a fin de conservar relaciones amistosas son aquellos que me honraron con ciertas confidencias, aun cuando posteriormente se puso de manifiesto que las llamadas «confidencias» habían sido publicadas, aunque fragmentariamente, hace dos siglos. Y, segundo, y sobre todo, para no privar a los investigadores actuales y futuros del placer de descubrir tales cosas por sí mismos, y no frustrar su intelecto de los beneficios que únicamente puede aportarles el esfuerzo personal de elucidación del simbolismo, esfuerzo que debe ser gradual, y cuyas divulgaciones, por parte mía, al ser parciales, suprimirían los primeros escalones, los más fáciles en el acceso a la escalera de los Sabios.

J. S. —¿No guarda la alquimia también una cierta relación con la mística?

B. H. —Eso depende del sentido concreto que se dé a la palabra. En el sentido vulgar, se entiende por misticismo un carácter afectivo llevado a la exaltación del compromiso, la mayor parte de las veces religioso, pero en ocasiones también ideológico. En ese sentido exterior, la alquimia fue y es efectivamente para mí una mística. Me sentí feliz de «sacrificar» a ella mi tiempo, mis medios y mi energía, sin que con ello se beneficiara mi personalidad social. Actualmente prosigo mis investigaciones, sin esperar sacar ventajas pecuniarias, por ejemplo mediante la fabricación de oro, ni siquiera contar con obtener remedios susceptibles de mitigar los achaques de la edad. Por otra parte, no excluyo tales posbilidades, aunque son para mí secundarias con relación al atractivo propio de la búsqueda. Si considero ahora la palabra «mística» en el sentido, único válido, de realización espiritual, señala entonces un Intelecto Agente y Teología. La mística propiamente dicha se asimila a lo que se llama «devotio moderna», una forma de degradación de las técnicas de progreso espiritual, aparecida en el siglo XVI, en una época de crisis en la Iglesia. En esta acepción, la alquimia no es para mí una mística, sino, operativamente, una técnica muy concreta, muy precisa que no tolera el menor error. En este sentido constituye un punto de apoyo y una salvaguardia para llegar a los «estados superiores del ser». El místico está constantemente sujeto al riesgo de errores referentes a sí mismo, errores que pueden llegar hasta la locura. El alquimista, por su parte, sabe que no puede engañarse acerca de sus trabajos: la transmutación metálica es, para él, una prueba positiva de su éxito.

J. S. —Habla usted de una prueba positiva de su éxito. ¿Acaso la alquimia no es, sin embargo, una engañifa con respecto a la ciencia moderna?

B. H. —Consideraré la palabra moderno en el sentido empleado corrientemente para referirse a los tiempos históricos posteriores, en Europa, a la época del Renacimiento. Varios químicos, a los que la Química debe descubrimientos comprobados (Mynsicht) han sido paralelamente alquimistas practicantes. Newton es, sin duda, un físico moderno; lo menos conocido es que fue también un alquimista. La importante partida de documentos personales que él no destruyó antes de morir, así como el catálogo de su biblioteca, han permitido establecer formalmente que él estudió y practicó la alquimia durante treinta años con un espíritu tradicional, enteramente distinto de sus investigaciones propiamente químicas, matemáticas y físicas. La alquimia habría sido una trampa para Newton si la hubiera estudiado como químico, pero supo separar con claridad sus trabajos alquímicos de sus otras investigaciones. Por su parte, señaló: «He visto la sal de los filósofos.» Manteniéndonos en el terreno de los hechos y los experimentos, podemos evocar los del profesor florentino Piccardi, a propósito del Año Geofísico Internacional de mil novecientos sesenta, creo, donde se estableció que, según los períodos del año y las latitudes, un mismo fenómeno de precipitación cristalina presentaba variaciones considerables. Este experimento, propiamente «astrológico», afecta también muy de cerca a la alquimia, por la naturaleza de las sustancias que intervienen

en la obra. Pasemos ahora al otro extremo del espectro de la tradición alquímica, descompuesto por la red que constituyen las disciplinas científicas modernas, debido a su compartimentación actual. Las investigaciones del profesor Jung, expuestas en su obra *Psicología y Alquimia*, han establecido la estrecha analogía que existe entre el proceso de individuación, es decir, de reconstitución de la unidad del yo psicológico, en la curación de las neurosis, con el del retorno al estado primordial, unitario, de la consciencia superior, en los estadios sucesivos, simbólicamente figurados, de la elaboración de la «Piedra filosofal». Por tanto, responderé definitivamente a su pregunta a través de la afirmación contraria de que la ciencia moderna aparece como una engañifa con respecto a la alquimia, si olvidamos que ambas no persiguen los mismos objetivos, afirmación más cierta, me parece, que su afirmación inicial de que, debido a sus conocimientos o sus estudios alquímicos, algunos espíritus científicos han realizado, en una cierta época, descubrimientos en diversas ciencias modernas, pero que, inversamente, ningún método moderno de investigación científica permite obtener resultados o siquiera adquirir teorías válidas en alquimia. Una transmutación obtenida por medio de la física nuclear, por ejemplo, nada tiene que ver con la alquimia.

J. S. —Por consiguiente, usted no cree en absoluto que la alquimia pertenece sólo al pasado, sino que, por el contrario, se trata de una ciencia del futuro.

B. H. —Creo que tiene un inmenso porvenir ante sí, pese a existir elementos desfavorables, en particular factores sociales o materiales que hacen penosa su práctica. Esos factores son, por otra parte, los mismos que amenazan actualmente a nuestra especie, tanto en el aspecto libertad, como en el de su propia vida. Abuso de los medios de coacción ideológicos y tecnológicos con fines políticos totalitarios; educación orientada, perfeccionamiento del espionaje individual y colectivo, etc. Pero todos esos riesgos parecen incluso difuminarse ante peligros más graves y más inmediatos que amenazan el medio

ambiente natural: creciente dificultad de subsistir en el campo, contaminaciones diversas de naturaleza química, como anticipo de las de naturaleza propiamente física, es decir, unos índices de ionización anormales tanto en la baja como en la alta atmósfera. Todo ello constituye otras tantas cortapisas a la práctica de la alquimia. Añadamos también la creciente dificultad de obtener los minerales indispensables. Sin embargo, pienso que los amantes de la ciencia sabrán superar tales dificultades y proseguir la obra tradicional.

J. S. —¿Tiene usted alguna conclusión general que formular?

B. H. —Filosóficamente, la alquimia es una disciplina por la que el ser humano busca, y debe lograr, observar, y luego experimentar, en todo el sentido de la palabra, lo que la teología cristiana llama el misterio de la Encarnación. Añadiré que la alquimia ha estado y sigue estando, natural y fundamentalmente, en la base de toda religión o filosofía «revelada», es decir, susceptible de conducir al hombre verdadero (y no sólo al animal racional) a «estados superiores del ser».

2

LA ALQUIMIA CHINA

Si incluso la hierba chu-sheng puede prolongar la vida,
¿Por qué no pruebas tú de meter el elixir en tu boca?
El oro, por su naturaleza, no perjudica;
Asimismo, es, de todos los objetos, el más precioso.
Cuando el alquimista lo incluye en su dieta
La duración de la vida se hace eterna...
Cuando el polvo dorado penetra en las cinco entrañas,
La niebla se disipa como las nubes de lluvia por el viento...
Los cabellos blancos se vuelven otra vez negros;
Los dientes caídos aparecen de nuevo.
El viejo debilitado es nuevamente un joven lleno de deseo;
La vieja arruinada se convierte otra vez en una muchacha.
Aquel cuya forma ha cambiado y que ha escapado a los peli-
[gros de la vida
Tiene por título el nombre del hombre real.

Este poema se debe a la pluma del alquimista chino Wei-Po-yang, y está sacado de su tratado *Ts'an T'ung Ch'i*, el cual

data del año 142 d. de J. C. (traducido por M. Eliade, según Waley en *Notes on Chinese Alchemy*). Por otra parte, una leyenda cuenta que Wei-Po-yang preparó unas píldoras de inmortalidad, a base de elixir filosofal, que le habrían permitido, así como a sus discípulos y su perro, abandonar la Tierra juntamente con su cuerpo y unirse a los demás inmortales.

Toda una tradición alquímica, muy anterior al siglo II d. de J.C., había precedido los trabajos del nuevo inmortal. La fecha es difícil de establecer con precisión, pero no debería ser más reciente que el siglo VI o VII a. de J.C. Al igual que en lo referente a la escuela babilonia de alquimia, de la que nació la tradición occidental, parece que el origen de este arte debe buscarse en la Cofradía de los Herreros. El fuego fue la primera gran adquisición de la Humanidad naciente, la primera invención que le permitió pasar del estado de la bestialidad al de la precivilización. Los poseedores del fuego y, posteriormente, los técnicos del fuego, fueron seguramente los «sabios» de la época. Si bien los primeros herreros se limitaron, sin duda, a la fabricación de armas o de utensilios de cocina, pronto llegaron a elaboraciones más complejas, gracias al descubrimiento de las aleaciones. Ahora bien, a los ojos de un no científico que vive en un universo de mentalidad mágica muy acentuado, una aleación no es otra cosa que la transmutación de dos metales en un tercero. Yo no creo que sea preciso ir a buscar más lejos la idea de la posibilidad de las transmutaciones metálicas y, por tanto, el origen de la alquimia.

En su obra *Danzas y leyendas*, Marcel Granet recalcaba que el taoísmo de Laotsé «se remonta hasta las cofradías de herreros, poseedores de la más prestigiosa de las artes mágicas y del secreto de los poderes primordiales». El taoísmo fue el primer hogar espiritual donde se desarrolló la alquimia. Siempre a propósito del papel de los herreros en el origen de este arte, René Alleau escribe en el artículo «Alquimia» de la *Encyclopedia Universalis*: «Una tradición notable, citada por Granet, ilustra el doble poder del herrero, que es capaz, bien de armar al señor, bien de desarmarlo repentinamente. Queriendo dar un poder invencible a los dos sables del defensor del dominio, un herrero los bautizó con la sangre de sus propios hijos. En adelante, el señor empezó a triunfar en todos sus combates; pero cuando el herrero profería el nombre (Ming) de sus hijos, las dos hojas, escapando de las manos del guerrero, emprendían el vuelo en seguida y acudían a posarse respetuosamente sobre el pecho paterno. Así, el dueño de los secretos de los metales daba la sangre de su raza para garantizar el triunfo de la raza del señor, lo cual sería inconcebible si no participara en absoluto en el prestigio de la fundación patrimonial; pero, por otro lado, conserva el poder del nombre misterioso, del Ming de su propia línea ancestral. Esta singular independencia responde a una autonomía viviente del metal mágicamente preparado.»

Laotsé nació en el siglo VI a. de J. C., y, al parecer, no llegó a practicar la alquimia, pero su enseñanza unía puntos de vista metafísicos a soportes materiales (medicinas) con el objetivo de prolongar la vida, lo cual nos proporciona otro de los componentes de la teoría alquímica. Tal como lo demostró perfectamente Mircea Eliade, en su estudio *Herreros y alquimistas*, la alquimia china se constituye en ese momento, en el terreno del concepto, al integrar los principios cosmológicos tradicionales de la China antigua con diversos mitos que se refieren al elixir de la larga vida y a los inmortales, así como con técnicas que apuntan a prolongar la vida y a alcanzar la felicidad. «La solidaridad es evidente —escribe Eliade— entre "la preparación del oro", la obtención de "la droga de inmortalidad", y la "evocación de los inmortales": Luan Tai se presenta ante el emperador Wu y le asegura que puede operar esos tres milagros, pero no consigue más que "materializar" a los inmortales. El mago Li-Chao-kiun recomienda al emperador Wu Ti, de la dinastía Han: "Haced sacrificios al horno, y podréis hacer acudir a seres sobrenaturales; cuando hayáis hecho venir los seres sobrenaturales, el polvo de cinabrio podrá ser

transmutado en oro amarillo; cuando el oro amarillo haya sido producido, podréis hacer con él utensilios para beber y para comer, y entonces tendréis una longevidad prolongada. Cuando gocéis de vuestra longevidad prolongada, podréis ver a los bienaventurados de la isla P'ong-lai, que está en medio de los mares. Cuando los hayáis visto, y efectuado los sacrificios *fong* y *chan*, entonces no moriréis.»

Vemos claramente aparecer en este texto la idea de transmutación metálica a partir del cinabrio, es decir, del sulfuro de mercurio, lo cual nos pone ya en presencia de los dos cuerpos tradicionales de la alquimia europea desde la Edad Media hasta nuestros días: el azufre y el mercurio de los filósofos.

El más célebre alquimista chino fue Ko Hung (254-334), el cual nació en Chu Jung, en tiempos de la dinastía Chin. Su tratado se denomina el *Pao Pu Tsu* (1). Cierto día se enteró de que en la región de Chiao Chih existían unas arenas rojas que no eran otra cosa que cinabrio, e inmediatamente solicitó convertirse en el gobernador de esa provincia. Pero el gobernador de otra demarcación que él debía atravesar le impidió proseguir su viaje, y tuvo que permanecer muchos años en la montaña Lo Fu Shan. Allí, se vio en la necesidad de fabricar el elixir de la inmortalidad, y, según se dice, lo logró, puesto que su cuerpo desapareció completamente; sólo sus vestidos quedaron en el lecho mortuorio. Señalemos que, según el *Hsien Ching*, la extraordinaria muerte de Ko Hung no era, con todo, la suprema realización de los artistas de la inmortalidad: «Un hombre de la máxima habilidad sube al cielo con todo su cuerpo terrestre; es llamado *t'ien hsien* (inmortal celeste). Un hombre medianamente diestro penetra en una montaña sagrada; es llamado *ti shien* (inmortal terrestre). Un hombre de la más mediocre habilidad primeramente muere, y luego desaparece, dejando tras él sólo sus vestidos; se le llama *shih chieh hsien* (inmortal cuyo cuerpo desaparece).» ¡Esta «muy mediocre habilidad» satisfaría, sin embargo, a la mayoría de nosotros! Hay que añadir, no obstante, que, caritativamente, el *Hsien Ching* agrega que un hombre puede adquirir su inmortalidad incluso después de su muerte. En todo caso, el desgraciado Ko Hung, lejos de ser admirado por haber accedido a la inmortalidad, se convierte en objeto de la burla general. Vaya, dicen sus contemporáneos, he ahí a un hombre que ha estudiado las artes sagradas durante toda su vida y que sólo ha conseguido llegar a ser un inmortal de última clase... ¡qué irrisión!

(1) Debe señalarse que el nombre de su tratado se le ha dado a veces como seudónimo a Ko Hung.

Vamos ahora a examinar las enseñanzas alquímicas que podemos encontrar en el *Pao Pu Tsu*. Ante todo, en el cuarto capítulo de la primera parte, titulado *Chin Tan*, es decir, la droga dorada, el autor cuenta cómo se convirtió en alquimista; explica que un libro sagrado, el *Chin Tan Hsien Ching*, fue escrito en los tiempos antiguos por un sabio que lo transmitió a otro, y así sucesivamente hasta llegar al maestro de Ko Hung: «Mi maestro Cheng Hsuan era discípulo de Hsien Kung, quien le transmitió el volumen susodicho. Pero era pobre y no pudo obtener los materiales necesarios para la fabricación de las medicinas. Hacía mucho tiempo que yo estaba a su lado como estudiante-servidor cuando recibí los textos sagrados, después de haber prestado juramento; entonces erigí un altar en la montaña Ma Chi Shan. Asimismo me fueron transmitidos varios secretos oralmente. Han transcurrido ya veinte años desde que los recibí, pero a causa de mi extrema pobreza no he hecho otra cosa que gemir. Hay gentes muy ricas que han acumulado montañas de riquezas y que, sin embargo, ignoran que yo poseo el secreto de la inmortalidad, y que, incluso aunque les fuera revelado, se negarían a creerlo.»

La inmortalidad era, pues, el objetivo supremo de la enseñanza de Ko Hung. En este sentido, se extiende más particularmente en el capítulo *Lun Hsien* (un ensayo sobre los inmortales): «La oposición entre la vida y la muerte, o entre el comienzo y el fin, es, de hecho, sólo la expresión general de un fenómeno natural. Si se examina la cosa con más detalle, ve-

mos que no existe forzosamente semejante oposición. En verdad, la diversidad de las cosas es infinita, y algunas de ellas son de la misma naturaleza, aun cuando parecen diferentes. No debería formularse nunca una ley general. Las cosas que tienen un comienzo suelen tener asimismo un fin, pero esto no es una verdad universal. Se admite que todo crece en verano, y, sin embargo, el ajo y el trigo desaparecen en esa estación. Está admitido que todo se marchita en invierno, y, no obstante, bambúes y pinos florecen en dicha estación. Está admitido que todo debe tener un fin, si ha tenido un comienzo, pero el cielo y la tierra no tienen un fin.» Y todo eso para llegar a la conclusión de que: «Si se lleva una generalización demasiado lejos, se termina siempre cayendo en el error, tal como esos diversos ejemplos lo han mostrado. Del mismo modo, no debemos asombrarnos de que los *hsien* (los inmortales) no mueran como los demás hombres.»

Ko Hung hace intervenir entonces a los adversarios de su teoría, y les concede la palabra: «Podemos admitir que los *hsien* difieren mucho de los hombres ordinarios, del mismo modo que el pino, que goza de una vida muy larga, difiere de las demás plantas. Así, la longevidad de los *hsien*, por ejemplo de Laotsé, ¿no puede ser, acaso sólo un don de la Naturaleza? No podemos creer que cualquiera pueda aprender a beneficiarse de una extrema longevidad tal como ellos lo han hecho.» «Naturalmente, el pino pertenece a una especie diferente de los demás árboles —responde Ko Hung—. Pero en lo que concierne a Laotsé y los otros inmortales, se trata de seres humanos. Puesto que ellos han podido vivir durante mucho tiempo, lo mismo puede ocurrir en nuestro caso. Por ello poseo el arte de preparar el elixir de larga vida que puede permitir a todo hombre gozar de una vida eterna.» Todavía insatisfecho, alguien protesta: «Si las medicinas que empleáis fueran de la misma sustancia que nuestro cuerpo, podrían ser eficaces, pero teniendo en cuenta que se trata de medicinas de un origen completamente diferente, nada puede convencerme de su eficacia.» Ko Hung responde entonces a esa objeción, diciendo: «Por más que bebas un extracto de cabello y de piel, ello no te curará de tu calvicie. Eso demuestra que una medicina de la misma naturaleza que tu cuerpo carece de efecto. Por el contrario, podemos curarnos mediante plantas. Esto es la prueba de que algo de una naturaleza diferente a nuestro cuerpo puede producir efectos medicinales sobre él. Así vemos que la eficacia de un medicamento es independiente del hecho que sea o no sea de la misma naturaleza que nuestros órganos.»

La segunda enseñanza principal del *Pao Pu Tsu* reside en la fabricación del oro. El decimosexto capítulo está especialmente dedicado a ello; se denomina *Huang Pai*, «Amarillo y blanco», es decir, el oro y la plata. Aquí, Ko Hung discute posibilidades de transmutación metálica, basando sus diversas explicaciones en el razonamiento analógico, tal como había hecho anteriormente. Dice: «El cambio aparece por doquier en la Naturaleza. Numerosas sustancias se transforman en muchas otras; ¿por qué, pues, el oro y la plata serían los únicos en no proceder de otras fuentes?» No insistiré en el aspecto filosófico de esta teoría, sino, naturalmente, en su lado práctico, dando una de esas recetas para fabricar oro que se puede encontrar en el capítulo *Chin Tan* (La droga dorada) del *Pao Pu Tsu*; este método se denomina *hsuan huang*, designando la primera palabra el color de los cielos, y la segunda, el color de la tierra, lo cual sugiere que esta receta encierra en sí todos los misterios del cielo y la tierra. El método en sí mismo es muy simple: «Mezclad algunas docenas de libras de cada una de las nueve sustancias siguientes: *hsiun huang shui*, etc.» La principal dificultad reside en la identificación de los nueve cuerpos citados, cuyos nombres han cambiado con el transcurso de las edades, y cuya composición química, de todos modos, nunca ha sido precisada. Su estudio ha sido efectuado por el doctor Masumi Chikashige, profesor de la Universidad Imperial de Kyoto, en su libro *Alquimia oriental*, publicado en

Tokio, en 1929, que es una de las obras fundamentales para todo lo que se refiere a la alquimia china o japonesa.

El primer ingrediente, *hsiun huang*, es el oropimente, es decir, el mineral de sulfuro de arsénico; el segundo, *hsiun huang shui*, parece ser su extracto según un método indicado por Ko Hung en un comentario sobre su propio libro: «Se coloca una libra de ese mineral (el oropimente) en un cilindro de bambú; se añaden entonces dos onzas de salitre; se taponan con paja los dos extremos del bambú, se lo sella con *ch'i ku wan* (una sustancia no identificada) y se lo mantiene inmerso en auténtico vinagre a una profundidad de un metro. El contenido del cilindro se disuelve al cabo de veinte días.»

La tercera sustancia es de naturaleza fría, ácida al gusto, de un color azul pálido y es capaz de cambiar el hierro en cobre. El doctor Chikashige supone que se trata de sulfato de cobre. La cuarta es salada, generalmente blanca, se funde en verano, y no es tóxica. Todo esto parece apuntar a la sal común, y podemos ver ahí al cloruro de sodio mezclado con algunas sales de potasio y de magnesio. El quinto ingrediente es una sal de álcali (cloruro de amonio, urea, otra sustancia orgánica). El *Mu Li* es obtenido por la calcinación de conchas, y debe, por tanto, contener esencialmente carbonato cálcico. El siguiente compuesto no es otra cosa que talco; el siguiente es plomo blanco, es decir, carbonato básico de plomo. El último se denomina *Ch'ih shih chich*, y es el más difícil de identificar. Estas palabras significan la gran piedra roja; según un tratado chino muy antiguo, aunque posterior a Ko Hung, esa sustancia es descrita así: «Es de un color rojo melocotón, y se vuelve lustrosa cuando se la frota con la uña. La variedad cuya granulación es fina y que se adhiere a la lengua es la de mejor calidad.» Este último compuesto ha podido ser encontrado y analizado por el doctor Chikashige; se trataba de un óxido de hierro mezclado con sílice, pero no era seguro que fuera realmente el *Ch'ih shih chich* tal como lo entendía Ko Hung. A decir verdad, el misterio podría ser resuelto, pues un

pedazo de dicha sustancia se encuentra en el museo imperial de Nara, y data de apenas dos siglos después de la época de Ko Hung. Pero aquí se plantea un problema de lesa majestad, pues se trata de un objeto perteneciente al emperador, tal como lo dice el doctor Chikashige al terminar su estudio: «Aunque no soy tan irreverente como para pensar en analizarlo, ya que se trata de una posesión imperial, me he atrevido, con un profundo respeto y movido solamente por mi humilde deseo de servir a la Ciencia, a preguntarme si la clave secreta de la alquimia no está quizás oculta en ese trozo de *Ch'ih shih chich*.»

Para llegar a la preparación de Ko Hung, cuyos ingredientes han sido ahora más o menos identificados, he aquí la serie de operaciones necesarias para obtener oro. Con esas diversas sustancias, se preparaba una pasta que era calentada durante treinta y seis días. A menudo, para mantener el calor, se utilizaba estiércol de caballo. Tras los treinta y seis días de calentamiento, se añadía un centenar de libras de mercurio a 240 g de la sustancia obtenida, y se calentaba la mezcla. Si la operación había tenido éxito, en el mercurio debería aparecer oro. Se trataba, más bien, de un «procedimiento particular» para fabricar oro, como frecuentemente lo han imaginado algunos alquimistas occidentales —a veces con éxito—, más que de una transmutación metálica propiamente dicha, al menos en el sentido en que los grandes alquimistas árabes y europeos lo entienden.

A partir del siglo VI d. de J.C., aproximadamente, la alquimia china se alejó cada vez más de la práctica para encaminarse hacia las vías místicas de la alquimia espiritual. Las operaciones de los viejos maestros fueron entonces entendidas en su forma alegórica y aplicadas únicamente al hombre, considerado en sí mismo como receptáculo y objetivo último de la obra. Esta alquimia «esotérica» es expuesta en el tratado sobre *El dragón y el tigre* de Su Tung-P'o, compuesto en el año 1110 d. de J.C., y en el que el autor escribe: «El dragón es el mercurio. Es el semen y la sangre. Viene del riñón y es conservado en el hígado... El tigre es el plomo. Es el aliento y la fuerza corporales. Surge del espíritu, y es conservado por los pulmones... Cuando el espíritu se mueve, el aliento y la fuerza actúan al mismo tiempo que él. Cuando los riñones se hinchan, el semen y la sangre corren al mismo tiempo que ellos.» (Waley, *Notes on Chinese Alchemy.*) A partir de ese momento, la alquimia taoísta abandona la vía operativa que nos interesa aquí, y, por tanto, no la seguiremos.

El único contacto que parece haber tenido el Japón antiguo con la alquimia fue el paso de Hsu Fu, que visitó ese país con el fin de descubrir el elixir de larga vida, a petición del primer emperador de la dinastía Ch'in, es decir, hacia el año 200 a. de J.C. Por el contrario, existía una alquimia india muy antigua, pues se ha descubierto una traducción china de un tratado de Nagaryuna, anterior en trescientos años a los comienzos de la alquimia árabe, y que indica dos métodos de transmutación en oro. Parece que existió una alquimia operativa, esencialmente mágica, en un período remoto de la historia india, pero, muy rápidamente, la alquimia fue empleada sólo como técnica espiritual en ese país. Tal como dice Mircea Eliade, en el capítulo que dedica a la Alquimia india de su obra *Herreros y alquimistas*: «Todo esto equivale a decir que, para el alquimista indio, las operaciones sobre las sustancias minerales no eran, y no podían ser, simples experimentos químicos: por el contrario, guardaban íntima relación con su situación kármica; en otras palabras, tenían consecuencias espirituales decisivas.»

Vamos ahora a abandonar la alquimia oriental, para llegar a la escuela alejandrina, en la cual, debido a la influencia de Marcelin Berthelot, durante mucho tiempo se creyó ver la cuna de todo el arte hermético.

3

LA ALQUIMIA EGIPCIA Y ALEJANDRINA

Para los autores de la Antigüedad, la alquimia se remontaba a Hermes Trismegisto, rey fabuloso de la época prefaraónica. Se le atribuyen numerosos tratados, que son ciertamente apócrifos; pero, sobre todo, se le reconoce la paternidad de la famosa *Tabla de Esmeralda*, que es la biblia hermética (1) de todos los alquimistas y astrólogos. Se trata de un resumen muy breve de la Gran Obra presentado en una forma simbólica, abstracta y muy difícil de comprender. Según una leyenda, dicha tabla habría sido grabada, se supone que con una punta de diamante, sobre una lámina de esmeralda; de ahí su nombre. Quiero citarla aquí *in extenso*, en la traducción del adepto contemporáneo Fulcanelli, que me parece la más clara:

«Es verdad, sin mentira, cierto y muy verdadero:

»Lo que está abajo es igual a lo que está arriba, y lo que está arriba es igual a lo que está abajo; por esas cosas se hacen los milagros de una sola cosa. Y como todas las cosas son y proceden del UNO, por mediación del UNO, así todas las cosas han nacido de esa cosa única por adaptación.

»El Sol es su padre, la Luna, su madre. El viento la ha traído en su vientre. La Tierra es su nodriza y su receptáculo. El Padre de todo, el Telemo del mundo universal está aquí. Su

(1) El adjetivo hermético procede del nombre Hermes. Parece que este rey legendario no tiene ninguna relación con el dios griego, que fue llamado Mercurio por los romanos.

fuerza o poder permanece intacto, si es convertido en tierra. Tú separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero, suavemente, con gran maña. Él sube de la tierra y desciende del cielo, y recibe la fuerza de las cosas superiores y de las cosas inferiores. A través de ese medio, tendrás la gloria del mundo, y toda oscuridad se apartará de ti.

»Es la fuerza, fuerte con toda la fuerza, pues ella vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida. Así, el mundo ha sido creado. De ello saldrán admirables adaptaciones, cuyo medio es ofrecido aquí.

»Éste es el motivo por el que he sido llamado Hermes Trismegisto, al poseer las tres partes de la filosofía universal.

»Lo que he dicho de la Obra Solar está completo.»

En esta *Tabla de Esmeralda* hallamos los dos grandes principios de la filosofía hermética, a saber, la unidad de la materia (todas las cosas han nacido, por adaptación, de esta cosa única), lo cual es un concepto científico que sólo nuestro siglo ha conseguido demostrar, y, por otro lado, la unión del microcosmos (es decir, el hombre) con el macrocosmos (es decir, el Universo), que viene indicada en la frase: «Lo que está arriba es igual a lo que está abajo.» Esta doctrina metafísica es el fundamento de la astrología, así como de la alquimia, pero no es admitida por la ciencia moderna, al menos en su estado actual de progreso.

Ese texto nos permitirá también tratar de definir la etimología exacta de la palabra «alquimia», que es muy controvertida. Su origen es seguro. Se trata de las dos palabras árabes *al kimiya*, en donde *al* es un artículo definido, mientras que el sentido generalmente aceptado para *kimiya* es el de «tierra negra», nombre que puede estar relacionado con el propio Egipto (si damos crédito a Plutarco) o con la negrura, que es uno de los estadios de la obra alquímica. Pero es posible también otra etimología. En los viejos tratados griegos, hallamos a veces referencias a un fundador mítico de la alquimia llamado Kemes. Ahora bien, uno de los alquimistas de Alejandría,

Zósimo el Panapolitano, que pronto descubriremos, indica en uno de sus tratados que Kemes era un «profeta judío». Escuchemos entonces el análisis sutil de René Alleau (*Encyclopedia Universalis*, artículo «Alquimia»): «Ese autor, según un procedimiento frecuente en la literatura hermética, oculta así una preciosa indicación filológica mediante un hecho seudohistórico: la *leyenda* tiene en este caso su sentido primero, y revela exactamente "lo que se debe leer", es decir, lo que el iniciado debe entender.» Habiendo vivido largo tiempo en Alejandría, que contaba entonces con numerosos sabios judíos, Zósimo no podía ignorar que, en hebreo, *kemes* significa sol. Al objeto de precisar su propósito, Zósimo, en sus *Instrucciones a Eusebio*, declara: «El gran sol produce la Obra, ya que todo se realiza a través del sol.»

Es fácil comparar esta definición con el final de la *Tabla de Esmeralda*: «Lo que he dicho de la Obra Solar está completo.» La alquimia sería, pues, la ciencia basada en los *misterios* del sol, es decir, en las revelaciones iniciáticas hechas por los sacerdotes de los cultos solares de Mesopotamia y, posteriormente, de Egipto.

¿Fue el antiguo Egipto la cuna de la alquimia occidental? Nada hay menos seguro, pues, en realidad, parece que esa ciencia, así como sus hermanas, la astrología y la astronomía, fueron importadas de Babilonia. Sabemos hoy que la astrología nació en Sumer, es decir, en la muy antigua Caldea, en el IV milenio a. de J.C., o incluso antes; no poseemos una certidumbre similar en lo que concierne a la alquimia, aunque numerosos indicios permiten pensar que las aportaciones caldeas fueron importantes. Los autores alejandrinos, que nos dejaron los primeros textos herméticos escritos en esta región del Globo, se refieren frecuentemente a las enseñanzas recibidas de Babilonia. Uno de los más antiguos, que usurpó el nombre del filósofo griego Demócrito, tuvo por maestro a un caldeo, el medo Ostantes; por otra parte, este seudo Demócrito compara a menudo las prácticas de los adeptos persas con las de

los egipcios. Zósimo habla también de maestros procedentes de Persia, tal como el seudo Zoroastro, y Olimpiodoro cita el Libro de los Kiránidas, cuyo origen persa parece seguro.

Así, pues, parece que la alquimia occidental tuvo por cuna, al igual que la astrología, la antigua Caldea, de donde pasó a Egipto, y, posteriormente, conquistó el mundo griego. De hecho, cuando la encontramos en Alejandría, entre los siglos III y VIII d. de J.C., esta alquimia es ya decadente y está profundamente alterada. De forma bastante paradójica, la importancia que los historiadores de las ciencias atribuyen a esta escuela alquímica de Alejandría no procede en absoluto de sus aportaciones reales, sino de los trabajos de un químico contemporáneo, Marcelin Berthelot. En efecto, este autor publicó, en 1885, una obra muy importante titulada *Los orígenes de la alquimia*, así como un volumen de traducciones de los textos alquímicos griegos de la Antigüedad. Berthelot, que ignoraba totalmente la anterioridad de la alquimia china, y no poseía un conocimiento profundo del estado de esta ciencia en el antiguo Egipto y en Babilonia, creyó descubrir los orígenes del arte hermético en la única escuela alejandrina: debe a este error lo esencial de su celebridad usurpada.

El maestro indiscutible al que estaba ligada toda la escuela alejandrina era el filósofo griego Demócrito (muerto en el 357 a. de J.C.). Él fue el fundador de la escuela atomista, abandonada en la Edad Media y durante el Renacimiento, pero reconocida como verdadera hoy en día. Demócrito poseía una mente científica de primer orden, que ponía en práctica una severa crítica racionalista, y Aristóteles se refiere a menudo a su autoridad.

Demócrito había nacido en Abdera, pequeño puerto del mar Egeo. Su padre tenía un cargo importante en la Corte de Jerjes, rey de Persia, y la educación del joven fue confiada a los mejores filósofos de la nación, entre los cuales figuraba Ostanes, el caldeo ya citado, que será otro de los «grandes antepasados» reivindicados por la alquimia alejandrina. Demócrito

no juzgó suficientes las enseñanzas que había recibido, y decidió viajar. Así, según Diodoro, Demócrito pasó cinco años de estudios en Egipto. Ahí es donde habría sido iniciado a la filosofía hermética, e incluso (si prestamos crédito a Plinio) a la magia. Aquí es donde, desde la Antigüedad, la historia del verdadero Demócrito y la del seudo Demócrito, el alquimista alejandrino que usurpó su nombre, comienzan a penetrarse mutuamente. Según la crónica de Syncellus (*Chronographiae*, página 248), Demócrito llegó hasta Menfis, donde encontró, en el templo de esta ciudad, a la famosa alquimista María la Judía, convirtiéndose en su amigo. Ambos habrían recibido entonces de los sacerdotes egipcios una iniciación hermética elevada; en particular, habrían aprendido los medios para fabricar oro, plata y piedras preciosas. Esas enseñanzas son las que Demócrito habría resumido en su tratado *El arte sagrado* en el que rendía homenaje a Ostanes y a sus maestros egipcios (*De auro et argento et lapidibus et purpura, sermone per ambages compositio scripsit, quo dicendi genere usa est etiam Maria).* ¡Por desgracia, más bien parece que esa María la Judía vivió en el siglo IV d. de J.C., y no antes!

La principal obra alquímica del autor, o de los autores, que firmaron con el nombre de Demócrito, es *Physica et Mystica.* Este libro carece de unidad, pues comienza con una receta práctica para teñir los tejidos de púrpura, continúa con una evocación de los infiernos de Ostanes, el maestro legendario de Demócrito, y finaliza con recetas de procedimientos alquímicos. He aquí cómo Marcelin Berthelot habla del contenido de esta obra, que él estudió particularmente: «El segundo fragmento (evocación mágica) cuenta que habiendo muerto el maestro sin haber tenido tiempo de iniciar a Demócrito en los misterios de la Ciencia, este último lo evocó del seno de los infiernos: "¡He aquí la recompensa por todo lo que he hecho por ti!", exclamó la aparición. A las preguntas de Demócrito, respondió: "Los libros están en el templo." Sin embargo, no se consiguió encontrarlos. Algún tiempo después, durante un

festín, una de las columnas del templo se entreabrió, dejando ver los libros del maestro, los cuales encerraban sólo los tres axiomas místicos: "La naturaleza se complace en la naturaleza; la naturaleza triunfa de la naturaleza; la naturaleza domina la naturaleza"; axiomas que reaparecen luego como un estribillo, al final de cada uno de los párrafos del opúsculo alquímico propiamente dicho.» (...)

«Sea lo que sea, el relato de la evocación que acabo de efectuar nos lleva a las obras mágicas apócrifas que se atribuía ya a Demócrito en la época de Plinio; no me sorprendería que lo hubiera sacado incluso de ellas. Tendríamos entonces aquí tres órdenes de fragmentos de fechas diferentes: la parte alquímica, apócrifa, y la más reciente, aunque anterior al siglo IV de nuestra Era; la parte mágica, también apócrifa, pero anterior a Plinio; y, finalmente, la parte técnica, quizá la más antigua, relacionada sólo con Demócrito, o más bien, con su escuela. Para los copistas, esta asociación de fragmentos de épocas diferentes no es rara en los manuscritos.»

Los principales alquimistas alejandrinos cuya existencia es cierta, y que han dejado suficientes textos escritos como para dar una idea del estado de su ciencia, son Zósimo el Panapolitano, María la Judía y el obispo Sinesio. Vamos a examinarlos rápidamente. Zósimo, llamado «la corona de los filósofos», vivió en el siglo IV d. de J.C., y era oriundo de la ciudad de Panápolis. Escribió veintiocho volúmenes sobre la alquimia, de los que sólo algunos han llegado hasta nosotros; son, sin embargo, suficientes para formarse una opinión sobre las ideas profesadas por este filósofo. He aquí, por ejemplo, un extracto de sus *Recuerdos auténticos*: «Sobre el agua divina: he aquí el divino y gran misterio, la cosa buscada por excelencia. Es el todo. Su naturaleza, una sola esencia; pues una de ellas arrastra y cae de la otra. Es la plata líquida (mercurio), el andrógino, que siempre está en movimiento. Es el agua divina que todos ignoran. Su naturaleza es difícil de comprender: pues no es ni metal, ni agua, ni un cuerpo metálico. No se

puede domeñar; es el todo en el todo, tiene vida y aliento. Aquel que entiende ese misterio posee el oro y la plata.» Este texto se parece mucho a los escritos de los alquimistas de la Edad Media y del Renacimiento; se refiere al mercurio filosófico del que tendremos ocasión de hablar de nuevo a menudo.

En su obra *El libro de la virtud*, se encuentran descripciones alegóricas del magisterio filosofal que anuncian ya *El sueño verde* de Bernardo el Trevisano del siglo XV, o la introducción de *Hermes descubierto* de Cyliani, en el siglo XIX: «Construid, amigo mío, un templo monolito, parecido al albayalde, al alabastro, un templo que no tenga principio ni fin, y en el interior del cual se encuentre una fuente del agua más pura, brillante como el sol. Hay que penetrar ahí con la espada en la mano, pues la entrada es muy estrecha y está guardada por un dragón que es preciso matar y desollar. Reuniendo la carne y los huesos, hay que hacer con ellos un pedestal, sobre el cual subirás para llegar al templo, donde encontrarás lo que tú buscas. Pues el sacerdote, que es el hombre de bronce que ves sentado cerca de la fuente, cambia de naturaleza y se transforma en un hombre de plata, el cual, si tú lo deseas, puede transformarse en un hombre de oro.»

Tales cambios de la naturaleza del sacerdote recuerdan, naturalmente, los cambios de estado que sufre la materia primordial bajo la influencia del mercurio filosófico en el transsurso de la cocción (1) final.

Por otra parte, Zósimo escribe: «Recibe esta piedra que no es una piedra, esta cosa preciosa que no tiene valor, este objeto polimorfo que no tiene ninguna forma, este desconocido que es conocido por todos.» En este caso no se trata de la Piedra filosofal, como creía Berthelot, que cita este extracto, sino de la materia primera, sustancia metálica rodeada de una ganga mineral que la hace común y despreciada por todo el mundo. Un alquimista contemporáneo no hablaría de modo distinto.

(1) Se trata de la cocción a la que se somete, en un horno (el atanor), la materia filosófica, para así obtener la Piedra Filosofal.

Se poseen pocas informaciones sobre María la Judía, excepto que, al parecer, fue contemporánea de Zósimo. El famoso baño de María, tan conocido por todas las amas de casa, es uno de sus descubrimientos. Inventó también un aparato denominado kerotakis, que es un recipiente cerrado herméticamente en el que se exponía metales reducidos a delgadas hojas a la acción de vapores. Por último, ella inventó el areómetro cuyo redescubrimiento fue realizado en el siglo XVIII por Baumé, y que lleva aún, con cierta injusticia, el nombre de este químico.

Sinesio nació en el año 365 en la ciudad de Cirene, en Libia. Según los autores de la Antigüedad, su genealogía se remontaría hasta los antiguos reyes de Esparta, hasta el propio Hércules. Al objeto de proseguir sus estudios, Sinesio abandonó tempranamente Cirene para dirigirse a Alejandría, donde, según le habían dicho, una mujer llamada Hipatia enseñaba la filosofía de Platón con gran arte. Se convirtió en su discípulo más fiel, y sometió a su consideración todas sus primeras obras. Pero, desde el punto de vista que nos interesa, también fue en Alejandría donde estableció conocimiento con la ciencia hermética, a través de un sabio egipcio llamado Dióscoro, el cual le prestó el tratado del seudo Demócrito.

Tras un decepcionante viaje a Atenas, en donde sabios y filósofos de los siglos pasados habían cedido su lugar a los mercaderes, Sinesio regresó a su patria, donde prosiguió sus estudios en un tranquilo retiro. En el 397, los habitantes de Cirene le enviaron como delegado a Constantinopla para describir al emperador Arcadio el estado deplorable en que se encontraba su patria. No regresó hasta el año 400, después, se cree, de hacerse bautizar. Es seguro que se casó en Alejandría en el año 403. Anteriormente, en el 401, había sido elegido obispo de Tolemaida por sus conciudadanos.

Entre las obras conservadas de Sinesio, existe un libro histórico, una especie de clave de los sueños, una correspondencia muy importante y varios textos alquímicos. Éstos no difieren sensiblemente de los de Zósimo y otros contemporáneos ni en su sentido, ni, sobre todo, en su oscuridad. Por ejemplo: «Saca de ellos tu mercurio y lo convertirás en la medicina o quintaesencia, poder imperecedero y permanente, nudo y vínculo de todos los elementos que ella contiene en sí, espíritu que reúne toda cosa.» Un hecho extraordinario, que, evidentemente hoy no es posible verificar, ocurrió en los últimos años de la vida del obispo. Tenía por amigo a otro filósofo llamado Evagre, el cual se negaba obstinadamente a abrazar la fe cristiana, como lo había hecho Sinesio. Éste, durante años trató de convertirlo. Finalmente, un día Evagre accedió a precisar sus principales objeciones. Se trataba, esencialmente, del juicio final, donde los hombres debían recuperar su envoltura carnal para presentarse ante Dios, y de la idea de que la caridad, practicada en vida, recibe el ciento por uno en el reino divino. Sinesio le aseguró que todas esas enseñanzas eran perfectamente verídicas. Poco después, Evagre se dejó convencer, y aceptó convertirse. Fue entonces cuando depositó en las manos del obispo trescientas piezas de oro, destinadas a los pobres, diciendo: «Recibid este oro, distribuidlo entre los pobres y hacedme una promesa de vuestro puño y letra, por la que me aseguráis que Jesucristo me concederá en los siglos futuros la recompensa de esta limosna.» Sinesio efectuó la promesa, y olvidó el incidente. Algunos años más tarde, Evagre murió tras haber exigido de sus hijos que lo enterrasen con la promesa escrita hecha por el obispo. Tres días después de su fallecimiento, se apareció en sueños a Sinesio y le dijo: «Venid a mi tumba para retirar vuestra promesa; pues no se me debe nada. Ha sido pagada, y yo he recibido todo lo que debía recibir. Tendréis seguridad de ello por el recibo que yo mismo he escrito con mi propia mano.»

Muy sorprendido, el obispo mandó que buscaran a los hijos de su amigo difunto, y les preguntó si habían metido algún papel en la tumba de su padre, a lo que ellos respondieron afirmativamente. El obispo les puso entonces en conocimiento

del sueño que había tenido, y se dirigió con ellos y algunos eclesiásticos de su iglesia a la tumba de Evagre, la cual ordenó abrir. Entre las manos del muerto se encontró la promesa escrita por el obispo; pero, al parecer le habían sido añadidas algunas líneas, por la mano de Evagre: «Yo, Evagre, filósofo, saludo a vos, señor obispo Sinesio. He recibido lo que debía recibir, según lo que se había establecido en virtud de esta promesa, escrita por vuestra propia mano; he quedado totalmente satisfecho, y no tengo ninguna acción que ejercer contra vos por el oro que os di y que di, a través vuestro, a Jesucristo, nuestros Dios y nuestro salvador.»

El abate Lenglet du Fresnoy, que cita ese cuento en su *Historia de la filosofía hermética* (París, 1744), concluye en estos términos: «Los que estuvieron presentes en aquel espectáculo, sintieron gran admiración y asombro, y dieron gracias a Dios con himnos de alabanza. Se asegura, incluso, que aquella promesa, en la que tales líneas habían sido escritas por la mano de dicho filósofo cristiano, después de su muerte, fue conservada durante varios siglos en la sacristía de la iglesia de Cirene, y que todas las veces que un nuevo sacristán entraba en funciones, al darle los vasos y ornamentos sagrados, se le confiaba particularmente tal escrito para guardarlo con cuidado y pasarlo en propia mano a su sucesor.»

4

LA ALQUIMIA ÁRABE

La escuela de Alejandría se extinguió en el siglo VIII d. de J.C., pero la antorcha hermética había sido recogida desde hacía un siglo por el Islam. Conviene señalar que los iniciadores de la alquimia árabe fueron esencialmente los persas, y no los griegos, y que aquélla parece haberse beneficiado de enseñanzas iniciáticas cuyas raíces se hunden en la antigua Babilonia, enseñanzas de las que se había visto privada la escuela griega de Alejandría. Eso es lo que hizo escribir a René Alleau (artículo citado): «Esta complejidad de aportaciones e influencias hizo de la alquimia árabe una gnosis esotérica e iniciática de una amplitud y una profundidad que no admiten parangón con el dudoso sincretismo del hermetismo alejandrino.»

El más grande filósofo hermético que produjo el Islam fue Geber, «rey de los árabes y príncipe de los filósofos», cuya reputación se mantuvo viva hasta el siglo XVIII. He aquí lo que de él se sabe. Los imanes eran los jefes espirituales, y también temporales, del Islam. Uno de ellos, el sexto Ja'far, tenía la reputación de maestro en las ciencias secretas, en particular la astrología y la alquimia. Uno de sus discípulos era el futuro Geber (su verdadero nombre era: Abu 'Abd Allah Jabir ibn Hayyan al-Sufi), el cual habría nacido hacia el año 730. Llegó a ser uno de los más grandes filósofos y sabios de su tiempo, alcanzando la maestría en disciplinas tan diversas como

la astrología, la astronomía, la magia, la medicina, las matemáticas, la música, la filosofía y la alquimia. Escribió varios centenares de obras (algunos dicen que unas tres mil), las cuales constituyen una verdadera enciclopedia de los conocimientos de la época. La historicidad del personaje de Geber no está garantizada, y muchos autores creen que se trataba de un seudónimo común a los miembros de la cofradía Ijuan al Safa, «los hermanos de la pureza y de la fidelidad», que en el siglo X redactaron una enciclopedia. Otros especialistas, como H. E. Stapleton, consideran, por el contrario, que Geber fue un filósofo real y el maestro de los primeros miembros de Ijuan al Safa, los cuales habrían publicado entonces, primero sus obras auténticas y luego las de ellos, aunque siguieron utilizando el nombre de su maestro.

En Geber es donde encontraremos, expresada claramente por primera vez, la idea fundamental de la alquimia: todos los metales están compuestos de dos elementos básicos, el azufre y el mercurio de los filósofos (a los que, a partir de Basilio Valentín, en el siglo XV, se añadirá un principio de enlace llamado sal o arsénico). Aquí se impone una aclaración esencial: las expresiones mercurio o azufre de los filósofos no designan en ningún caso a los cuerpos químicos que llevan tales nombres (y no hay que confundir tampoco el mercurio de los filósofos con el mercurio filosófico que veremos más adelante): tales expresiones se refieren sólo a dos constituyentes íntimos de la materia simbólicamente designada con esos vocablos (1) cuya identidad con los nombres químicos vulgares tiene como motivo confundir al profano. En ese sistema, la idea de transmutación era perfectamente posible, ya que bastaba, en una sustancia dada, hacer variar la proporción de azufre o de mercurio para obtener otro cuerpo químico. Geber estimaba así, que podía «tratar los metales» por medio de elixires (por otra parte, esta última palabra es de origen árabe); admitía también la presencia en los cuerpos químicos de los cuatro elementos tan caros a Aristóteles. Por ejemplo, para él, el oro tenía como cualidades externas el calor y la humedad, y como cualidades internas, el frío y la sequedad. La plata tenía, exactamente, las cualidades contrarias. Así, para transmutar plata en oro, había que hacer pasar sus cualidades internas al exterior, y, al mismo tiempo, llevar su frío y sequedad al interior. La idea de Geber, era, pues, que, ante todo, el alquimista debía determinar exactamente la proporción de las cualidades procedentes de los cuatro elementos, aire, tierra, agua y fuego, que existen en cada sustancia, y luego, por adición de un elixir apropiado, modificar las proporciones de esas cualidades al objeto de operar la transmutación de un cuerpo en otro.

(1) Se podría también denominarlos A y B.

Desde el punto de vista práctico, Geber operaba por destilaciones sucesivas. En los casos de destilaciones de materias orgánicas, obtenía: un líquido en el que él identificaba el elemento agua, un aceite inflamable donde pensaba descubrir el elemento aire, una sustancia combustible que consideraba como el elemento fuego, y un residuo mineral que tenía como el elemento tierra. Estimaba que el líquido era frío y húmedo; el aceite, cálido y húmedo; la sustancia combustible, cálida y seca, y el residuo, frío y seco. Su objetivo era eliminar en cada caso una de las dos cualidades, al objeto de llegar a «elementos puros» cuya adición a tal o cual sustancia permitiría entonces la modificación de sus propiedades, y, de este modo efectuar la transmutación. Así, afirma haber destilado agua setecientas veces seguidas, a fin de eliminar el elemento húmedo de esa sustancia para no conservar más que el elemento frío. Tras las setecientas destilaciones, él pretendía que el líquido se había transformado en un producto blanco y brillante de naturaleza sólida y aspecto parecido a la sal. A sus ojos, había conseguido entonces aislar el elemento puro de la frialdad existente en el agua. Semejante razonamiento parece aberrante a los ojos de la ciencia moderna, pero es cierto que ninguna otra persona se ha entretenido posteriormente en destilar agua setecientas

veces consecutivas.

A este respecto, el profesor Sherwood Taylor, ex director del «Science Museum» de Londres, escribe en su libro *The Alchemists* (William Heinemann, 1951): «Geber pensaba que el alquimista podía obtener el elemento completamente frío de su "agua", el elemento totalmente húmedo de su "aceite", el elemento completamente seco de su "tierra" y el elemento completamente cálido de su "tintura". Este último término parece designar a una sustancia que anuncia la Piedra filosofal, pues era descrita como un cuerpo transparente, brillante, lustroso y rojo; cabe pensar que dicho elemento faltaba en los metales vulgares, y estaba presente en el oro. Después de haber obtenido esos "elementos puros", el alquimista los mezclaba según proporciones muy específicas, a fin de elaborar el elixir conveniente, destinado a ser aplicado a un metal cualquiera de una manera por demás bastante complicada. Entonces podía producirse la transmutación.»

Puede sorprender la dualidad de concepto relativa a la composición de los cuerpos simples, a saber, que contienen azufre y mercurio en cantidad variable, o bien los cuatro elementos aristotélicos en proporciones diferentes; sin duda, procede del hecho que las obras de Geber no fueron escritas por un autor único; la teoría derivada de los cuatro elementos de Aristóteles fue la primera, y sólo posteriormente fue transformada en la teoría azufre-mercurio propiamente alquímica. Ésa es también la opinión del químico inglés John Read, de la «Royal Society», que, en su libro *De la Alquimia a la Química* («Fayard», 1959), escribe: «Los alquimistas musulmanes se adhirieron esencialmente a la filosofía aristotélica, aunque modificándola de diversas maneras. En particular, la teoría de los cuatro elementos. Los elementos contrarios, opuestos de dos en dos, se presentan ahora en una nueva forma. El fuego se convierte en azufre, y el agua en mercurio (1).»

(1) Véase página 63.

El tratado de alquimia más célebre de Geber sigue siendo *La suma de las perfecciones del magisterio*, pero no poseemos más que una traducción latina de esa obra que data sólo de fines del siglo XIII. Al no haber sido posible nunca hallar el original, cabe que se trate de un texto completamente apócrifo. Con todo, fue el que contribuyó en grado máximo a la gloria de la alquimia árabe en Europa.

Aparte Geber, el más célebre filósofo hermético que nos haya dado el Islam fue, probablemente (1), un persa llamado Rhazes (su verdadero nombre era Abu Bakr Muhammad ibn Zakariyaal-Razi), nacido en Razi, cerca de Teherán, en el año 864 (muerto en el 932). Rhazes fue también un enciclopedista, y sus escritos trataron sobre temas tan variados como la Medicina, la Filosofía, las Matemáticas, la Lógica, la Ética, la Gramática, la Música, la Metafísica, la Religión, la Alquimia, ¡e incluso el ajedrez! Era una mente positivista, científica en el sentido racionalista del término, opuesto a toda idea de elección divina, y sus obras son mucho más prequímicas que alquímicas en el terreno que nos interesa. Al principio estudió Filosofía, y luego dedicó sus años jóvenes a leer poesía y componer una enciclopedia de la música. Hacia los treinta años, partió para Bagdad a visitar un hospital por aquel entonces muy célebre. La Medicina lo fascinó, y decidió consagrar a ella el resto de su vida. Su interés por el arte hermético parece proceder del primer período de su vida, época en que escribió: «Ningún hombre merece el nombre de filósofo si no ha dominado la Química tanto desde el punto de vista teórico como

(1) Sus escritos alquímicos son quizás apócrifos, pues no se conoce de ellos más que una compilación andaluza del siglo XVI.

práctico.» Conviene señalar que Rhazes daba a la alquimia el nombre de astronomía terrestre, por oposición a la astronomía celeste, o superior, es decir, la astrología. La palabra «astrología» debe ser tomada en su sentido noble, es decir, de interdependencia del microcosmos humano con el macrocosmos astral, y no en el sentido mercantil, de mercaderes de horóscopos.

El libro de los secretos de Rhazes abunda en descripciones de preparaciones químicas importantes, tales como las del ácido sulfúrico, el agua viva, sales y alumbres. Las sustancias químicas descritas estaban clasificadas lógicamente en cuerpos metálicos, vitriolo, bórax, sales, espíritus y minerales. Al lado de esas partes muy claras de la obra, encontramos en ella también los métodos para preparar el elixir transmutatorio de la plata y el oro, que, pese a estar desembarazados de las alegorías oscuras de los otros alquimistas, no por ello son más comprensibles.

Para terminar este capítulo sobre la alquimia islámica en general, y Rhazes en particular, citaré el único cuarteto que fue salvado de sus obras poéticas y ha llegado hasta nosotros:

Este cuerpo lánguido, al debilitarse día a día
Me enseña que pronto desapareceré.
¡Ay! No sé a dónde se dirige el alma
Cuando deserta de esta arcilla fatigada y usada.

5

LA ALQUIMIA EUROPEA EN EL SIGLO XIII

1. LAS TEORÍAS

A partir del siglo XI, los contactos entre la civilización occidental y el Islam fueron más estrechos, debido primeramente a las Cruzadas, y luego a la toma de Constantinopla. Por otra parte, España y Sicilia fueron vías de penetración naturales para la filosofía hermética procedente del continente africano. Comenzaron entonces a circular las copias de algunos libros de Geber, así como una obra titulada *Turba Philosophorum* (es decir, «La asamblea de los autores alquímicos»), que proporcionaría una base tradicional a las investigaciones de los primeros practicantes de Europa.

Algunos de ellos se convertirían en filósofos herméticos de primer orden, tales como Roger Bacon en Inglaterra, Alberto Magno, primero en Alemania y luego en Francia, Arnaldo de Vilanova en Italia y, hacia finales de siglo, Raimundo Lulio en Mallorca. A través de sus escritos, esos autores dieron un gran impulso a la ciencia alquímica, la cual se extendió por toda Europa; llegaron incluso a establecer los principios generales para los siglos futuros. Hoy en día, los escritos de un adepto del siglo XX, tal como Fulcanelli, no difieren esencialmente de las enseñanzas que se pueden sacar de los textos atribuidos a

1. LAS TEORÍAS

A partir del siglo XI, los contactos entre la civilización occidental y el Islam fueron más estrechos, debido primeramente a las Cruzadas, y luego a la toma de Constantinopla. Por otra parte, España y Sicilia fueron vías de penetración naturales para la filosofía hermética procedente del continente africano. Comenzaron entonces a circular las copias de algunos libros de Geber, así como una obra titulada *Turba Philosophorum* (es decir, «La asamblea de los autores alquímicos»), que proporcionaría una base tradicional a las investigaciones de los primeros practicantes de Europa.

Algunos de ellos se convertirían en filósofos herméticos de primer orden, tales como Roger Bacon en Inglaterra, Alberto Magno, primero en Alemania y luego en Francia, Arnaldo de Vilanova en Italia y, hacia finales de siglo, Raimundo Lulio en Mallorca. A través de sus escritos, esos autores dieron un gran impulso a la ciencia alquímica, la cual se extendió por toda Europa; llegaron incluso a establecer los principios generales para los siglos futuros. Hoy en día, los escritos de un adepto del siglo XX, tal como Fulcanelli, no difieren esencialmente de las enseñanzas que se pueden sacar de los textos atribuidos a

Roger Bacon o a sus contemporáneos. Todo lo más, su espíritu es ligeramente diferente, en el sentido en que hace intervenir menos a la divinidad en las cosas pequeñas, mientras Dios conserva la primacía de acción en la operación alquímica, la cual no puede, pues, lograrse sin su consentimiento. Por ello, no hemos de asombrarnos de que eclesiásticos como Roger Bacon, Alberto Magno y su discípulo Tomás de Aquino hubiesen practicado la alquimia, ya que tales operaciones nada tenían en común con la hechicería, sino que, por el contrario, pretendían alabar a Dios a través de la elaboración del magisterio filosofal. Siendo la Piedra de origen divino, su fabricación no podía lograrse más que *a través* de Dios y *para* Dios; de hecho, era un Cristo mineral en el que se incorporaba la triple esencia de la divinidad. Esta triple esencia: Jesús el Hijo, el Espíritu Santo y Dios Padre es, por supuesto, comparable a la triplicidad contenida en la materia primera: mercurio, azufre y sal.

Como hemos visto ya en los autores de la Antigüedad, la alquimia de la Edad Media planteó, en principio, el concepto de la unidad de la materia. Así, Raimundo Lulio escribió en su *Testamento: Omnia in unum*; en el siglo XV, Basilio Valentín, en su *Carro triunfal del antimonio*, escribió: «Todas las cosas proceden de una misma semilla; en su origen, fueron alumbradas por la misma madre.»

El segundo principio afirma que la materia primera es un cuerpo definido, que existe en la Naturaleza, y que puede ser identificado por el investigador. Todos los autores la describen de manera más o menos velada, alegórica o simbólica, pero dan fe, al mismo tiempo, de su existencia y su unicidad. He aquí algunas citas que lo muestran. En las *Conversaciones entre el rey Calid y el filósofo Moriano* (Moriano era un alquimista romano del siglo X ó XI), podemos leer: «Es una piedra vil, negra y pestilente, que no cuesta casi nada; es un poco pesada... Esto es la revelación y abertura de aquel que la busca.» En *La luz que por sí misma surge de las tinieblas*

(texto hermético del siglo XVIII), leemos: «La materia es única, y en todas partes los pobres la poseen igual que los ricos. De todos conocida, es despreciada por todos. En su error, el vulgo la rechaza como si fuera fango, o la vende constantemente a precio vil, aun cuando constituye algo precioso para los filósofos sagaces.» Finalmente, el célebre adepto Alexandre Sethon, llamado *el Cosmopolita*, escribe en su *Nueva luz química*: «Es piedra, y no lo es; se la llama piedra por su parecido con ella; primeramente, porque es verdaderamente piedra al comienzo cuando se la saca fuera de las cavernas de la tierra: es una materia dura y seca que puede romperse en partículas y que se puede triturar a la manera de una piedra. En segundo lugar, porque tras la destrucción de su forma, que es sólo la de un azufre hediondo, que es necesario previamente quitarle, y después de la destrucción de aquellas partes que habían sido compuestas y unidas por la Naturaleza, es necesario reducirla a una esencia única, asimilándola suavemente según la naturaleza a una piedra incombustible, resistente al fuego y capaz de fundirse como la cera: lo cual ella no consigue hacer más que recuperando su universalidad.» Como vemos, los alquimistas de todas las épocas son sumamente «envidiosos» en su descripción de la materia primera. (Por *envidiosos*, entendemos toda revelación de los autores herméticos velada, o incluso falsa, si es hecha en términos aparentemente claros.)

A continuación, la alquimia planteaba en principio que la materia primera, en particular, y toda sustancia, en general, estaban compuestas por tres elementos en proporciones variables: el azufre de los filósofos, el mercurio de los filósofos y la sal, llamada también arsénico. Cedamos ahora la palabra a Roger Bacon (1), en su *Espejo de Alquimia*, donde nos expone esta teoría: «Voy a hablar aquí de los principios naturales y de la generación de los metales. Ante todo, señalemos que los principios de los metales son el mercurio y el azufre. Esos dos

(1) O, más bien, al autor que firma con este nombre.

principios han dado nacimiento a todos los metales y a todos los minerales, de los que, sin embargo, existe un gran número de especies diferentes. Digo, además, que la Naturaleza ha tenido siempre como objetivo, y se esfuerza incesantemente, en llegar a la perfección, al oro. Pero, debido a diversos accidentes que obstaculizan su marcha, nacen las variedades metálicas, tal como es expuesto claramente por varios filósofos. Según la pureza o impureza de los dos principios componentes, es decir, el azufre y el mercurio, se producen metales perfectos o imperfectos: el oro, la plata, el estaño, el plomo, el cobre, el hierro. (...)

«Naturaleza del oro: el oro es un cuerpo perfecto compuesto de un mercurio puro, fijo, brillante, rojo y de un azufre puro, fijo, rojo y no combustible. El oro es perfecto. (...) Naturaleza del plomo: se trata de un cuerpo impuro e imperfecto compuesto de un mercurio impuro, inestable, terrestre, pulverulento, ligeramente blanco en el exterior y rojo en su interior. Su azufre es parecido y, además, combustible. Al plomo le falta la pureza, la fijeza, el color; no está bastante cocido.»

Lo que antecede llevaba a Roger Bacon a dar esta definición de la alquimia: «Éste es el motivo por el cual digo: la alquimia es la ciencia que enseña a preparar una cierta medicina, o elixir, la cual, al ser proyectada sobre los metales imperfectos, les da la perfección en el momento mismo de la proyección.»

Vemos perfectamente la ilación con las enseñanzas de Geber, así como la lógica de una Piedra filosofal de propiedades transmutatorias con relación a las enseñanzas alquímicas.

Como hemos visto, los practicantes del Islam no abandonaron la teoría de los cuatro elementos. Tal como lo ha escrito Albert Poisson en su obra *Teorías y símbolos de los alquimistas*: «Para el alquimista, todo líquido es agua, todo sólido es tierra en última instancia, y todo vapor es aire. Por tal razón, en los antiguos tratados de Física hallamos que el agua ordinaria calentada se transforma en aire. Eso no quiere decir

que el agua se transforme en la mezcla respirable que constituye la atmósfera, sino que el agua, anteriormente un líquido, se convierte en un fluido aeriforme, en un gas, como más tarde se ha denominado. Los elementos representaban no sólo estados físicos, sino, por extensión, cualidades.» Albert Poisson había esquematizado esos datos en la tabla que reproduzco a continuación:

Materia primera única e indestructible	AZUFRE Principio fijo	Tierra (visible, estado sólido).	
		Fuego (oculto, estado sutil).	
	SAL	Quintaesencia, estado comparable al éter de los físicos.	
	MERCURIO Principio volátil	AGUA (visible, estado líquido).	
		AIRE (oculto, estado gaseoso).	

Otro de los grandes principios de la alquimia, que ya hemos mencionado, es la unión del microcosmos con el macrocosmos. Esto significaba que las operaciones del magisterio filosofal debían ser realizadas bajo cielos congruentes: es decir, que, al elaborar la Piedra filosofal, era preciso tener en cuenta la posición de los astros. Dicha conjunción astronómica en los cielos permitía, o no, emprender ciertas fases del magisterio, pues, tal como escribe Nicolas Valois en un manuscrito inédito: «Sabed, pues, oh, hijo mío y el más querido de mis hijos, que el Sol, la Luna y las estrellas ejercen perpetua-

mente sus influencias en el centro de la Tierra.» Por tal razón, asimismo, cada metal estaba ligado por una correspondencia especial a un planeta específico: el oro al Sol, la plata a la Luna, el cobre a Venus, el hierro a Marte, el estaño a Júpiter, el plomo a Saturno y el mercurio, o azogue, a Mercurio. El alquimista contemporáneo Armand Barbault se expresa así cuando escribe en su obra *El oro de la milésima mañana*, publicada en 1969: «En mi caso personal, si he acudido sobre todo a la astrología, no es sólo porque me ha permitido determinar el lugar y el momento de la extracción de la materia, sino porque también indica inmejorablemente todas las etapas de la preparación.»

Finalmente, el último principio de la alquimia residía en la afirmación de la existencia de la sustancia que es la Piedra filosofal, y que vamos a tratar de definir muy someramente.

La Piedra es el resultado práctico de las operaciones realizadas en el laboratorio por el alquimista, es decir, del magisterio filosofal. El adepto puede decidirse por la *vía seca*, que utiliza sólo el crisol y temperaturas muy elevadas. Esta vía está reservada a los más grandes artistas, ya que es muy difícil y peligrosa para el operador. A través de ese método, la Piedra puede ser obtenida en sólo tres o cuatro días. La *vía húmeda*, que es el método empleado más generalmente, es mucho más largo, pues suele durar tres años; es también difícil, pero mucho menos peligrosa. En ambos casos, si, con la ayuda de la suerte y de Dios, la operación ha triunfado, se obtiene una sustancia que el adepto contemporáneo Fulcanelli describe así: «La Piedra filosofal se muestra a nuestros ojos en la forma de un cuerpo cristalino, diáfano, rojo en conjunto, amarillo después de ser pulverizado, muy denso y muy fusible, aunque estable a cualquier temperatura, y cuyas cualidades propias lo hacen incisivo, ardiente, penetrante, irreductible e incalcinable.»

Podemos comparar esta descripción con la que hace el gran químico del siglo XVII, Johann Baptist van Helmont, el cual

escribe: «He visto y manejado la Piedra filosofal. Tenía el color del azafrán en polvo, era pesada y brillante como el vidrio en fragmentos.» Existen muchas otras descripciones de esta sustancia que, prácticamente, concuerdan entre sí, variando sólo el color de la Piedra, que va desde el amarillo azafrán al rojo rubí.

Pero, ¿cómo saber si la sustancia obtenida al término del magisterio filosofal tenía realmente las virtudes requeridas? Una sola manera: hacer operar a esta Piedra, previamente fermentada con oro, por ejemplo, una transmutación metálica de otro metal en oro. El oro o la plata obtenidos eran para el alquimista la prueba absoluta de que había conseguido fabricar la Piedra filosofal y, a partir de aquel momento, esos metales preciosos ya no interesaban al verdadero adepto.

Contrariamente, pues, a lo que acostumbramos leer de la pluma de autores polígrafos, la Piedra no tenía ningún poder transmutatorio directo. Para realizar la crisopeya (transmutación de un metal cualquiera en oro) o la argiropeya (transmutación en plata), el alquimista debía también hacer fermentar la materia filosofal, en forma sólida, con oro o plata purificados por fusión directa. Obtenía entonces el «polvo de proyección», que era rojo en el caso del oro, y blanco en el de la plata. Existen numerosos relatos de experimentos de transmutaciones, algunas de ellas efectuadas por científicos auténticos como Van Helmont o Helvetius; asimismo, el *modus operandi* general no es perfectamente conocido. Se tomaba un metal vil, que generalmente era plomo, mercurio o estaño, y se lo calentaba en un crisol hasta que alcanzaba su punto de fusión. En ese momento, se dejaban caer algunas partículas de la Piedra filosofal (la proporción entre el peso de la Piedra y el peso del metal que era capaz de transmutar estaba mal definida, pues dependía del modo de fabricación de la sustancia filosofal), pero era necesario tomar la precaución de envolver esta Piedra en una bolita de cera, o en un papel, sin lo cual los vapores del metal en fusión que se desprendían del

crisol venían a alterar el poder transmutatorio del polvo de proyección. Una vez depositada la bolita en el metal en fusión, se recubría el crisol con una tapa (esto no era absolutamente obligatorio) y se dejaba que la reacción se produjera durante un cuarto de hora más o menos. En ese momento, si se había logrado la transmutación, la totalidad de la masa metálica se había transmutado en oro. Es particularmente importante señalar que no se producía entonces ninguna pérdida de peso.

Aquí se plantea una cuestión; cuando estudiamos la vida de algunos alquimistas célebres, comprobamos que despreciaban las riquezas y vivían modestamente: ¿por qué, entonces, ese frenesí de querer fabricar oro a cualquier precio? La respuesta es relativamente simple: si el alquimista consume muchos años de su vida tratando de elaborar la Piedra filosofal, no es ciertamente con el objetivo mezquino de adquirir riquezas y transmutar plomo en oro, sino transmutarse a sí mismo gracias a la medicina universal y al elixir de larga vida obtenidos a partir de la Piedra, como veremos.

Estos dos cuerpos, medicina universal y elixir de larga vida, son en realidad una sola sustancia cuyas propiedades eran dobles, es decir, curar a los cuerpos de sus principales enfermedades y achaques, por un lado, y prolongar la vida, por otro. Ese elixir no era otra cosa que una disolución homeopática de Piedra filosofal en agua destilada. Señalemos que el adepto tolosano del siglo XVI, Denis Zachaire, informaba que, por su parte, él ingería la Piedra filosofal ¡diluida en vino de Gaillac! Tanto como los tratados alquímicos abundan en descripciones de los poderes transmutatorios de la Piedra, pues, en definitiva, se trata de un señuelo, así son discretos en lo que concierne a los efectos del elixir en el hombre. Parece que la disolución hemeopática (ingerida a razón de una gota cada seis meses aproximadamente) provoca, en primer lugar, la eliminación de las toxinas del cuerpo, y luego la desaparición de los gérmenes patógenos. El adepto pasa por una fase penosa en la que pierde sus dientes, sus uñas, y sus cabellos, todo lo

cual recuperará algo más tarde, sea cual fuere su edad (1). Desaparece pronto la necesidad de eliminar los desechos orgánicos (orina, heces), siendo suficiente la transpiración para cumplir esa función de eliminación natural. El alquimista no tiene entonces ya necesidad de comer para vivir; sabemos, por ejemplo, que el conde de Saint-Germain, que pasaba por ser un adepto, no ingirió jamás un solo alimento durante los innumerables banquetes en los que participó.

Todas esas transformaciones, o mutaciones, son de orden físico, y a veces se hace alusión a ellas en algún manuscrito alquímico; pero si se desea avanzar aún más en dirección al secreto último, es decir, el que se refiere a la transmutación del propio alquimista —o sea, de su espíritu, de su alma—, entonces las revelaciones terminan al punto. Cierto es que la influencia del elixir no actúa sólo sobre el cuerpo humano, sino también sobre las facultades intelectuales, la espiritualidad, y el conocimiento íntimo del Universo. De hecho, el elixir permite al hombre alcanzar el *estado de vigilia*, yo diría casi el estado sobrehumano. No hay que ver aquí ninguna tentativa de igualarse al Dios creador, ningún orgullo comparable al de los titanes que quisieron elevarse hasta el Olimpo; al contrario. El alquimista sabe que no puede triunfar, si no es a través de Dios, y, por tanto, para Dios. Cree que el hombre en su estado normal está más cerca de la bestia que del ángel, y que la gracia divina que le ha permitido elaborar el Cristo mineral le autorizará a continuación a convertirse en más ángel que bestia.

No es un requisito indispensable que el adepto utilice el elixir para prolongar su existencia más allá de su término normal; existe un cierto número de presunciones de que esto lo han realizado algunos artistas, tales como Nicolás Flamel, el conde de Saint-Germain, o, en nuestros días, Fulcanelli; y yo he hablado personalmente en 1971 con un discípulo del miste-

(1) Volvemos a encontrar aquí los efectos descritos por Wei Po-yang en el poema citado al comienzo del segundo capítulo de esta obra.

rioso Fulcanelli, Monsieur Eugène Canseliet, el cual había encontrado a su maestro en la década de los cincuenta, cuando llevaba sin verlo desde 1925. Ahora bien, Fulcanelli, septuagenario en aquella época, ¡no representaba más que unos sesenta años en 1950, veinticinco años más tarde! Por el contrario, otros adeptos, de los que se puede suponer razonablemente que poseyeron la Piedra filosofal, han reconocido haberla utilizado por sus propiedades medicinales, pero no parecen haber tratado de servirse de ella para prolongar su vida. Ése es, por ejemplo, el caso de uno de los más grandes artistas de todos los tiempos, Ireneo Filaleteo, que sostiene ese punto de vista en su célebre obra *La entrada abierta al palacio cerrado del rey* (1). No se está absolutamente seguro, lo reconozco, de la identidad real de Filaleteo, pero un cierto número de indicios permiten creer que se trataba de un político de bastante consideración en la época: John Winthrop (1606-1676), gobernador de Connecticut desde 1659 hasta su muerte, y cuyos hechos y gestas fueron muy propios de un adepto. Se salvó de los achaques de la edad, aunque tuvo una muerte totalmente común.

Algunos lectores se sorprenderán, sin duda, al comprobar cómo, al parecer, admito *a priori*, la realidad de las transmutaciones metálicas, así como de creer en la sustancia llamada Piedra filosofal. El caso es que he dedicado ya un libro al estudio de ese problema: *El tesoro de los alquimistas* (2), en el que pasé revista detenidamente a los principales casos de transmutación metálica. Aquí también lo haré con todo detalle, en el caso de la proyección efectuada por el sabio Johann Baptist van Helmont, a quien debemos, entre otros el descubrimiento de los gases, lo que, por sí solo, es decisivo. Sin embargo,

(1) Amsterdam, 1667. Reeditado en «Biblioteca hermética», «E. P. Denoël», 1970.
(2) «Editions Publications Premières», París, 1970. Reeditado: «J'ai lu», 1971. En esta obra se hallará el estudio de numerosos casos históricos de transmutaciones, así como las biografías de alquimistas tales como Alberto Magno, Basilio Valentín, Bernardo el Trevisano, Denis Zachaire, Edward Kelly y John Dee, *el Cosmopolita*, Miguel Sendivogio, Helvecio, Ireneo Filaleteo, Lacaris, Schfeld, etc. (Publicado también en esta colección «Otros Mundos».)

remito a mi obra anterior a los lectores a quienes interese ese punto concreto; encontrarán en ella las pruebas históricas garantizadas de que numerosas transmutaciones se han efectuado realmente ante testigos, con frecuencia incluso por científicos, sin que hubiese posibilidad de fraude o de truco. Hay que señalar que los sabios contemporáneos son mucho menos hostiles a las transmutaciones alquímicas que los del siglo XIX. Citaré solamente la opinión del físico atomista Frederick Soddy, premio Nobel por su descubrimiento de los isótopos, que escribió en su obra clásica, *El rádium, interpretación y enseñanza de la radiactividad*: «Es curioso reflexionar, por ejemplo, en la notable leyenda de la Piedra filosofal, que es una de las creencias más antiguas y más universales, y cuyo origen, por lejos que nos remontemos en las huellas de su pasado, no nos es posible dilucidar. Se atribuía a la Piedra filosofal el poder no sólo de efectuar la transmutación de los metales, sino de actuar también como elixir de vida. Ahora bien, fuere cual fuere el origen de esa asociación de ideas, aparentemente desprovistas de sentido, demuestra en la realidad ser la expresión correcta y apenas nada alegórica de nuestra actual manera de ver. No hay que efectuar un gran esfuerzo de imaginación para llegar a ver en la energía la vida misma del universo físico; y, hoy en día, sabemos que gracias a esa transmutación es como brotan las fuentes primeras de la vida física del Universo. ¿Acaso este antiguo paralelo entre el poder de transmutación y el del elixir de vida no es una simple coincidencia? Prefiero creer que se trata de un eco procedente de una de las numerosas edades en que, desde los tiempos prehistóricos, algunos hombres han seguido antes que nosotros la misma ruta que nuestros pies hollan hoy. Pero ese pasado es, con toda probabilidad, tan remoto que los átomos que fueron contemporáneos suyos han tenido tiempo, literalmente, de desintegrarse por completo...»

6

LA ALQUIMIA EN EL SIGLO XIII

2. LOS HOMBRES

Roger Bacon nació en Ilcester, Inglaterra, en 1214, y fue uno de los mayores genios del siglo XIII. Sabemos hoy con absoluta certeza que practicó la alquimia, aun cuando la mayor parte de los tratados publicados con su nombre con apócrifos. En el manuscrito *Opus tertium*, cuya autenticidad no ofrece ninguna duda, diserta detenidamente sobre la alquimia especulativa, que, según él, concierne a las propiedades naturales de los cuerpos químicos, y es comparable, por tanto, a nuestra química actual, así como sobre la alquimia operativa que enseña al hombre: «Cómo hacer metales nobles, colores y otras múltiples cosas de la mejor calidad y en mayor cantidad tanto a través del arte como a través de la Naturaleza. Esta ciencia es mucho más importante que todas las que la han precedido, pues permite adquirir ventajas mucho más importantes. No sólo proporciona plata y una cantidad de otras cosas útiles para el Estado, sino que también enseña a prolongar la vida humana tanto como lo permitan las leyes naturales.» Hay otros varios escritos, en particular una carta dirigida al Papa, en la que Roger Bacon indica su fe en la alquimia, y prueba que él fue también un filósofo hermético.

Bacon comenzó sus estudios en la Universidad de Oxford, y luego los terminó en la de París, en una época en que Alberto Magno enseñaba públicamente en la plaza Maubert, es decir, en la plaza del Maestro Albert («Maubert» era una deformación de «Maître Albert»). Roger Bacon regresó a Inglaterra, y, tal como escribe el abate Lenglet du Fresnoy: «Cuando estuvo en condiciones de tomar partido, entró en la Orden de San Francisco; era el estilo de la época.» Luego volvió a París, y se estableció allí. Lo cierto es que Bacon aprendió, además del inevitable latín, el griego, el árabe y el hebreo, con el fin de estudiar los escritos de los antiguos en el texto original, y no en función de traducciones latinas, a menudo defectuosas, que circulaban entonces. Bacon pronto fue capaz de escribir tres gramáticas: una latina, una griega y una hebraica, lo cual no deja de resultar asombroso, en tan poco tiempo. Se interesó a continuación por la óptica, y, en su tratado *De speculis*, comentó la naturaleza de los cristales esféricos y estudió los fenómenos de reflexión y refracción de la luz. Según sus escritos y diversos testimonios de la época, parece que llegó a fabricar un tubo óptico, auténtico telescopio anticipado, lo cual robaría también un poco de gloria a Galileo, quien pasa por haber sido el primero en poner a punto el anteojo al que dio su nombre. (Sabemos también que el fenómeno de rotación de la Tierra, al que Galileo debió tanto sus desgracias como su celebridad, había sido demostrado, de hecho, por Copérnico en el siglo anterior, y presentido por Aristarco de Samos, en la Antigüedad.) En todo caso, no cabe la menor duda de que Roger Bacon fue el más grande astrónomo de su tiempo, desgraciadamente mal conocido. Descubrió que se había deslizado un error considerable en el cálculo del calendario con relación al año solar, después de la reforma ordenada por Julio César. Sugirió al Papa Clemente IV una reforma del calendario, pero en vano. Dicha reforma fue aplicada tres siglos más tarde por orden de Gregorio XIII.

Desde el punto de vista de la mecánica, se atribuyen ahora

a Roger Bacon toda suerte de invenciones: pequeñas máquinas voladoras, un carro autopropulsado por muelles, numerosos autómatas, entre ellos una paloma que podía volar y, sobre todo, una cabeza de acero habría sido capaz de pronunciar sonidos articulados y de responder preguntas. Señalemos que, en ocasiones, esta leyenda es atribuida a Alberto Magno. (Se dice también, en este caso, que fue su discípulo santo Tomás de Aquino el que destruyó la cabeza parlante a golpes de bastón, ¡irritado por su incesante parloteo!)

Roger Bacon dirigió también sus estudios hacia la Química, y se afirma que, en una carta dirigida al Papa Clemente IV (cuyo texto, desgraciadamente, no he podido encontrar), describió una receta para fabricar la pólvora de cañón, seguida de una descripción de sus efectos.

Al principio, la admiración de sus contemporáneos le valió a Roger Bacon el título de «Doctor admirable», pero la admiración es un sentimiento poco duradero en el corazón del hombre, y pronto cedió su lugar a la envidia, la sospecha y el odio. Tal como escribe Albert Poisson en su obra *Cinco tratados de Alquimia*: «Sus superiores, ignorantes y asustados por su ciencia, comenzaron a perseguirlo. Clemente IV, que lo admiraba, se mostró impotente para protegerlo, y Bacon hubo de ocultarse de sus superiores para escribir y enviar al Papa el *Opus majus*. A Clemente IV le sucedió Nicolás III, y bajo este pontífice, Jerónimo d'Esculo, general de los franciscanos, al pasar por París, hizo encerrar a Roger Bacon, acusándolo de magia y herejía.» Felizmente para Bacon, se produjo un cambio en el cargo de general de los franciscanos, y Bacon fue liberado. Se retiró entonces a Inglaterra, donde consagró los últimos años de su vida a sus estudios, pero guardándose bien de publicar ninguna cosa. Murió a la edad de ochenta años en Oxford, en 1294. Dicha edad, tan avanzada para aquella época, en que el promedio de vida era de treinta y siete años, debía quizá mucho a las medicinas alquímicas. En su lecho de muerte, pronunció estas simples palabras: «Me arrepiento

de haberme tomado tantas molestias por la Ciencia.»

Con frecuencia se ha descrito a Bacon como el inventor de la ciencia experimental, basándose esta opinión en la parte de su tratado *Opus majus* que, precisamente, se titula «Sciencia experimentalis». Encontramos ahí esta frase: *Sine experiencia, nihil sufficienter sciri potest* (Sin experiencia, nada puede saberse de manera cierta). Algunos autores han tratado entonces de presentar a Bacon como precursor de la ciencia racionalista del siglo XIX, y, en consecuencia, han intentado negar sus trabajos alquímicos. En realidad, ocurrió lo contrario: Bacon quiso aplicar a todas las ciencias la filosofía alquímica, que, tal como hemos visto, plantea en principio la penetración de lo divino en las operaciones materiales. Dicho de otro modo, para él, «la experiencia» es de naturaleza doble, la que podemos adquirir a través de nuestros sentidos, por un lado, y luego la experencia interior que tiene en cuenta la influencia de la divinidad sobre los seres y las cosas.

Este punto ha sido particularmente puesto de relieve por el erudito alemán W. Ganzenmüller en su obra *La Alquimia en la Edad Media*: «La idea dominante, además, de Bacon, específicamente propia de la Edad Media, es que el conocimiento de la ciencia de la Naturaleza se mantiene superficial mientras no tiene en cuenta la verdad profunda, religiosa, oculta en las manifestaciones de la Naturaleza. La verdadera esencia del león, por ejemplo, es extraña para nosotros mientras lo consideramos simplemente como ser perecedero, llamado rey de los animales, e ignoramos los caracteres particulares que hacen de él el símbolo de Cristo; esos caracteres animales le convierten, por otro lado, en símbolo del diablo. Estos conceptos tan extraños a nuestras mentes de hoy son los que nos dan la verdadera imagen de Roger Bacon, mucho más próximo a sus contemporáneos de lo que, durante mucho tiempo, se ha querido creer.»

En realidad, la ciencia moderna está emergiendo lentamente del error positivista del siglo pasado, aun cuando algunos

de sus representantes entablan todavía un combate de retaguardia para retrasar su derrota. (Estoy pensando, particularmente, en la obra de M. Monod: *El azar y la necesidad.*) Sabemos hoy que ciertas reacciones químicas en condiciones de experimentación constantes, pueden, sin embargo, variar en función del experimentador. Sabemos también que algunos animales (las ostras, el cangrejo *Uca pugnax*) son sensibles a la influencia de la Luna, y que las erupciones solares provocan el aumento de los infartos de miocardio, lo cual resucita la antigua astrología. Sabemos finalmente, hoy en día, tal como le gusta repetir a mi amigo Jacques Bergier, que la imagen que compara lo conocido con una esfera, cuyo exterior representaría lo desconocido, es una imagen falsa, y que el saber se asemeja cada vez más a un *pudding* en donde fracciones de desconocido son incluidas en la masa de lo conocido.

Todos estos conceptos tan extraños para la mente científica racionalista son similares a las enseñanzas de los filósofos herméticos de la Edad Media, cuya experiencia era de naturaleza doble, física y divina, pudiendo expresarse esta última por la influencia del experimentador, por la configuración del instante, etc. Esta vía que ayer era la de la ciencia tradicional, bien podría ser mañana la de la ciencia moderna.

No trataré de efectuar aquí el estudio de los trabajos alquímicos de Alberto Magno, ni de su discípulo Tomás de Aquino, que, por otra parte, he estudiado ya con detalle (1). El lector a quien interese dicho personaje podrá también leer el prólogo, escrito por Bernard Husson, de la reedición *Du Grand et du Petit Albert* (ediciones «Pierre Belfond»). De esos diversos estudios se desprende que el Maestro Alberto fue, seguramente, un alquimista practicante, pero que nada permite conjeturar que hubiera elaborado la Piedra filosofal. Tan sólo una reflexión de santo Tomás de Aquino en su *Suma Teológica* podría hacer suponer que su maestro había conseguido la transmuta-

(1) Véase nota página 68.

ción metálica. En efecto, Tomás de Aquino diserta ampliamente sobre el hecho de si es legítimo o no utilizar oro alquímico para comprar mercancías. Su conclusión es formal: al no poderse distinguir el oro alquímico del natural, no hay razón para establecer ninguna diferencia entre los dos. Otro hecho que permite conjeturar que Alberto poseía la medicina filosofal es la edad tan avanzada que alcanzó, pues habiendo nacido en 1193, no murió hasta el 15 de noviembre de 1280, ejemplo de longevidad rarísimo en el siglo XIII.

Ahora bien, uno de sus contemporáneos, el célebre médico Arnaldo de Vilanova, es quien, tal vez, efectuó el primer caso de transmutación metálica ante testigos. Arnaldo de Vilanova, nacido en 1240, fue médico y astrólogo muy reputado en su tiempo, que tuvo en varias ocasiones conflictos con la Inquisición, debidos a ciertas declaraciones suyas. Cierta vez, aseguró públicamente que el mérito de la caridad era superior al de la plegaria; en otra ocasión, aún fue más osado, afirmando que las bulas del Papa no eran en absoluto infalibles, al ser tan sólo obra humana (1). Conminado a retractarse, agravó aún más su caso declarando que «¡su infalibilidad estaba tan garantizada como la de sus propios diagnósticos!» Murió en la mar, frente a las costas genovesas, en 1317, es decir, aproximadamente a los setenta y tres años. De todos modos, la Inquisición no renunció a su venganza, e incoó contra él un proceso póstumo, a consecuencia del cual sus obras fueron secuestradas y quemadas.

Veamos ahora el relato de una transmutación que habría efectuado Arnaldo de Vilanova ante la Curia Romana, tal como lo cuenta Miguel Maier, médico del emperador Rodolfo II en el siglo XVII, en su obra *Symbola aureae mensae*: «Así ocurre que el canónigo Juan Andreas, hablando de Arnaldo, declara: "En vida nuestra, hemos recibido, en la Curia Romana, al Maestro Arnaldo de Vilanova, médico y teólogo supremo, de quien

(1) La verdad es que el dogma de las bulas pontificias aún no había sido proclamado en aquella época.

he hablado refiriéndome a las observancias del joven. Era también un gran alquimista, que había fabricado varillas de oro, las cuales no presentaron ninguna dificultad a dejarse someter a todas las pruebas." Otros añaden, citando al mismo Andreas, que las laminillas fundidas por Arnaldo nada tenían que envidiar, en cuanto a calidad, al oro extraído de las minas de Aruzzio, tal como lo testifica, por otra parte, Juan Francisco Mirandola, en el primer capítulo del libro II de su tratado *De Auro.*»

Nos resta ahora hablar de otros dos célebres doctores: Alain de l'Isle, llamado el «Doctor universal», y Raimundo Lulio, conocido como el «Doctor iluminado».

Alain de l'Isle nació en los Países Bajos a fines del siglo XII, y murió en 1298, habiendo superado, pues los cien años, lo cual hizo decir a Lenglet du Fresnoy: «Así el uso del elixir de los sabios, que es una rama de la filosofía hermética, le habría hecho llegar a esa edad tan avanzada.» Alain de l'Isle fue uno de los profesores más célebres de la Universidad de París, que él abandonó repentinamente para ir a formar parte de los hermanos conversos del Císter. Muchos de sus contemporáneos pensaron que se había retirado a ese lugar para poderse dedicar a la búsqueda alquímica. En aquella época, los conventos eran refugios pacíficos y tranquilos en medio de guerras incesantes, y hoy está demostrado que un gran número de ellos fueron centros activos de búsqueda de la Piedra filosofal.

Aparte su avanzada edad, no existe ninguna prueba de que el Doctor universal hubiera conseguido elaborar la materia filosofal.

El Doctor iluminado

No ocurre lo mismo con Raimundo Lulio, el Doctor iluminado de Palma de Mallorca, al que sus contemporáneos, así como la generación siguiente, atribuyeron la transmutación, en Londres de una enorme masa de metal vil, con el cual el rey Eduardo habría hecho acuñar los famosos «Nobles de la rosa». Acaso y hablando de este hecho, no escribió Raimundo Lulio por sí mismo en el *Último Testamento*: *Converti una vice iu aurum ad L. millia pondo argenti vivi, plumbe et stanni?* Ahora bien, hoy esta transmutación es negada por la mayoría de los historiadores, e incluso es puesto en duda que Raimundo Lulio hubiese practicado la alquimia. Vamos a tratar de recapitular esta cuestión.

Me limitaré a recordar, a grandes rasgos, la carrera del filósofo mallorquín (1). Raimundo Lulio nació en 1233 (o 1235) en Palma, y murió en 1315, así pues, a la edad de ochenta y dos años (u ochenta, si la segunda fecha de nacimiento es la auténtica), dando así pruebas de esa longevidad, extraordinaria para la época, que es el signo distintivo de todos los filósofos herméticos que hemos encontrado hasta ahora. De familia noble y muy rica, Lulio llevó una vida disipada hasta los treinta años. De forma bastante paradójica, fue un amor adúltero el que iba a determinar en él una dramática conversión. Perdidamente enamorado de una dama llamada Ambrosia, a la que perseguía vanamente con sus asiduidades, creyó haber conseguido sus fines el día en que ella aceptó recibirlo en su casa. Pero entonces, desabrochando su blusa, la mujer le mostró sus senos corroídos por un cáncer, diciéndole: «Mira, Raimundo, mira la fealdad de este cuerpo que ha conquistado tu afecto. ¿No habrías hecho mejor en dirigir tu amor hacia Jesucristo, del cual puedes recibir un premio eterno?» Lulio pasó algunos días presa de una gran agitación nerviosa, hasta el momento en que, durante su sueño, tuvo una visión de Jesucristo que le decía: «Raimundo, en adelante sígueme.» El futuro Doctor iluminado juró entonces consagrarse a la gloria de Dios.

(1) Véase nota página 68.

Tras una peregrinación a Santiago de Compostela, regresó a Mallorca donde, en una montaña aislada, llevó una vida contemplativa hasta que, por iluminación súbita, concibió su gran obra, el *Ars Magna*, cuyo fin último era confundir a los infieles y llevarlos por la vía del cristianismo. Se dedicó entonces a viajar por toda Europa, con el propósito de llevar la santa palabra. Mientras tanto, había aprendido el árabe, pues soñaba con evangelizar los pueblos allende el Mediterráneo. Durante esas peregrinaciones, en 1289, siguió en Montpellier los cursos de Arnaldo de Vilanova, y fue iniciado al arte hermético. Partió a continuación para Túnez, al objeto de comenzar su campaña de conversión, pero fue expulsado tras haber estado a punto de ser ejecutado. Volvió a Nápoles, donde se encontró otra vez con Arnaldo de Vilanova, y parece que se dedicó a la práctica de la alquimia en compañía suya.

Luego remprendió sus viajes por España, Palestina, Argel, Viena y, finalmente, Inglaterra.

¿Fue de verdad a Inglaterra y transmutó allí el metal de los «Nobles de la rosa»? Toda la cuestión está ahí. Sí, responde Lenglet du Fresnoy en su *Historia de la filosofía hermética*, y éstos son sus argumentos: «Raimundo Lulio estaba aún en Viena, en 1312, cuando recibió unas cartas de Eduardo, rey de Inglaterra, y de Roberto, rey de Escocia, que lo exhortaban a dirigirse a sus Estados. Aquellos dos príncipes, que habían oído hablar de Raimundo, querían ver a un hombre al que se podía considerar como al fenómeno más extraordinario de la Humanidad. Raimundo se dirigió allá; en el ardor de aque-

llos príncipes creyó encontrar todas las disposiciones necesarias, bien fuera para una declaración de guerra contra los infieles, o para la recuperación de la Tierra Santa, Eduardo y Roberto parecieron entregarse a los puntos de vista de Raimundo. Esto fue lo que impulsó a este último a abrirse a los príncipes, prometiéndoles todas las sumas necesarias para esa expedición: pero Eduardo, sintiendo más curiosidad por ver el cumplimiento de las promesas del filósofo que por cumplir con la palabra dada, hizo que le dieran una estancia en la Torre de Londres. Raimundo se puso a trabajar, y produjo al rey seis millones en oro, lo cual podía representar unos doce millones del valor de aquellos antiguos tiempos, donde el marco de oro valía sólo cuarenta y cuatro libras. Con ese oro, se hicieron entonces los «Nobles de la rosa», algunos de los cuales pesan hasta diez ducados, lo cual representa cien libras de nuestra moneda corriente. Todos aquellos que han examinado esas piezas tan curiosas y buscadas en Inglaterra, reconocen que son incluso de un oro más perfecto que el de los Jacobos y otras monedas antiguas de oro de ese tipo. Hay incluso una inscripción que los distingue y que muestra que esas piezas fueron hechas por una especie de milagro.»

Dicha inscripción es: *Jesus autem transiens per medium illorum ibat.* Esta cita de san Lucas (cap. IX, v. 30) puede ser traducida así: «De la misma forma que Jesús había pasado invisible por entre los fariseos *(sobrentendido)*, así el oro alquímico pasa inadvertido entre vosotros.»

Desgraciadamente, las crónicas que relatan los hechos concernientes a esta transmutación proceden del siglo XVI, y afirman que se realizó bajo el reinado de Eduardo III. Ahora bien, éste llegó a ser rey en 1327, y sabemos que el filósofo murió en 1315. Puede, sin embargo, tratarse de un error de copista. El rey en cuestión podría ser Eduardo II, el cual reinó en 1312-1313, por tanto, en las fechas en que Raimundo Lulio tuvo la posibilidad de efectuar el viaje. Por lo demás, este monarca tenía una urgente necesidad de dinero para sus Cruzadas. No obstante, estudios emprendidos por los historiadores contemporáneos sobre los documentos de la época, han demostrado que Raimundo Lulio no transmutó probablemente nunca el oro que sirvió para hacer los «Nobles de la rosa». Parece, en realidad, que Eduardo II pidió consejo a un filósofo hermético, que pudo ser Lulio o uno de sus discípulos, ¡y que éste le sugirió la manera de encontrar el dinero necesario para su Cruzada percibiendo un nuevo impuesto sobre la lana! Con todo, subsiste una duda que, hoy en día no es posible resolver (1).

Queda, sin embargo, la cuestión de si Raimundo Lulio fue efectivamente alquimista y si, en verdad, es el autor de los numerosos tratados herméticos que llevan su nombre. Cierto es que en su *Ars Magna*, Raimundo Lulio afirma que los elementos y las especies son estables y no pueden ser transmutadas en otros, lo cual, dice, provoca los llantos y gemidos de los alquimistas. En otro de sus tratados, *De mirabilibus orbis*, escribe: *Aurum chymicum non est nisi apparenter aurum*, es decir: «El oro químico no tiene de oro más que la apariencia.» Estas dos citas prueban sólo que Raimundo Lulio no creía en la posibilidad de las transmutaciones metálicas cuando escribió esos textos, pero ello nada tiene de sorprendente, pues son anteriores a su encuentro con Arnaldo de Vilanova, en 1289, y dado que hasta entonces no había tenido ningún contacto con la filosofía hermética. Es perfectamente admisible que los experimentos de Arnaldo modificaran más tarde su opinión.

En 1311, Lulio publicó un texto claramente autobiográfico que finalizaba con una lista muy larga de sus obras. En ella no aparece ningún título alquímico. También aquí, esto no es decisivo, por cuanto el Doctor iluminado sabía que contaba con numerosos enemigos entre la jerarquía de la Iglesia ca-

(1) Otra objeción procede de la incertidumbre de la fecha en que fue acuñada dicha moneda. En el siglo pasado se creía que se hizo hacia 1310, pero, hoy en día, los expertos se pronuncian en favor de los años 1464 a 1470, lo cual cambia todo.

tólica, algunos de cuyos miembros trataban de hacerlo pasar por hereje. Varios años después de su muerte, Raymond Emeric, en su *Directorio de los Inquisidores*, sitúa a Lulio en la clase de los herejes. Es verosímil que éste prefiriera mantener silencio sobre sus obras concernientes a la filosofía hermética, o incluso que las hubiera dejado publicar por sus discípulos sólo después de su muerte. Finalmente, tan sólo el examen de los propios textos puede incitar a considerarlos como auténticos o apócrifos. En realidad, muchos de ellos se corresponden perfectamente con el estilo del filósofo, incluyen referencias a sus otras obras y hacen alusión, a veces, a acontecimientos históricos contemporáneos de la vida de Lulio. Con todo, estos hechos no han desarmado a los adversarios de la autenticidad de los tratados. A este respecto, Ganzenmüller escribe: «Lo que distingue los falsos de los demás es el cuidado que se ha puesto en su composición. Aunque, en general, están simplemente firmados con el nombre de un autor conocido, en esta ocasión apenas se han tomado la molestia de imitar el estilo de Lulio. El *Ars Magna*, la más importante de esas obras, introduce en las ciencias el empleo de letras, como símbolo de una idea o de un cuerpo. (...) Todo esto aparece en las obras numerosas que han sido, equivocadamente, atribuidas a Lulio, así como las ideas y expresiones que son propias de él. Esta impresión de homogeneidad entre las falsas viene reforzada por el hecho de que las obras aisladas se citan recíprocamente, y de una manera continua, reproduciendo incluso con precisión las primeras palabras de los capítulos citados.» ¡Este análisis llevado a sus últimas consecuencias, llega al sofisma según el cual Shakespeare no escribió jamás una sola de sus obras de teatro, las cuales, en su totalidad, habrían sido escritas por un perfecto desconocido, que se llamaba también Shakespeare!

Inocentemente, Gauzenmüller da la respuesta al falso problema de Lulio alquimista: «En los medios eclesiásticos fue donde tomó cuerpo esta duda: en efecto, era difícil conci-

liar la actividad de alquimista de Lulio con la admiración que se debía tener por un mártir de la fe.» Cierto es que Raimundo Lulio no escribió el centenar de pequeños tratados alquímicos que se le atribuyen, y en particular no ese *Último Testamento*, en el cual se le hace enorgullecerse de la transmutación de los «Nobles de la rosa»; pero no es menos probable que sea el autor de las principales obras alquímicas aparecidas con su nombre, en particular las más antiguas, como su *Testamentum*, que debió de servir de base a los falsarios citados.

Con él, dejaremos esta alquimia del siglo XIII, ese siglo de la Edad Media tan injustamente despreciado por los historiadores de las ciencias, cuando la sed de saber era aún inmensa y no había cedido su lugar al cálculo de la siguiente decimal, como en los siglos XVIII y XIX.

7

FLAMEL Y LA ALQUIMIA DEL SIGLO XIV

La historia de la alquimia del siglo XIV está dominada por un nombre que ha llegado a ser verdaderamente sinónimo de artífice de oro: Nicolás Flamel. Aún después de tantos siglos, su reputación permanece intacta, de forma que, cuando se reeditó su tratado *El libro de las figuras jeroglíficas*, en 1970, el libro conoció algo más que un simple éxito de curiosidad. Los siete mil ejemplares tirados de esta obra hermética, difícil, dicho sea de paso, casi incomprensible, fueron vendidos rápidamente.

Pese a todo, subsiste la duda sobre la cualidad de alquimista atribuida a Flamel, sin hablar de la paternidad de los tratados que se le atribuyen. En lo que concierne al segundo punto, hoy ya no es posible dar una respuesta segura; por el contrario, el estudio de la vida de Flamel demuestra que su reputación de alquimista no fue usurpada.

Parece probable que Nicolás Flamel nació en 1330, cerca de Pontoise, en el seno de una familia modesta, la cual le enseñó, sin embargo, el arte de la escritura. Así, en su juventud, pudo ir a establecerse a París, como escribano público, y se instaló cerca del cementerio de los Santos Inocentes, para el que conservó una predilección muy particular. Algo más tarde, casi todas las gentes de su profesión tuvieron que abandonar ese barrio de París para ir a establecerse bajo los pilares

de la iglesia de Saint-Jacques-la-Boucherie, y Flamel siguió el movimiento. Se había casado con una mujer algo mayor que él, viuda por dos veces, doña Perrenelle, que aportó algunos bienes al matrimonio. Flamel adquirió dos tenderetes, en uno de los cuales trabajaba él mismo, siendo el otro para sus aprendices y su taller de copista de libros. Tales tenderetes eran bastante pequeños y no deben dar lugar a considerar a Flamel como persona rica; digamos sólo que había accedido a la baja burguesía. La vida de Flamel discurría tranquila y muy alejada de las preocupaciones filosóficas y alquímicas, cuando el azar lo puso en presencia de un libro que cambiaría el curso de su vida.

Señalemos que la escena tan conocida del ángel apareciéndose en sueños al escribano público y mostrándole el libro, diciendo: «Flamel, contempla este libro; no comprendes nada de él, ni tú ni muchos otros, pero llegará un día en que tú verás lo que nadie sabe ver», es una pura invención de un publicista del siglo XIX. Por otra parte, la verdad ha sido contada por el propio Nicolás Flamel en su *Libro de las figuras jeroglíficas*:

«Aunque yo, Nicolás Flamel, escribano y habitante de París, en este año de 1399, y residiendo en mi casa de la calle de los escribanos, cerca de la capilla de Saint-Jacques-la-Boucherie; aunque, digo yo, no he aprendido más que un poco de latín, debido a los escasos medios de mis padres, que, sin embargo, son considerados incluso por los envidiosos como gentes de bien..., no he dejado de entender a lo largo de los libros de los filósofos y de aprender en ellos sus secretos tan ocultos. Éste es el motivo por el que no habrá un instante en mi vida, acordándome de ese lugar destacado, que, de rodillas si el lugar lo permite, o bien en mi corazón, con todo mi afecto, no dé por ello gracias a Dios tan benigno, el cual no permite nunca que el hijo del justo mendigue a las puertas, y que tampoco engaña a aquellos que confían enteramente en su bendición. Por tanto, ocurrió que, después del fallecimiento de mis

padres, cuando me ganaba la vida con nuestro arte de la escritura, haciendo inventarios, llevando cuentas y liquidando los gastos de tutores y menores, cayó entre mis manos, por la suma de dos florines, un libro dorado, muy viejo y de gran tamaño. No era de papel o de pergamino, como los demás, sino que estaba hecho de delgadas cortezas (así me lo pareció) de tiernos arbolillos. Su cubierta era de cobre muy fino, y estaba grabada con letras o figuras extrañas; por mi parte, creo que podía tratarse de caracteres griegos u otra lengua antigua semejante. Hasta tal punto que yo no sabía leerlas, y bien sé que no eran notas ni letras latinas o galas, pues entiendo un poco de ello. En cuanto a su interior, aquellas hojas de corteza estaban grabadas, y con gran habilidad, con un buril de hierro, en bellas y muy claras letras latinas coloreadas. Contenía tres veces siete hojas, de las cuales la séptima carecía siempre de escritura alguna. En su lugar, aparecían pintadas, en la primera séptima, una virgen y unas serpientes que se engullían; en la segunda séptima, una cruz, en la que era crucificada una serpiente; y en la última séptima, se veían unos desiertos de los que manaban bellas fuentes; de algunas de esas fuentes salían varias serpientes que corrían de un lugar a otro. En la primera de las hojas había escrito en gruesas letras mayúsculas doradas: *Abraham, judío, príncipe, levita, astrólogo, filósofo de la nación de los judíos, por la ira de Dios dispersada, a los galos, salud D. T.* Tras aquello, la hoja estaba repleta de grandes execraciones y maldiciones, con aquella palabra MARANATHA (repetida con frecuencia) contra toda persona que pusiera los ojos encima, de no tratarse de un sacrificador o escriba. Quien me vendió ese libro no sabía lo que valía, como tampoco yo, que lo compré. Creo que había sido robado a los miserables judíos o encontrado en alguna parte oculto en el antiguo lugar de su residencia.»

Nicolás Flamel quedó al punto convencido de que el arte alquímico ya no tendría ningún secreto para él; por desgracia, todas las explicaciones referentes a la materia primera ha-

bían sido omitidas y remplazadas por figuras iluminadas que Flamel no llegó jamás a comprender. Introdujo a su mujer doña Perrenelle en el secreto, y ella le proporcionó un aliento constante. Sin embargo, la inspiración no acudió, y, tras años de estudio, Flamel no había avanzado un paso. Resolvió, pues, meter en el secreto a un letrado amigo suyo, licenciado en Medicina, Maître Auseaulme. Éste había afirmado varias veces que era experto en arte hermético, pero lo que hacía era presumir, y sus explicaciones hicieron perder también muchos años a Flamel, el cual manifestó: «Ello fue causa de que, durante el largo espacio de veintiún años, hiciera mil destilerías, aunque no con sangre, que es algo malvado y vil, pues hallé en mi libro que los filósofos llamaban sangre al espíritu mineral que reside en los metales, principalmente en el Sol, la Luna y Mercurio, a cuya unión siempre tendía yo.» Entonces, Nicolás Flamel se decidió a emprender una peregrinación a Santiago de Compostela, durante la cual contaba con descubrir el famoso secreto de la materia primera, bien fuera porque Dios se lo entregara por inspiración directa como recompensa a la peregrinación, o porque pudiera recibir la iniciación de algún sabio doctor judío, como los que podían encontrarse entonces en España.

Aquí, se plantea una cuestión para el hermetista: ¿Debe ser entendido ese viaje a Compostela en un sentido literal, o sólo en un sentido alegórico? Esta segunda hipótesis es la que defiende el adepto contemporáneo Fulcanelli en su obra *Las moradas filosofales* (*): «Esas sugerencias ayudan a comprender el error en el que han caído muchos ocultistas, tomando el sentido literal de relatos puramente alegóricos, escritos con la intención de enseñar a unos lo que era preciso ocultar a los otros. El propio Albert Poisson se dejó atrapar en la estratagema. Creyó que Nicolás Flamel, abandonando a doña Perenelle, su mujer, así como su escuela y sus ilumina-

(*) Dicha obra ha sido publicada en esta colección «Otros Mundos». (*N. de los E.*)

ciones, había cumplido efectivamente, a pie y por la ruta ibérica, el voto formulado ante el altar de Saint-Jacques-la-Boucherie, su parroquia. Ahora bien, nosotros certificamos, si se puede confiar en nuestra sinceridad, que Flamel nunca salió de la bodega en la que ardían sus hornos. Aquel que sabe lo que es el bordón, la calabaza y la *mérelle* del sombrero de Santiago, sabe también que decimos la verdad. Sustituido por los materiales y tomando modelo del agente interno, el gran adepto observaba las reglas de la disciplina filosófica y seguía el ejemplo de sus predecesores.»

En la misma obra (en el capítulo titulado «El hombre de los bosques»), Fulcanelli vuelve a plantearse la cuestión del viaje alegórico a Santiago de Compostela: «Pasaremos por alto, pues, este gracioso motivo, lamentando que esté incompleto, para estudiar el último de los figurantes, *el peregrino*. Nuestro *viajero*, sin la menor duda, ha caminado durante mucho tiempo; sin embargo, su sonrisa muestra cuán alegre y satisfecho está de haber cumplido su voto. Pues el zurrón vacío y el bordón sin calabaza indican que se digno hijo del Auvernia no tiene que preocuparse en lo sucesivo de beber o de comer, por añadidura, la concha fijada al sombrero, insignia especial de los peregrinos de Santiago, demuestra que acaba de regresar directamente de Compostela. El infatigable caminante tras el *libro abierto* —ese libro adornado con las bellas imágenes que Flamel no sabía explicar—, que una revelación misteriosa le permite ahora traducir y utilizar. Ese libro, pese a que es muy corriente, aunque cada cual puede adquirirlo fácilmente, no puede ser, sin embargo, abierto, es decir, comprendido, sin revelación previa. Tan sólo Dios, por la intercesión del "Señor Santiago", concede a aquellos que juzga dignos de ello el rayo de luz indispensable. Es el *libro del Apocalipsis*, de páginas cerradas con siete sellos, el libro iniciático que nos presentan los personajes encargados de exponer las elevadas verdades de la ciencia. Santiago, discípulo del Salvador, no lo abandona; con la calabaza, el bordón bendito y la concha,

posee los atributos necesarios para la enseñanza oculta de los peregrinos de la Gran Obra. Éste es el primer secreto, aquel que los filósofos no revelan, y que reservan bajo la expresión enigmática del *camino de Santiago*. Todos los alquimistas están obligados a emprender este peregrinaje. En un sentido figurado, al menos, pues se trata aquí de un *viaje simbólico*, y aquel que desea sacar provecho de él no puede, ni siquiera un instante, abandonar el laboratorio. Le es necesario vigilar sin tregua el recipiente, la materia y el fuego. Debe, día y noche, permanecer en la brecha. Compostela, ciudad emblemática, no está situada en tierra española, sino en la propia tierra del sujeto filosófico. Camino rudo, penoso, lleno de imprevistos y de peligro. ¡Ruta larga y fatigosa por la cual lo potencial se vuelve actual y lo oculto, manifiesto! Esta preparación delicada de la materia prima, o *mercurio* común, es lo que los sabios han velado bajo la alegoría de la peregrinación a Compostela.»

Por otra parte, si estudiamos el relato que Flamel hace de su viaje a Compostela, vemos que puede ser efectivamente interpretado en un sentido simbólico, refiriéndose al magisterio filosofal. Flamel, después de haber llegado a Santiago, se habría detenido a su regreso en la ciudad de León, víctima de una enfermedad. Allí, encontró a un sabio doctor judío, maese Canchas, el cual le aportó las revelaciones necesarias para la comprensión de las figuras jeroglíficas de su libro, gracias a su conocimiento de la cábala. Acompañó a Flamel a París, pero murió en el viaje, en Orleáns, tras haber acabado de iniciar al escribano público. Esta descripción es, por supuesto, la de la «muerte» de la primera materia, que es el punto de partida de la alquimia operativa.

Nicolás Flamel aún necesitó tres años para llegar a elaborar finalmente la Piedra filosofal, lo que demuestra que debió de utilizar la vía húmeda, de la cual ya hemos hablado, y no la vía seca, infinitamente más breve. Oigámosle contar su éxito, que ocurrió el 17 de enero de 1382: «Por último,

encontré lo que deseaba, lo que inmediatamente reconocí por su fuerte olor. Al tener esto, realicé fácilmente el magisterio. Después de todo, sabiendo la preparación de los primeros agentes, y siguiendo al pie de la letra mi libro, no habría podido fallar, aunque lo hubiese querido. Así, pues, la primera vez que hice la proyección, fue sobre mercurio, aproximadamente media libra del cual convertí en plata pura, mejor que la procedente de la mina, tal como verifiqué e hice verificar varias veces. Eso ocurió el 17 de enero, un lunes, aproximadamente al mediodía, en mi casa, en presencia sólo de Perrenelle, en el año de gracia de 1382. Posteriormente, y siempre siguiendo al pie de la letra mi libro, lo logré con la piedra roja, con una cantidad parecida de mercurio, también ante la sola presencia de Perrenelle, en la misma casa, veinticinco días después, a las cinco de la tarde. En esta ocasión conseguí transmutarlo en una cantidad casi igual de oro puro, verdaderamente de mejor calidad que el oro común, más dúctil y flexible que éste. Puedo decirlo en verdad. Lo consumé tres veces con la ayuda de Perrenelle, la cual entendía tanto el procedimiento como yo, por haberme ayudado en mis operaciones; y, sin duda, si ella hubiera querido intentarlo por sí misma, lo habría logrado. Yo tenía suficiente con hacerlo una sola vez; pero sentía un gran placer contemplando en los recipientes las obras admirables de la Naturaleza. Para demostrarte cómo lo he realizado tres veces, verás en este arco, si sabes conocerlo, tres hornos parecidos a los que se usan en nuestras operaciones. Durante mucho tiempo, tuve miedo de que Perrenelle no pudiera ocultar la alegría de su felicidad suprema, que yo medía por la mía, y se le escapara alguna palabra a sus parientes acerca de los grandes tesoros que poseíamos, pues la alegría extrema quita los sentidos, tanto como la gran tristeza. Pero la bondad del gran Dios no me había colmado solamente de la bendición de darme una mujer casta y prudente; ésta era no sólo capaz de razonar, sino de esmerarse en su discreción, superando en ello a las mujeres

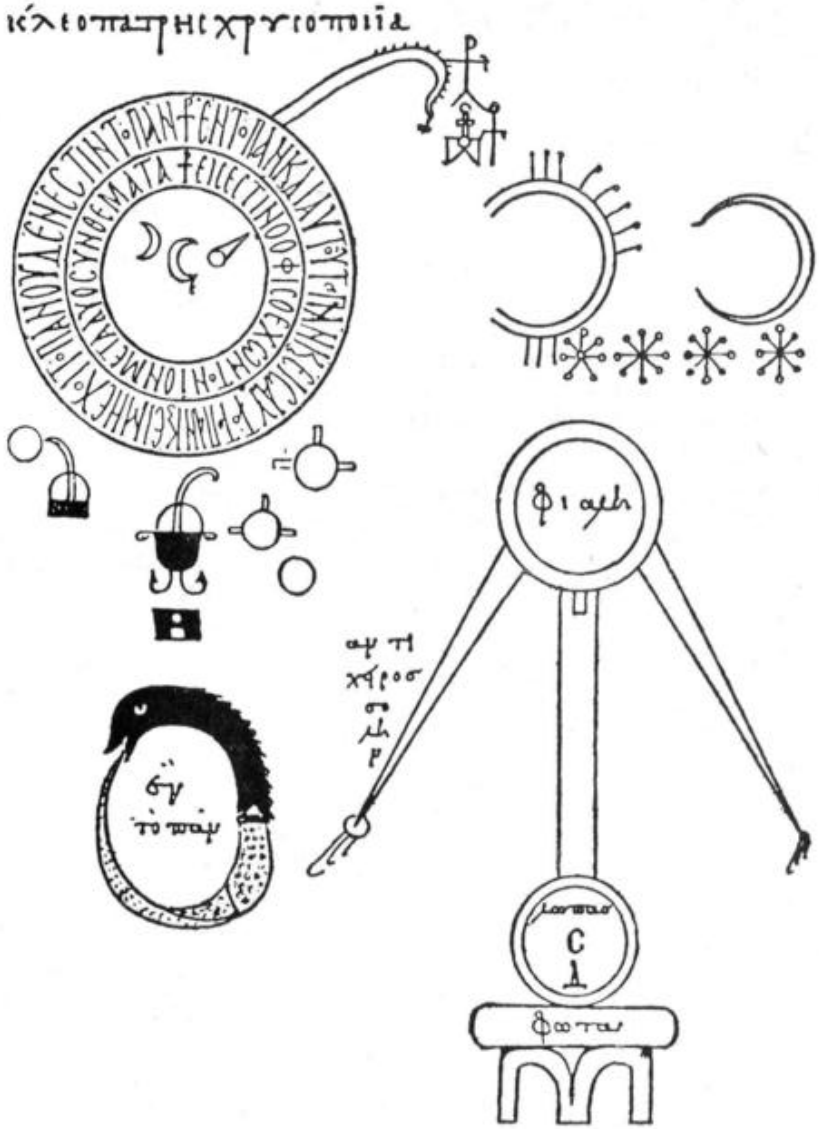
comunes.»

Está comprobado que ese año de 1382 fue el del comienzo de la formidable fortuna de Nicolás Flamel. En poco tiempo, llegó a ser propietario de una treintena de casas o inmuebles, hizo construir varias capillas, algunos hospitales, restaurar el pórtico de la iglesia de Sainte-Geneviève-des-Ardents, y ofreció una suma considerable al establecimiento de los Quince-Vingts, que, en reconocimiento, organizó cada año —hasta 1789— una procesión hasta la iglesia de Saint-Jacques-la-Boucherie, parroquia de Flamel. No se trata en este caso de un rumor, pues los eruditos han podido encontrar en el siglo pasado un gran número de actas (1), aproximadamente cuarenta, conservadas en Saint-Jacques-la-Boucherie, atestiguando todas ellas tales posesiones del escribano público. La fortuna de Flamel fue pública y notoria en su época, tanto que llegó a oídos del rey Carlos VI, el cual envió a su relator del Consejo de Estado, el señor de Cramoisy, a investigar sobre el origen de las riquezas de Flamel. La manera como Flamel salió de ese apuro fue contada, en 1655, en la obra *Tesoros de búsquedas y antigüedades galas y francesas,* de Pierre Borel, consejero y médico ordinario del rey: «Habiendo llegado a oídos del rey noticias sobre la riqueza de Flamel, el monarca envió a su casa al señor de Cramoisy, relator del Consejo de Estado, para averiguar si lo que le habían contado era verdadero; pero éste le halló viviendo en la humildad, e incluso utilizando vajilla de barro. Sin embargo, se sabe por tradición que Flamel se sinceró con él, habiéndolo encontrado un hombre honesto, y le dio un matraz lleno de su polvo, que se dice fue conservado largo tiempo en esa familia, y que lo obligó a poner a salvo a Flamel de las pesquisas del rey.»

Aparte sus adquisiciones y del bien que hizo en torno suyo, Flamel tuvo la prudencia de no modificar su tren de vida, pudiendo así disfrutar tranquilamente de las alegrías de la exis-

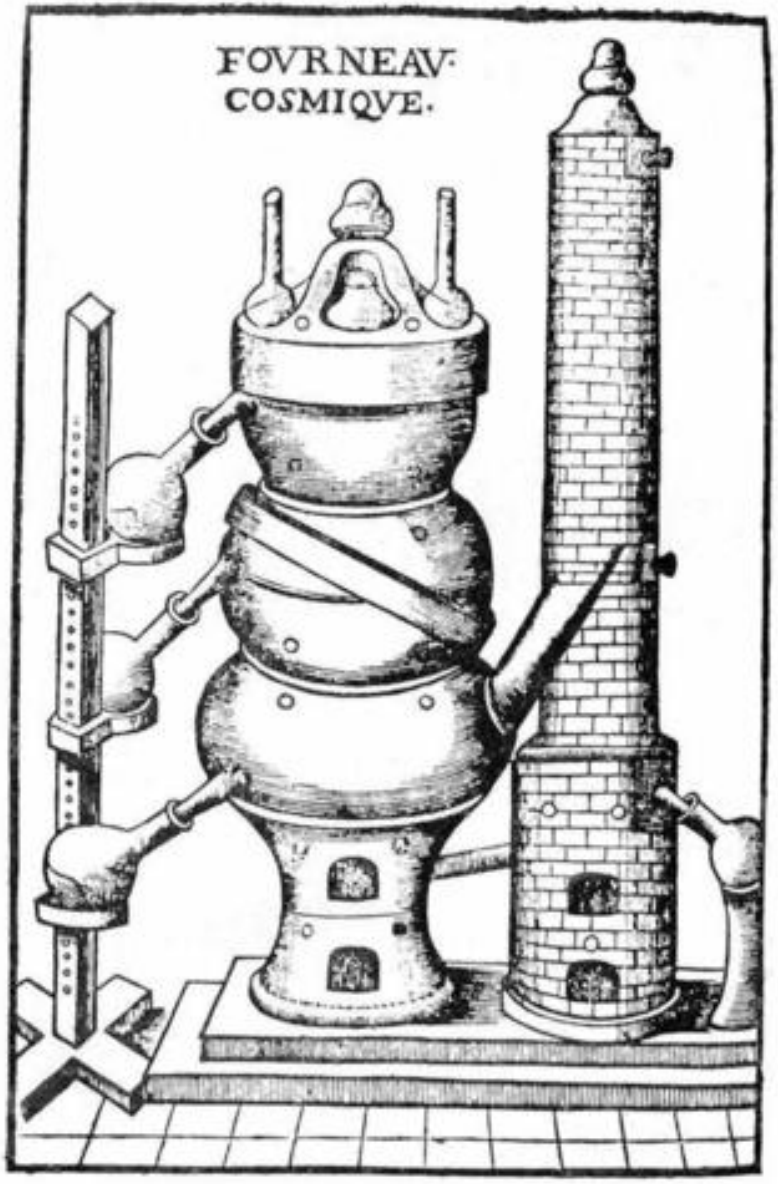
(1) Conservadas actualmente en la Biblioteca Nacional.

Wei Po-yang, su perro y su discípulo Yu. (Según L.-C. Wu y T. L. Davis, «An Ancien Chinese treatise on Alchemy entitled *Ts'an T'ung Ch'i*, «Isis», núm. 53, 1932, pág. 213.)



La crisopeya de Cleopatra. (En *Les origines de l'alchimie*, de M. Berthelot.)

Laboratorio alquimista. (Grabado de Hans Weiditz, 1520.)



El atanor filosófico. (En *Le vray et méthodique cours de la physique résolutive*, de Annibal Barlet.)

tencia hasta 1418, es decir, hasta la edad de ochenta y ocho años, algo muy raro en aquella época, pero que nada tiene de extraordinaria, como hemos visto, entre los poseedores del elixir de larga vida. Perrenelle, mayor que él, había muerto en el 1404, aunque esta fecha es poco segura. En su testamento, Flamel hacía donación de todos sus bienes a Saint-Jacques-la-Boucherie, lo que provocó el descontento de su sobrino Perrier, que se consideró perjudicado. Sin la menor duda, éste despreció lo esencial de la herencia de su pariente; Flamel le había legado, en efecto, un breve tratado de alquimia, *El salterio químico*, del que una copia parcial está escrita en los márgenes de su propio misal en un lenguaje cifrado. Por otra parte, este ejemplar único se conserva todavía en la Biblioteca Nacional. Pero Perrier no era alquimista y no comprendió la importancia del legado que se le había hecho. La historia de este misal tan particular fue estudiada a comienzos de siglo por René Schwaeblé en su obra *La Divina Magia* (publicada por el autor en 1918), de la que citaré aquí algunos extractos del capítulo 11: «Flamel dejó un tratado hermético a uno de sus sobrinos, uno de los tres hijos de su cuñada Isabelle Perrier. Dicho Perrier heredó también sus papeles, matraces y otros aparatos alquímicos. A la muerte de Perrier, todo eso pasó a las manos de un médico, llamado Du Parrain, quien se lo regaló a su ahijado Dubois. Éste usó el polvo contenido en el matraz.» Veamos lo que cuenta un contemporáneo suyo: «La otra persona con la que Morin (1) gustaba de mantener conversaciones era M. de Chavigny, quien había estado presente en la prueba que Dubois hizo de su polvo de proyección, ante los ojos del propio rey, el cual se hizo cargo de aquel oro recién fabricado para hacerlo contrastar por su probador de la moneda; éste, después de la última prueba, declaró que el oro en cuestión era más fino del que ordinariamente se servía, y que lo que le sorprendió fue que lo encontró más pesa-

(1) Se trata del célebre astrólogo Morin de Villefranche, autor de *Astrologia gallica*.

do después de efectuada la operación. Ahora bien, como esta historia, una de las más curiosas sin duda de aquellas que se han oído en el siglo actual, ha tenido facetas muy distintas, he creído que no estaría totalmente fuera de lugar darle aquí su verdadera luz y decir, en honor de la química y por amor a la verdad, que no hubo ninguna picardía en la prueba que Dubois hizo de su polvo. El crisol fue adquirido sin trampa alguna en casa de un comerciante; M. de Chavigny recogió de las bandoleras de los guardias algunas balas de plomo que fueron fundidas; y Su Majestad puso por sí mismo el polvo que se le entregó, en muy escasa cantidad, dentro de un poco de cera, tras haberlo enrollado en un papel para sujetarlo más fácilmente. Pero, ¿a qué se debe, pues, el tratamiento que se le dio a Dubois? Constituye un designio oculto de la Providencia. Lo que supe de ello es que quisieron obtener su secreto, y, bien fuera porque se empeñó en no darlo, o porque no fuera él el autor del polvo, como parece que es así realmente, se cansaron de sus demoras y lo arrestaron en Rueil, donde él iba a menudo a conferenciar con Su Eminencia, y, con el pretexto de la seguridad de su persona, le proporcionaron el bosque de Vincennes como alojamiento y unos guardias de corps para hacerle compañía.»

En los siglos XVI y XVII, veremos cómo la suerte de ese desgraciado Dubois fue compartida por muchas otras personas, a las que prudentes alquimistas habían confiado una parte de su polvo de proyección para efectuar demostraciones públicas, mientras ellos permanecían entre bastidores. El texto citado por Sachwaeblé, y extraído de la bibliografía de J. B. Morin de Villefranche, no basta, desgraciadamente, para probar, por sí solo, la existencia del polvo transmutatorio de Flamel. Es, con todo, digno de atención, pues Morin, profesor de matemáticas del Colegio de Francia y astrólogo real, era un íntimo de M. de Chavigny.

Existen numerosos relatos que dan fe de la supervivencia de Flamel y Perrenelle, los cuales habrían simulado su fallecimiento y se habrían marchado a continuación a la India —donde vivirían aún—, pero pertenecen todos a la leyenda, y no tienen cabida en este libro. La única conclusión que podemos sacar del estudio de la vida de Nicolás Flamel es que hizo fortuna después de haber descubierto una obra alquímica. Así, pues, ¿tuvieron esas riquezas un origen hermético? Nada menos seguro; pero, ¿qué otro origen podían tener? Ninguno, al parecer, pues Flamel era un pequeño artesano famoso por su honradez y, contrariamente a ciertas fabulaciones de autores del siglo XIX, jamás ejerció la profesión de usurero. Por tanto, es probable que Nicolás Flamel fuera realmente un artífice de oro, como siempre se ha creído.

8

LA ALQUIMIA DEL SIGLO XV EN FRANCIA, INGLATERRA E ITALIA

Este siglo nos ofrece un ministro francés muy extraño, Jacques Coeur, que, en menos de diez años, amasó una inmensa fortuna, gracias, se dice, a la práctica de la alquimia. Sin embargo, las prevaricaciones, malversaciones y otras deshonestidades del personaje en cuestión pueden inducir a creer que su oro procedió, sobre todo, de sus robos al Estado y de préstamos usurarios. Examinemos, sin embargo, la cuestión más detenidamente.

Jacques Coeur nació a principios del siglo XV. Su padre era un pequeño artesano orfebre de Bourges, el cual no pudo siquiera pagar los estudios de su hijo Jacques para que éste obtuviera los conocimientos necesarios para el ejercicio de su profesión. Por tal razón, Jacques tuvo que entrar, en 1428, como simple obrero en la Moneda. De todos modos, en un lapso de tiempo muy breve, consiguió ganar el suficiente dinero como para convertirse en maestro de la Moneda, y luego en tesorero de Ahorros, correspondiendo ese puesto al de guardián del Tesoro Real. Parece que su fortuna súbita tuvo como origen la amistad que le otorgó Agnès Sorel, la señora de Beauté, sobrenombre que no procedía en absoluto de su encanto físico, sino del nombre del señorío de Beauté-sur-Marne, en Nogent, que le había regalado el rey Carlos VII, de quien ella era su favorita.

En lo sucesivo, y siendo depositario de fondos importantes, Jacques Coeur pudo dedicarse al comercio. Se le acusó entonces de establecer monopolios sobre ciertas mercancías importadas del extranjero. En su *Historia de la filosofía hermética*, Lenglet du Fresnoy no se muestra muy blando con el ministro, pues escribe: «Como Jacques Coeur poseía gran autoridad, abusaba tranquilamente de su poder: falsificó el dinero y las monedas y, para hacerlo impunemente, sin hacer entrar en el secreto a algunos cómplices que podían aportar pruebas contra él de malversación, hizo duplicar el cuño real, e incluso su pequeño sello. Por este medio, aparentaba estar autorizado a transferir fondos a países extranjeros, y, con las rentas del Estado, armó galeras por su propia cuenta. Pero, a fin de proporcionarles tripulación, empleaba tanta violencia que llegó hasta coger por la fuerza, entre los súbditos del rey, a los remeros que necesitaba. Se demostró, incluso, que había despojado a los genoveses de diez mil escudos, suma muy considerable entonces.»

Yo no sé si llegó a despojar a los genoveses, pero la verdad es que fue embajador de Carlos VII en Génova, en 1446.

Llegamos así al período más fastuoso de Jacques Coeur, que comienza en 1449. El rey había decidido recuperar la provincia de Normandía, y tenía necesidad de dinero para organizar la expedición. Jacques Coeur, guardián del Tesoro Real, facilitó a su príncipe doscientos mil escudos de oro, suma enorme que parece demostrar que el ministro era menos deshonesto de lo que se pretende, o bien que disponía, a título personal, de inagotables fuentes de ingresos. Con ocasión de la entrada de Carlos VII en Ruán, Jacques Coeur penetró en la ciudad al lado de su amigo el conde de Dunois (que se había hecho célebre anteriormente con Juana de Arco) y otros grandes de la Corte. Para recompensar a Jacques Coeur por su generosidad, lo cual parece indicar claramente que el dinero facilitado procedía de sus fondos personales, Carlos VII lo nombró tesorero mayor del rey al año siguiente, es decir, de hecho,

Ministro de Hacienda.

Más tarde, Jacques Coeur adquirió numerosas propiedades, castillos y tierras señoriales. Sus negocios prosperaron, y el número de sus galeras aumentó sin cesar, así como el de sus comisionistas (unos trescientos aproximadamente) que recorrían el reino en todas direcciones para procurar nuevos e interesantes negocios a su amo. Se pretende que practicó la prevaricación en gran escala, robando al Estado y a su príncipe sin el menor pudor. Entre otras cosas, se le acusa de haber vendido armas a los infieles, así como de haber colocado su dinero en el extranjero, para mayor seguridad: otros tiempos, mismas costumbres, podría decirse, pues tráficos de esta clase, aunque no son quizá ya obra de ministros, son, ¡ay!, corrientes en nuestra época. En 1446, en el apogeo de su gloria, Jacques Coeur obtuvo para su hermano Nicolas el arzobispado de Bourges, que estaba en principio reservado a un señor de ilustre cuna.

Fue entonces cuando mandó construir en su villa de Bourges un hotel magnífico, que se puede aún admirar en nuestros días, en el que están grabados los emblemas de la ciencia hermética. Publicó, también en la misma época, un tratado sobre el arte transmutatorio, en el que reconocía su cualidad de filósofo hermético. Pero no parece que los contemporáneos de Jacques Coeur hubieran creído un solo instante en sus talentos de artista. Por el contrario, estimaron que el origen de sus riquezas debía ser buscado únicamente en los robos cometidos al Estado y en la competencia desleal frente a sus colegas comerciantes.

En 1450, fue el albacea testamentario de Agnès Sorel, pero la ruina de su crédito se aproximaba. Dos años más tarde, fue acusado de varios crímenes ante el rey, incluyendo el de haber envenenado a la dama de Beauté. Todas las acusaciones de malversación, prevaricación, robo, etc. fueron «demostradas»; por contra, se le reconoció inocente de la acusación de homicidio en la persona de Agnès Sorel. Al principio, el rey no

quiso creer en la traición de un ministro a quien él estimaba tanto, y se negó a ordenar que lo arrestaran. Jacques Coeur, creyendo haber conservado su crédito intacto, aceptó presentarse ante Carlos VII para justificarse de las acusaciones dirigidas contra él. Pero las pruebas acumuladas por sus adversarios eran tan abrumadoras que no pudo negar sus crímenes. Fue condenado a muerte por decreto del 19 de mayo de 1453. Sin embargo, un resto del favor real, añadido a una petición de clemencia del Papa Nicolás V, hizo que le conmutara su pena. Todos sus bienes fueron confiscados y se le obligó a pedir perdón públicamente. Fue condenado al destierro perpetuo de Francia, después de pagar una formidable multa de cuatrocientos mil escudos de oro. Ahora bien, a aquel hombre encarcelado, al que se le habían confiscado todos sus bienes, se le obligó a pagar esa suma fabulosa en muy poco tiempo. Se retiró luego a la isla de Chipre, donde se estableció, volviéndose a casar. Y no estaba entonces en absoluto arruinado, pues se cree que llegó a Chipre con sesenta mil escudos de oro aproximadamente. Permaneció en la isla hasta 1456, fecha de su muerte.

Examinaremos ahora las razones que pueden permitir dudar de la opinión de los contemporáneos de Jacques Coeur y, en consecuencia, atribuir sus riquezas a un origen alquímico.

Ante todo, está el hecho que Jacques Coeur, en vida incluso del rey Carlos VII, fue exonerado de todas las acusaciones que se habían presentado contra él, beneficiándose de una rehabilitación completa por desgracia después de su muerte. Podemos también señalar que los dos compañeros del ministro destituido, Jean de Village y Guillaume de Varie, fueron personajes perfectamente honorables y de un gran desinterés, hasta el punto de que Eugène Canseliet, en un artículo que dedicó a Jacques Coeur (en *La Tour Saint-Jacques*, n.º 8, 1957) pudo afirmar: «Esta pureza, esta nobleza de corazón y de espíritu, ¿no resultan sorprendentes, tratándose sólo de una empresa comercial, de la que historiadores y biógrafos afirman unánimemente que Jacques Coeur fue su fundador y su alma? He aquí, en verdad, una sociedad de mercaderes muy singular, que más bien ofrecía todas las características de solidaridad absoluta, que reinaba en el seno de las fraternidades iniciáticas tan en boga en la Edad Media. Negocio bastante poco trivial, en cualquier caso, en el que, a falta de mercancía suficiente para intercambiar por las importaciones, se pagaba éstas con vajilla de oro o de plata, perlas, gemas o diamantes, cuando no se hacía, como de ordinario, con lingotes de plata fina. En cuanto a la mina de galena argentífera que Jacques Coeur poseía en el Ródano, se volvió curiosamente deficitaria en el instante en que el ministro fue arrestado, y las cuentas e inventarios desaparecieron misteriosamente.»

Para Canseliet, sin la menor duda, dicha mina servía como tapadera a la fabricación de plata alquímica por el tesorero mayor de Francia.

Pierre Borel, en su *Tesoros de búsquedas y antigüedades galas y francesas* (París, 1655) piensa del mismo modo, pues escribe que Jacques Coeur «poseía la Piedra filosofal, y que todos los negocios que tenía en el mar, sus galeras y las monedas que gobernaba no eran más que pretextos para ocultarse, a fin de no parecer sospechoso». Borel habla también de sus monedas de plata de tres soles, que, por otra parte, se llamaban los «Jacques Coeur», y de los cuales el cirujano del rey Luis XIII, David de Planis-Campy, habla en estos términos: «No puedo pasar por alto la muerte de Jacques Coeur, quien, en consideración al secreto que poseía, obtuvo de Carlos VII poder para acuñar moneda de plata pura, piezas que valían tres soles, llamados de Jacques Coeur: en su reverso aparecían tres corazones, que eran su escudo de armas, y aún se ven algunas veces.» (*La apertura de la escuela de filosofía transmutatoria metálica*, París, 1633, citado por Eugène Canseliet.)

Otra razón para considerar con ciertas dudas las acusaciones de que fue víctima Jacques Coeur es el interés que siempre demostró por él el Papa Nicolás V, aún después de su condena.

El 16 de marzo de 1455, escribía en una cédula: «Lo que presentimos hace algún tiempo, lo rememoramos ahora con más atención por la llegada del tesorero de Francia que, últimamente, cuando lo aprobamos, llegó a Roma, porque sus enemigos y los que le tienen envidia se esforzaron en hacerlo caer en desgracia ante su Majestad Real. Entre otras cosas, lo calumniaron, principalmente a causa de lo que había hecho para ellos, y porque se había encargado, para nosotros y para la Iglesia Romana, de la importante suma de dinero que se elevaba a cien mil ducados, y más aún. En reciprocidad, se había ocupado cerca nuestro de diferentes cosas para esa misma Majestad. Por tal motivo, ha soportado injustamente persecuciones dolorosas e inmensas.»

Finalmente, y sobre todo, las diversas esculturas herméticas que Jacques Coeur hizo realizar en su hotel particular fueron examinadas con atención por Fulcanelli, y luego por su discípulo Eugène Canseliet, llegando ambos a la conclusión de la existencia de un auténtico saber alquímico en él, cosa que se compagina mal con la imagen de un sórdido traficante deseoso solamente de enriquecerse.

¿Fue, por tanto, Jacques Coeur un filósofo hermético, o tan sólo un ministro prevaricador? Dejaré que sea el lector quien decida por sí mismo.

En Italia, en la misma época, el principal filósofo hermético fue seguramente Bernardo, conde de la Marca Trevisana, pequeño Estado veneciano. Se lo designa frecuentemente con el nombre del Buen Trevisano, pues, en sus obras alquímicas, tenía la reputación de haber sido más claro, más caritativo que muchos de sus predecesores. He leído su *Tratado de la filosofía natural de los metales*, y debo reconocer que en una forma alegórica, es verdad que Bernardo el Trevisano da, efectivamente, indicaciones más concretas que muchos otros tratados. ¡Que el lector no vaya a imaginarse, sin embargo, que la

lectura de las obras del Buen Trevisano le permitirá realizar la Piedra filosofal! Su texto incluye tal cantidad de aspectos oscuros, incluso de mentiras, deslizadas traidoramente en medio de un párrafo «caritativo», que no hay forma de llegar a buen puerto.

Ya conté detenidamente la vida del conde Bernardo en otro lugar (1). Por esto, aquí la resumiré en unas pocas líneas tan sólo, antes de extenderme en una de las dos parábolas que fueron el origen de la celebridad de este autor en la literatura alquímica. Bernardo nació en 1406 en Padua. A la edad de catorce años, fue iniciado a la alquimia por su padre, quien le hizo estudiar más particularmente los trabajos de Geber. El Buen Trevisano se entusiasmó inmediatamente por la búsqueda de la Piedra filosofal, y consagró a ello toda su vida. Felizmente para él, disponía de una fortuna familiar considerable, la cual, por lo demás, perdió totalmente. Tras una búsqueda incesante, emprendida a través de toda Europa durante decenas de años, Bernardo el Trevisano se retiró, arruinado, a la isla de Rodas, aproximadamente en 1485, entregándose por última vez al estudio de los trabajos de Geber. Los múltiples fracasos que habían salpicado esa búsqueda loca, durante su vida, le hicieron comprender finalmente ciertos secretos operativos que el estudio de Geber, realizado en su juventud, no le había permitido captar entonces, y la tradición alquímica cuenta que el conde Bernardo logró fabricar la Piedra filosofal a la edad de ochenta y dos años. Vivió todavía hasta 1490, siempre en la isla de Rodas, y fue en ese momento cuando escribió sus tratados: *La palabra abandonada*, *La filosofía natural de los metales*, y, probablemente, el *Sueño verde*. La atribución de este último texto es menos segura; con todo, su espíritu se aproxima mucho a aquel que encontramos en «La alegoría de la fuente», que el Buen Trevisano colocó en *La palabra abandonada*, y, por otra parte, el propio autor cita el

(1) Véase nota página 68.

Sueño verde. Existen, pues, grandes probabilidades de que sea su autor; voy a citar ahora dicho texto aquí *in extenso*, pues resulta muy representativo de un cierto número de tratados alquímicos alegóricos:

«Me encontraba sumergido en un sueño muy profundo, cuando me pareció ver una estatua de unos quince pies de altura más o menos, que representaba a un anciano venerable, bello y perfectamente bien proporcionado en todas las partes de su cuerpo. Su ondulada cabellera era muy abundante y de color plateado. Los ojos, de un turquesa fino, y, en medio de ellos, como engarzados, unos carbunclos tan brillantes que yo no podía soportar su luz. Sus labios eran de oro, y sus dientes, perlas orientales, estando todo el resto del cuerpo como moldeado en un rubí muy brillante. Con el pie izquierdo tocaba un globo terrestre, que parecía sostenerlo. Llevaba el brazo derecho levantado y extendido, y parecía sostener con la punta del dedo un globo celeste por encima de su cabeza. En la mano izquierda sostenía una llave, hecha de un voluminoso diamante bruto.

»Aquel hombre, aproximándose a mí, me dijo: "Soy el genio de los sabios; no temas seguirme." Luego, cogiéndome por los cabellos, con la misma mano que sostenía la llave, me levantó y me hizo atravesar las tres regiones del aire, la del fuego y los cielos de todos los planetas. Y aún me llevó mucho más lejos; luego, habiéndome envuelto en un torbellino, desapareció, y me encontré sobre una isla flotante en un mar de sangre. Sorprendido de hallarme en un país tan alejado, me paseaba por la orilla; y, examinando aquel mar con gran atención, reconocí que la sangre que lo constituía estaba viva y muy caliente. Percibí incluso que un viento muy suave, que la agitaba incesantemente, mantenía su calor y provocaba en aquel mar una efervescencia que inducía un movimiento casi imperceptible en la isla.

»Lleno de admiración por ver aquellas cosas tan extraordinarias, reflexionaba acerca de tantas maravillas; de improviso me di cuenta de que había varias personas cerca de mí. Al

principio supuse que, tal vez, querían causarme daño, y me deslicé bajo una mata de jazmines para ocultarme; pero, como el olor de éstos me adormeció, me encontraron y me capturaron. El más alto del grupo, que parecía ser el que mandaba, me preguntó, con aspecto fiero, quién me había hecho tan temerario como para venir desde los Países Bajos a aquel imperio tan alto. Le conté entonces de qué manera había sido transportado. Al punto, aquel hombre, cambiando instantáneamente de actitud, así como de maneras, me dijo: "Sé bien venido, tú que fuiste conducido aquí por nuestro muy alto y muy poderoso Genio." Luego me saludó, lo que hicieron también todos los demás, al modo de su país, que consistía en acostarse totalmente sobre la espalda, luego hacerlo sobre el vientre y, finalmente, levantarse. Yo les di las gracias, pero según la costumbre de mi país. Él me prometió entonces presentarme al Hagacestaur, que es su emperador. Rogó que lo perdonara por no disponer de un vehículo para llevarme a la ciudad, de la que distábamos una legua. Durante el camino, me habló sólo del poder y de las grandezas de su Hagacestaur, quien, decía, poseía siete reinos, habiendo elegido aquel que estaba en medio de los otros seis para establecer su residencia.

»Como advirtió que tenía apuros en caminar sobre las flores de lis, rosas, jazmines, claveles y nardos, y una prodigiosa cantidad de las más bellas y curiosas flores, que crecían incluso en los caminos, me preguntó, sonriendo, si temía causar daño a esas plantas. Le respondí que sabía perfectamente que ellas carecían de alma sensitiva, pero que, como en mi país eran muy raras, sentía repugnancia en pisarlas con los pies.

»Al no descubrir, en toda la campiña, más que flores y frutos, le pregunté dónde sembraban su trigo. Él me respondió que no lo sembraban, pero que, como podía encontrarse en cantidad en las tierras estériles, el Hagacestaur ordenaba lanzar la mayor parte de él a nuestros Países Bajos para placer nuestro, y que los animales se comían el resto; que, por lo que se refería a ellos, hacían su pan con las flores más bellas: las

amasaban con el rocío y las cocían al sol. Como yo veía en todas partes tan prodigiosa cantidad de hermosos frutos, tuve la curiosidad de coger algunas peras para probarlas, pero él quería impedírmelo, diciéndome que sólo los animales las comían. Sin embargo, las hallé de un sabor admirable. Me ofreció entonces melocotones, melones e higos; jamás había visto en la Provenza, en toda Italia, o en Grecia, frutos de un gusto tan excelente. Me juró por el Hagacestaur que aquellos frutos crecían por sí mismos, sin que nadie los cultivara, asegurándome que ellos no comían otra cosa que su pan.

»Le pregunté cómo se podían conservar aquellas flores y frutos durante el invierno. A eso me respondió que ellos no conocían en absoluto el invierno; que sus estaciones eran tres solamente, a saber, la primavera, el verano, y que de esas dos se formaba la tercera, es decir el otoño, que encerraba en el cuerpo de los frutos el espíritu de la primavera y el alma del verano; que era en esa estación cuando se recogían la uva y la granada, las mejores frutas de su país.

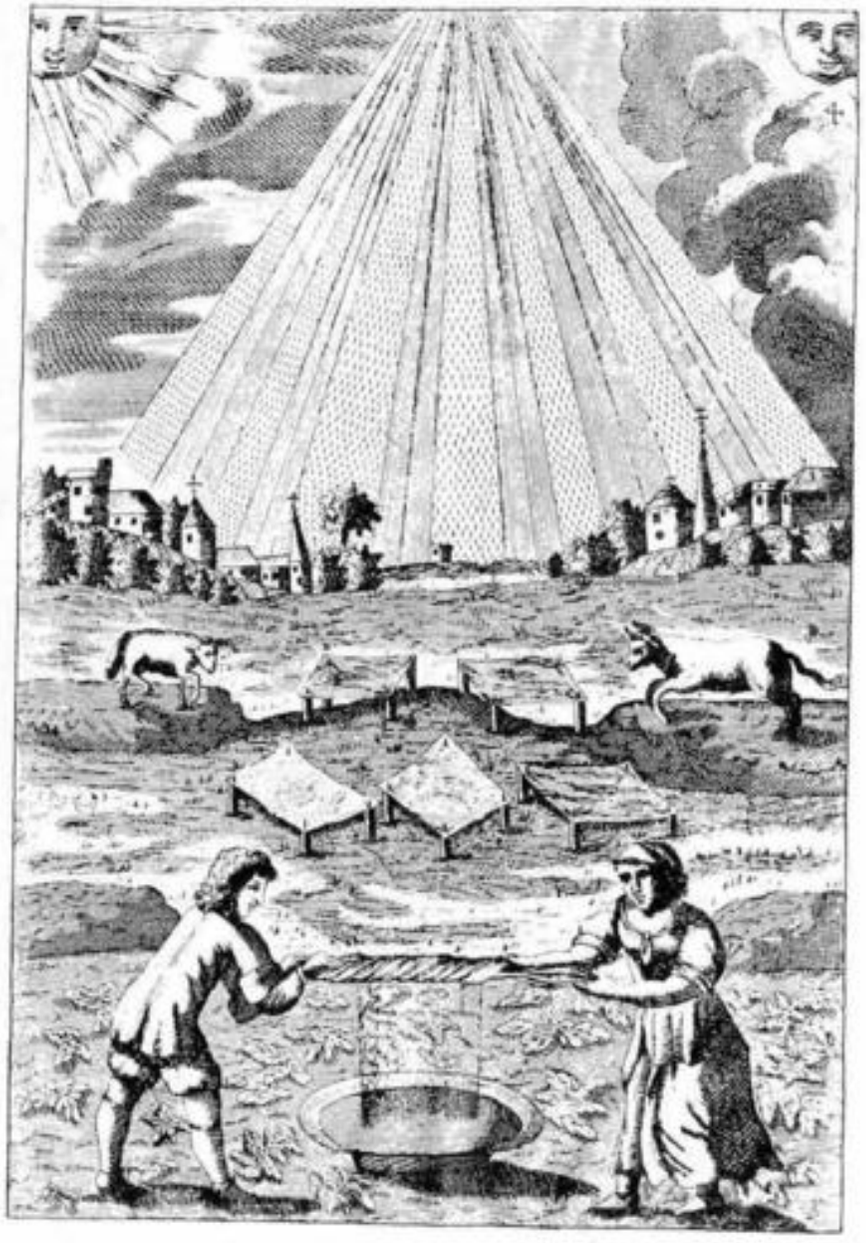
»Me pareció muy sorprendido cuando le informé de que nosotros comíamos buey, cordero, aves, pescado y otros animales. Me dijo que debíamos de tener el entendimiento muy espeso, puesto que utilizábamos alimentos tan materiales. No me aburría en absoluto oír cosas tan bellas y curiosas, y lo escuchaba con mucha atención. Pero, habiéndome él indicado que contemplara el aspecto de la ciudad, de la que entonces estábamos alejados sólo unos doscientos pasos, apenas hube levantado los ojos para mirarla, cuando me quedé ciego, sin poder ver nada; lo que provocó la risa en mi conductor, así como en sus compañeros.

»El despecho de ver cómo aquellos caballeros se divertían con mi accidente me causaba más pena que la desgracia misma. Dándose cuenta entonces de que sus maneras no me complacían, aquel que siempre se había encargado de distraerme me consoló diciendo que tuviera un poco de paciencia, que vería con claridad dentro de unos instantes. Luego fue a bus-

Los dos agentes de la primera obra y su preparación.
(En *Les douze clés de la philosophie*, de Basilio Valentín.)

La naturaleza enseña a la Naturaleza a vencer el Fuego. (En *Atalante fugitive*, de Michel Maier.)

El mercurio de los filósofos. (En *L'escalier des Sages*, de B. Coenders van Helpen, 1693.)



El rocío de mayo. (Cuarta lámina del *Mutus Liber.*)

car una hierba con la que me frotó los ojos, y al punto vi la luz y el resplandor de aquella soberbia ciudad, en donde todas las casas estaban construidas de cristal muy puro, que el sol iluminaba constantemente; pues, en aquella isla, nunca se hacía de noche. No me permitieron entrar en ninguna de aquellas residencias, pero sí ver lo que ocurría en su interior, a través de las paredes, que eran transparentes. Examiné la primera casa; todas estaban construidas según un mismo modelo. Noté que la vivienda consistía sólo de una planta, compuesta de tres apartamentos, conteniendo cada uno de éstos varias habitaciones y gabinetes.

»En el primer apartamento se veía una sala, adornada con una tapicería de damasco, recargada toda con galón dorado y en la que se había bordado una cenefa de lo mismo. El color de fondo de aquel tejido cambiaba de rojo a verde, realzado con plata muy fino, y todo el conjunto recamado con una gasa blanca. Aparecían a continuación algunos gabinetes adornados con joyas de colores diferentes; luego se descubría una habitación toda ella decorada con un hermoso terciopelo negro, ribeteado con algunas franjas de satén muy negro y lustroso, realzado el conjunto por un trabajo de azabache, cuya negrura brillaba y resplandecía con intensidad.

»En el segundo apartamento se veía una habitación tapizada de un muaré blanco, ondulado, enriquecido y realzado por un aljófar de perlas orientales, muy finas. Seguían luego varios gabinetes, arreglados con muebles de diversos colores, como de satén azul, damasco violeta, muaré cetrino y tafetán encarnado.

»En el tercer apartamento había una habitación decorada con un tejido muy resplandeciente, de un color púrpura con fondo dorado, más bello y rico, sin comparación, que todos los demás tejidos que acababa de ver.

»Quise averiguar dónde estaban el dueño y la dueña del alojamiento. Me dijeron que estaban ocultos en el fondo de aquella habitación, y que debían pasar a otra más alejada, que

estaba separada de éste sólo por algunos gabinetes de comunicación; que los muebles de estos gabinetes eran todos de colores diferente, unos de paño color isabelinos, otros de muaré cetrino, y otros de un brocado de oro muy puro y muy fino.

»No podía ver el cuarto apartamento, porque debía de estar en voladizo; pero se me dijo que consistía sólo de una habitación, cuyos muebles no eran más que un tejido de rayos de sol purísimos y concentrados en aquel paño de púrpura que acababa de contemplar.

»Después de haber visto todas aquellas curiosidades, me informaron cómo se celebraban los matrimonios entre los habitantes de la isla. Como el Hagacestaur tiene un conocimiento muy perfecto de los hombres y del temperamento de todos sus súbditos, desde el mayor hasta el más pequeño, reúne los parientes más próximos, y dispone que una muchacha pura y limpia se una con un anciano sano y vigoroso; luego purga y purifica a la joven, lava y limpia al anciano, el cual ofrece su mano a la muchacha; ésta toma la mano del viejo; entonces se les conduce a una de aquellas moradas, sellándose la puerta con los mismos materiales de que está construida la casa; es preciso que permanezcan así encerrados juntos durante nueve meses completos, durante cuyo tiempo construyen todos esos muebles que me habían enseñado. Al cabo de ese tiempo, salen unidos los dos en un solo cuerpo; y, no teniendo más que un alma, a partir de ese momento son uno solo, y su poder es muy grande sobre la Tierra. El Hagacestaur se sirve de ellos entonces para convertir a todos los malvados que hay en sus siete reinos.

»Se me había prometido hacerme penetrar en el palacio del Hagacestaur, de darme a conocer sus apartamentos, así como un salón, entre otros, donde hay cuatro estatuas tan antiguas como el mundo, una de las cuales, la que está situada en el centro es el poderoso *Seganisegeda*, que me había transportado a la isla. Las otras tres, que forman un triángulo alrededor de éste, son las de tres mujeres, a saber: *Elugaté, Li-*

nemalore y *Tripsarecopsem*. Me habían prometido también hacerme ver el templo donde está la figura de su divinidad, que ellos llaman *Elesel Vasergusina*; pero los gallos se habían puesto a cantar, los pastores conducían sus rebaños a los campos, y los labradores, preparando sus arados, hicieron un ruido tan grande que me despertaron, y mi sueño se disipó enteramente.

»Todo lo que había visto hasta entonces no era nada en comparación con lo que se me había prometido enseñar. No obstante, no tengo dificultad en consolarme, al reflexionar en ese imperio celeste, donde el Todopoderoso aparece sentado en su trono rodeado de gloria, y acompañado de ángeles, arcángeles, querubines, serafines, tronos y dominaciones. Allí es donde veremos lo que el ojo no ha visto jamás, donde escucharemos lo que el oído no ha escuchado nunca, puesto que es en dicho lugar donde deberemos gustar una felicidad eterna, que Dios mismo ha prometido a todos aquellos que procuren hacerse dignos de ello, habiendo sido creados todos para participar en esta gloria. Hagamos, pues, todos los esfuerzos posibles para merecerla. ¡Loado sea Dios!»

Para el lector no prevenido, el *Sueño verde* es un relato poético, bastante abstruso, incomprensible en algunas de sus partes, pero, probablemente, sin la menor relación con el arte alquímico. Ahora bien, se trata realmente de una obra alquimista, destinada no a enseñar algunos puntos del magisterio a los ignorantes, sino, más bien, a representar simbólicamente una parte de la obra, la cocción, siendo el texto sólo comprensible para personas iniciadas. No pretendo, ciertamente, comprenderlo yo mismo en su sentido pleno, pero sé a qué estadio de la obra se refiere, y deseo dar aquí algunas indicaciones que permitirán al lector penetrar más en esta alegoría.

El genio de los sabios es otra manera de simbolizar a Hermes, el Hermes iniciador. La llave a que hace referencia al final del primer párrafo es, evidentemente, un símbolo general, pero también una alusión precisa a un punto particular

del magisterio, alusión que debe ser deducida a partir de las palabras «llave hecha de un voluminoso diamante en bruto». Este grueso diamante representa el disolvente alquímico salino en su forma cristalizada que «trabaja» la materia en su vía seca. Seguidamente, el autor del sueño se encuentra en una isla flotante en medio de un mar de sangre. También aquí, se trata de alquimia operativa concreta pues tras la abertura de la materia mediante el disolvente salino, el compuesto restante parece flotar en un líquido rojo, esencialmente compuesto de mercurio filosófico. Se tiene realmente la impresión de una isla flotando en un mar de sangre. Se comprende, en consecuencia, que se viento tan suave que conserva el calor del mercurio es una indicación de la acción de calentamiento.

Más adelante, la referencia a los siete reinos del Hagacestaur alude a la utilización de los siete metales en su forma filosófica. Las flores, que pueden producir sorpresa en este texto se mencionan simplemente para evocar las inflorescencias que aparecen en la superficie del compuesto durante la obra alquímica. ¡Debo confesar a continuación que no comprendo absolutamente nada del párrafo relativo a los frutos y su gusto maravilloso! Las cosas se hacen más claras cuando el autor del sueño ve aparecer repentinamente la ciudad, hasta el punto que queda cegado por ella. Esto simboliza la transformación del compuesto en un estado cristalizado, que aparece súbitamente durante el magisterio, sin que nada permita presagiarlo unos instantes antes. Éste es el motivo por el que se indica que las casas estaban hechas de cristal muy puro. La referencia al sol que ilumina continuamente indica que la obra prosigue sin interrupción, noche y día, realizándose bajo la acción de un Sol central e interno; esto indica también que toda la operación alquímica pone de manifiesto la obra solar en general, como hemos visto en la *Tabla de Esmeralda*. La pérdida de la visión por parte del autor, y las hierbas que, al ser frotadas contra sus ojos, se la restituyen simbolizan evidentemente, un estado de iniciación superior. Vemos a continuación aparecer unas casas todas ellas compuestas de tres apartamentos, y, anteriormente, el autor había señalado que en aquel país se daban sólo tres estaciones. Se trata aquí de una doble indicación, de naturaleza práctica; en primer lugar, que es preciso utilizar un globo de tres esferas separadas entre sí por un estrangulamiento; y, luego, el autor recuerda la necesaria triplicidad de la cocción.

Viene a continuación la fracción del *Sueño verde* más similar a la *Alegoría de la fuente*. Se trata de la descripción de las distintas decoraciones de los apartamentos. Reconocemos sin dificultad los diversos colores por los que pasa la materia en el transcurso de la cocción. Primeramente, todos los colores; a continuación llegamos a la obra en negro, luego a la obra en blanco, y después, a la obra en rojo que permite adivinar el oro. En cuanto a la última pieza del apartamento, que es invisible, no nos sorprenderemos de encontrar en ella muebles hechos de un tejido de rayos de sol puros y concentrados, pues se trata de la simbolización del propio misterio alquímico, es decir, de la obra solar.

La última parte del *Sueño verde* es más clásica; vemos, en efecto, muy a menudo citada en los tratados la imagen del anciano sano y vigoroso casado con la joven virgen que él debe purificar. La muchacha representa la materia primera, y el viejo simboliza el vitriolo filosófico, el fuego secreto que se le administra para quitarle todas sus impurezas y penetrarla, a fin de formar con ella un solo ser, es decir, crear una naturaleza hermafrodita. Tal como lo dice el texto, entonces «no son más que uno». En cuanto a la referencia sobre la conversión de los malvados, se trata, evidentemente, de la transmutación de los metales viles en metales nobles, el oro y la plata.

En su último párrafo, advertimos los nombres extraños de las estatuas, que son, en realidad, anagramas; por ejemplo, el *Seganisegeda* es, por supuesto, el «genio de los sabios», lo que, por otra parte, está indicado claramente, dado que se con-

creta que este poderoso personaje es el mismo que había trasportado al autor a la isla; ahora bien, sabemos que se trata del genio en cuestión. Los otros nombres de las estatuas femeninas son indicaciones operativas: *Elugaté* significa «betún igualado» (1), y aporta, pues, información sobre el cierre del recipiente que conviene emplear. *Linemalore* significa «poso normal»; se refiere al poso de los toneles de donde se saca el tártaro, que es uno de los componentes del fuego sagrado. *Tripsarecopsem* significa «espíritu, alma, cuerpo», y *Elesel Vasergusina*: ¡«Sangre, sal, vidrio, eleusis»! En cuanto al último párrafo, está sólo para dejar bien claro que la Obra alquímica se realiza únicamente por Dios y para Dios.

Mi comentario parecerá quizás al lector tan oscuro como el propio *Sueño verde*. En tal caso, le sugiero que vuelva a examinar uno y otro, tras haber leído el capítulo en que indico muy esquemáticamente las operaciones prácticas del magisterio filosofal. Pienso que quedará sorprendido de comprobar en qué medida el relato atribuido al Buen Trevisano se hace sensiblemente más claro.

(1) Se trata de un sello que sirve para enlacar (cerrar herméticamente) la materia.

9

LA ALQUIMIA DEL SIGLO XVI

El arte hermético se desarrollará a todo lo largo del siglo XVI, hasta llegar a la explosión del siglo XVII, que será verdaderamente el siglo alquímico por excelencia. En la monumental *Historia de la Alquimia* del erudito alemán Schmieder, por desgracia inédita en francés, descubrimos, al menos, cuarenta y tres nombres de alquimistas célebres del siglo XVI. Hay que reconocer, sin embargo, que entre ellos citaba a algunos sopladores, es decir, esos personajes que no buscaban en absoluto la Gran Obra alquímica, sino sólo un medio rápido de fabricar oro, con el fin de enriquecerse. Asimismo, conviene distinguir entre esos sopladores a aquellos que eran pura chusma, como el famoso Edward Kelly (1), de los que eran simplemente diletantes a quienes todas las ciencias tradicionales u ocultas habían tentado, sin que pudieran llegar a dominar ninguna; pienso, en particular, en Enrique Cornelio Agrippa de Nettesheim.

A propósito de este último, los adversarios del arte hermético citan a menudo el enfurecimiento de Agrippa, en su opúsculo *Declaración sobre la incertidumbre, la vanidad y el abuso de las ciencias*, contra los alquimistas, sus cofrades, y en donde aparecen sólo reflejados el despecho y la amargura del

(1) Véase nota página 68.

hombre que malgastó toda su vida persiguiendo sueños quiméricos: «Los dañinos carbones, el azufre, el excremento, los venenos y todo trabajo duro os parecen más dulces que la miel, hasta el punto de que consumís toda vuestra herencia y patrimonio y lo reducís a cenizas y humo, con tal que os prometáis con paciencia ver una recompensa a vuestros largos trabajos en esas hermosas creaciones que son el oro, la perpetua salud y el retorno a la juventud. Finalmente, habiendo perdido el tiempo y el dinero que hayáis empleado en ello, os encontraréis viejos, cargados de años, vestidos con andrajos, hambrientos, evocando siempre el olor a azufre, teñidos y manchados de cinc y carbón y, debido al frecuente manejo del azogue, convertidos en paralíticos, y como única reliquia, una nariz que está destilando perpetuamente. Sois tan desgraciados que entregaréis vuestras vidas e incluso vuestras almas. En suma, esos sopladores experimentan en sí mismos la metamorfosis y el cambio que ellos intentan provocar en los metales; pues, de químicos se convierten en cacoquímicos, de médicos en medicantes, de jaboneros en taberneros, en la burla del pueblo, locos manifiestos y el pasatiempo de todos. Y no habiéndose podido contentar a sus años jóvenes con vivir en la mediocridad, habiéndose abandonado a los fraudes y engaños de los alquimistas durante toda su vida, al llegar a viejos, se ven obligado a arrastrarse en la mayor de las pobrezas, de suerte que, en lugar de encontrar misericordia en el estado calamitoso y miserable en que se hallan, no son más que la risa y la mofa de todo el mundo.»

En realidad, la descripción de Enrique Cornelio Agripa se aplicaba verdaderamente a un buen número de sopladores y quizás a otros tantos personajes de mente desordenada que se creían designados por Dios para elaborar la Piedra. Muchos de esos alquimistas aficionados tuvieron destinos trágicos, bien porque alguna explosión viniera a poner fin a sus investigaciones y su existencia simultáneamente, o porque, habiendo adquirido alguna reputación, casi siempre por artificios o con engaño, un príncipe ávido se interesaba quizá demasiado por sus trabajos. ¡Muchos sopladores perecieron así bajo la tortura por no haber podido revelar un secreto que ignoraban por completo! El célebre químico alemán Johan Kunckel cuenta en su *Laboratorium chymicum* numerosos casos de este tipo. Él mismo tuvo algunas dificultades con su príncipe, al cual le habría gustado más verle efectuar investigaciones alquímicas que elaborar el fósforo o el amoníaco, descubrimientos que, no obstante, le dieron fama en la ciencia química.

El elector Augusto de Sajonia y su mujer, Ana de Dinamarca, se interesaban desde hacía tiempo por la alquimia. Al principio habían sido víctimas de varios sopladores que intentaban abusar de su confianza en 1561 y 1562. Éste fue, por ejemplo, el caso de un tal Velten Merlitz, quien, sometido a tortura, reconoció haber mezclado plata con el mercurio que pretendía transmutar, para hacer creer que poseía la Piedra. Sin embargo, esta confesión tardía no lo salvó, pues el elector se negó a creer la superchería, y ordenó que se continuara torturando al pobre diablo. Un poco más tarde, otro falso alquimista, Daniel Bachman, acudió a ofrecer sus servicios. ¡Pero Augusto de Sajonia, que se había vuelto desconfiado, lo hizo encadenar a la muralla con un juego de cadenas lo suficientemente largo como para permitirle alcanzar sus instrumentos, así como recargar de carbón su horno! Bachman se volvió loco, y fue expulsado, con su mujer y sus hijos, del electorado de Sajonia, tras haber recibido la orden de abandonarlo al instante, ¡si no quería ser lanzado al agua dentro de un saco y atado!

En esta atmósfera, pues, es donde David Beuther, a partir de 1575, se convirtió en ayudante del elector en su laboratorio privado. Según Kunckel, cierto día Beuther descubrió un manuscrito alquímico que aportaba algunas recetas prácticas para fabricar oro. Se trataba, sin duda, de esos procedimientos particulares de que hemos tenido ya ocasión de hablar; halló esos papeles ocultos en un escondrijo construido en un muro

del laboratorio de pruebas de la Moneda del Estado, instalado en un monasterio. Lo que es cierto es que, a partir de ese día, Beuther empezó a «nadar en oro» y a darse la gran vida, en compañía de sus dos ayudantes, Vertel y Heidler. Desgraciadamente éstos quisieron volar con sus propias alas, y no tardaron en verse llenos de deudas y acorralados. Acudieron inmediatamente a Beuther, pero este último se negó a ayudarlos, bien porque estuviera harto de mantenerlos, o porque sus operaciones de transmutación no dieran ya resultado satisfactorios. Vertel y Heidler, furiosos y considerándose traicionados, lo denunciaron al punto a Augusto de Sajonia. Éste no quiso creer en las confesiones completas que le hizo Beuther, y quedó convencido de que su asistente había descubierto la Piedra filosofal. Por tanto, exigió de él que continuara fabricando oro y plata, contentándose, según concretó, con tomar solamente la décima parte de las cantidades producidas por Beuther. Como este último se declaró incapaz de ello, fue encarcelado. Sin embargo, el elector le hizo liberar al cabo de un cierto tiempo, con la esperanza de que, finalmente, consentiría en revelar su secreto y efectuar algunas transmutaciones.

David Beuther planeaba con escapar a Inglaterra, cuando fue nuevamente arrestado y citado ante el Tribunal de Leipzig, ¡bajo la acusación de haber cumplido mal sus funciones de alquimista oficial cerca del elector! En sus considerandos, la sentencia indicó que David Beuther era considerado como en posesión del secreto de la Piedra filosofal, y que convenía hacerle confesar tal secreto mediante la tortura; por otra parte, la sentencia precisaba que, por haber sido infiel a su príncipe, sería azotado, se le amputarían dos dedos y se le encarcelaría para el resto de su vida. Augusto de Sajonia, que no era un hombre malvado, no quiso hacer aplicar inmediatamente la sentencia, y ofreció una última posibilidad a su antiguo asistente. Le envió esta nota, cuya copia ha podido ser conservada: «Beuther, devuélveme inmediatamente lo que me has robado, lo que Dios y la justicia divina me habían concedido. Si no, la sentencia que sellará tu suerte será promulgada el próximo lunes, aunque tenga que arrepentirme de ello más tarde. Te conjuro para que no me obligues a llegar a ese extremo.»

Viéndose perdido, Beuther respondió por escrito al príncipe que consentiría en revelarle su secreto, a cambio de la libertad. Se cuenta que escribió en los muros de su celda, en grandes caracteres: «Un gato encerrado no puede atrapar ratones.» El elector de Sajonia consintió en ello, y Beuther fue, en lo sucesivo, prisionero en el laboratorio alquímico de Dresde, donde lo vigilaban noche y día, restituyéndole, sin embargo, todos los honores y privilegios que fueron suyos anteriormente. Nadie ha buscado la Piedra filosofal con mayor sinceridad y obstinación. Pero Beuther, que no había avanzado mucho en sus investigaciones en el arte alquímico, fracasó en todas sus tentativas. Probó de sobornar a sus guardianes para escapar, pero en vano. Finalmente, tras una última tentativa para fabricar la Piedra, prefirió suicidarse. Una mañana, sus guardianes lo encontraron muerto, estirado en el suelo del laboratorio.

Este género de aventuras ha ocurrido en todos los países. En 1567, el rey Carlos IX y su hermano, el duque de Anjou, firmaron un contrato en buena y debida forma, con un tal Jean de Gallans, señor de Pezerolles, y le entregaron ciento veinte mil libras, a cambio de transmutaciones que debería efectuar en el plazo de seis meses. De hecho, la primera semana, el estafador se escapó del laboratorio que se le había confiado, pero fue atrapado y ahorcado. En la colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, hallamos aún el texto que demuestra la credulidad del rey y de su hermano, ciertamente muy jóvenes entonces:

«Contrato firmado por el rey Carlos IX con Jean de Gallans, señor de Pezerolles, quien prometió al susodicho señor rey transmutar todos los materiales imperfectos en fino oro y plata, el año 1567, a cinco de noviembre.

»Carlos, por la gracia de Dios Rey de Francia, habiendo sido informado por Jean de Gallans, señor de Pezerolles, de que poseía un secreto para transmutar todos los metales imperfectos en fino oro y plata, secreto que habría declarado actualmente a Su Majestad y al Señor Duque de Anjou, prometiendo el susodicho de Pezerolles que, dentro de los seis meses a partir de la fecha de los presentes, la materia por él a nosotros declarada había sido puesta en la decocción y, según la costumbre requerida para ello, y en tal número que complacerá a Su Majestad, que mostrará la primera prueba de la susodicha materia en mercurio ablandado o vivificado, y dentro de los cuatro meses siguientes mostrará asimismo una segunda prueba de la susodicha materia, que será una transmutación de metal imperfecto en oro y plata, y que, continuando la materia su decocción, de ello se seguirá la perfección de aquélla para hacer proyección de ella sobre todos los metales imperfectos para reducirlos a fino oro y plata según el grado de su decocción al blanco y al rojo, en el término de dos años aproximadamente después de la fecha de los presentes. Y nosotros, en consideración de su buena voluntad y grande servicio que nos ha hecho, queriendo recompensarlo en la medida de nuestro poder, por la presente le hemos prometido y prometemos según fe y palabra de Rey, dar, ceder y transferirle a él, a sus herederos y causahabientes, como herencia y a perpetuidad, la suma de 100.000 libras tornesas anualmente en nuestro Reino. Además, una o varias tierras, a título de marquesado, condado, baronía u otro señorío, así como la suma de 100.000 escudos de oro sol, en dineros puros y claros, a saber, 50.000 libras tornesas de renta y 50.000 escudos de oro sol dentro del término de los próximos seis meses, cuando se haga la primera prueba de la susodicha materia en mercurio. Y cuatro meses después de que se haga la segunda prueba del metal imperfecto en oro y plata, le donaremos la citada suma de 100.000 libras tornesas de renta y 100.000 escudos sol, según nuestra promesa. No obstante, durante el citado tiempo de seis meses, le hemos prometido hacer entrega cada mes de la suma de 1.200 escudos sol, para su mantenimiento. Y, en este momento, le entregaremos la suma de 6.000 escudos sol, deducible de la citada suma de 100.000 escudos sol. Prometiendo al susodicho señor de Pezerolles pasarle en el primero y segundo plazo de las pruebas mencionadas, contrato y letras buenas y válidas de lo que antecede en forma auténtica, y hacerlas homologar y verificar, tanto en nuestro consejo del Parlamento, como, por lo demás, donde sea preciso. Y para verificación y garantía de las susodichas pruebas de la materia a nosotros enseñada, el citado señor de Pezerolles se remite y acata lo que nosotros atestiguamos según nuestra fe y conciencia. En confirmación de lo que antecede, hemos firmado la presente y hecho firmar a nuestro hermano el duque de Anjou, al 5 de noviembre de 1567.

»Así firmado, Carlos y Enrique.»

Pero dejemos a los sopladores y charlatanes, que deshonraban el verdadero espíritu hermético en ese siglo XVI, para llegar al más célebre médico alquimista que esta ciencia ha dado: Paracelso. Raras veces personalidad alguna fue tan discutida y controvertida en su propia época. Erasto lo llamaba «monstruo vomitado por el infierno» y «vagabundo despreciable»; otro médico, Desenio, se refirió a él empleando estos términos: «Mago monstruoso, supersticioso, impío, blasfemo de Dios, pordiosero, impostor, borracho, monstruo abominable.» ¿Quién era, pues, este singular personaje que suscitaba la veneración de unos y el odio de los otros?

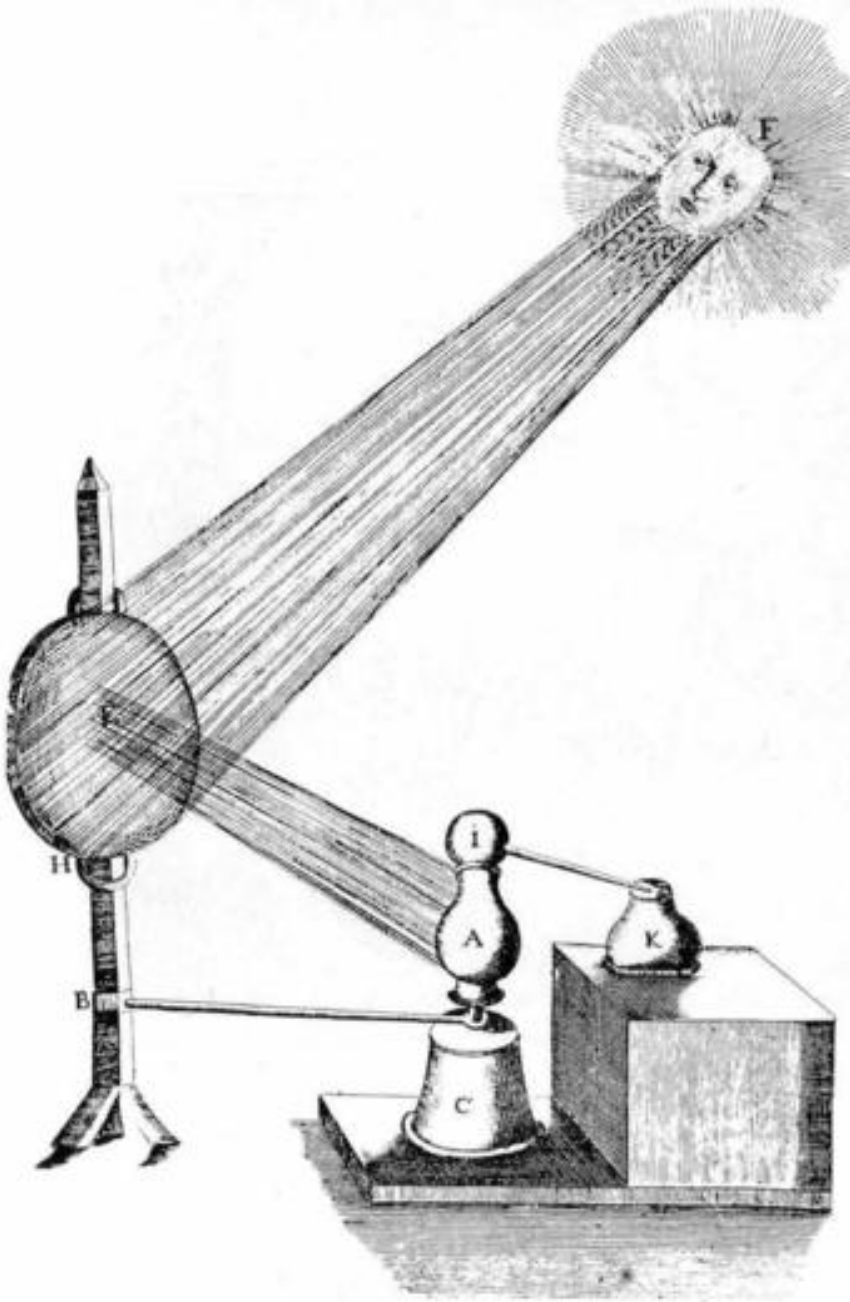
Paracelso es un apodo cuyo sentido exacto se ignora (1); el

(1) La hipótesis más probable es que «para Celso» significaba el «super Celso», que fue un médico célebre en la Antigüedad.

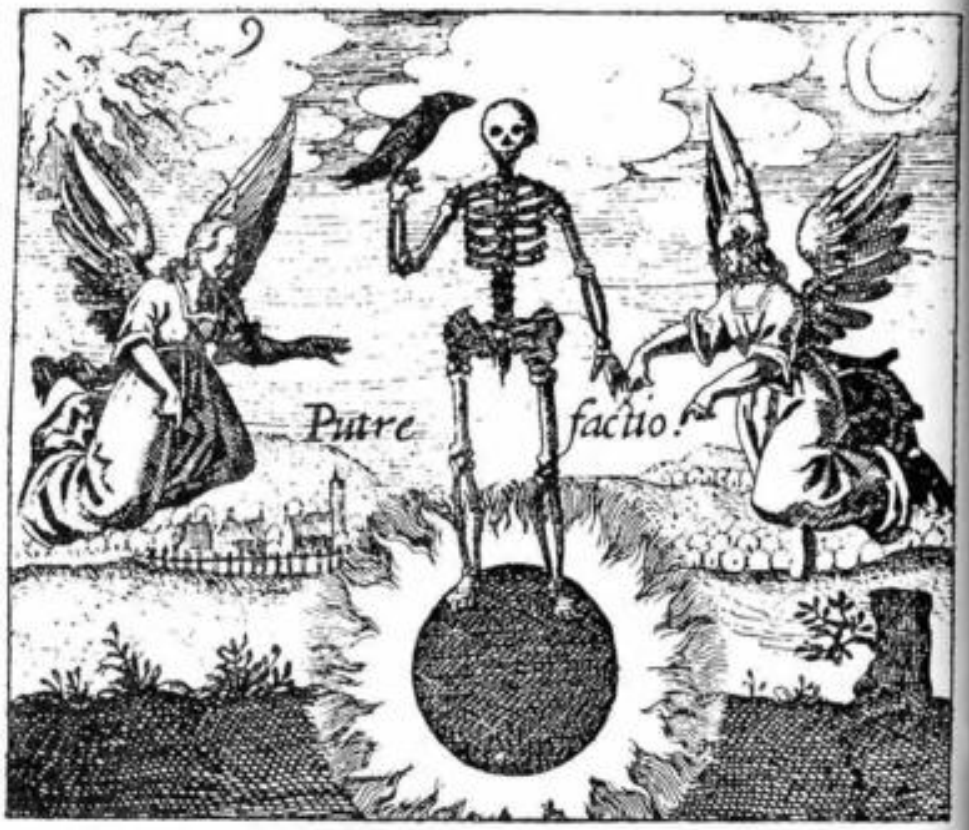
nombre completo de quien lo llevaba parece ser Aureolus Philippus Theophrastus Bombast von Hohenheim. ¡Incluso, de todos estos nombres, sólo Teofrasto (Theophrastus) parece ser realmente seguro! Su fecha de nacimiento no es mucho mejor conocida, y varía entre el 10 de noviembre de 1493 y el 1 de mayo de 1494. Esto no impidió que el famoso psicoanalista C. G. Jung hiciera el horóscopo del médico del Renacimiento: «El Sol se encontraba entonces en el signo del Escorpión, signo fatídico de los médicos curanderos y expertos en venenos. El regente de Escorpión es el dios Marte, que confiere a los fuertes el espíritu guerrero y a los débiles el temperamento excesivo y bilioso. El destino de Paracelso debía confirmar dicho horóscopo a maravilla.» ¡Observo aquí, sobre todo, el poco crédito que se puede prestar a los psicoanalistas!

Veamos, sin embargo, lo que se puede decir con certeza sobre la vida de Paracelso. Nació en Suiza, cerca de Zurich, en la familia de un médico dedicado al ocultismo. De joven tuvo ocasión de seguir los cursos del famoso abad Tritemio, cabalista muy conocido y autor de una obra en ocho volúmenes, *La Esteganografía*, que contenía, afirma él, los secretos de un extraordinario poder. El manuscrito de dicha obra, así como las diversas copias existentes fueron quemadas y, actualmente, no queda ningún ejemplar de él. (Véase al respecto el capítulo titulado «El secreto del abad Tritemio», en la obra de Jacques Bergier, *Los libros condenados* (1).) Se comprende que, con semejante maestro, el joven Teofrasto se interesara por otras ciencias aparte de la enseñanza escolástica que se impartía entonces en la Universidad de Basilea. *Paracelso* partió, pues, y recorrió las grandes Universidades: Montpellier, Padua, Bolonia, Londres, pero sin obtener diploma oficial. Sólo en el Ejército llegó a ser médico militar. Se estableció seguidamente en Zurich, y en seguida despertó la atención de sus colegas por las críticas violentas que les dirigió. Así, en 1527, escri-

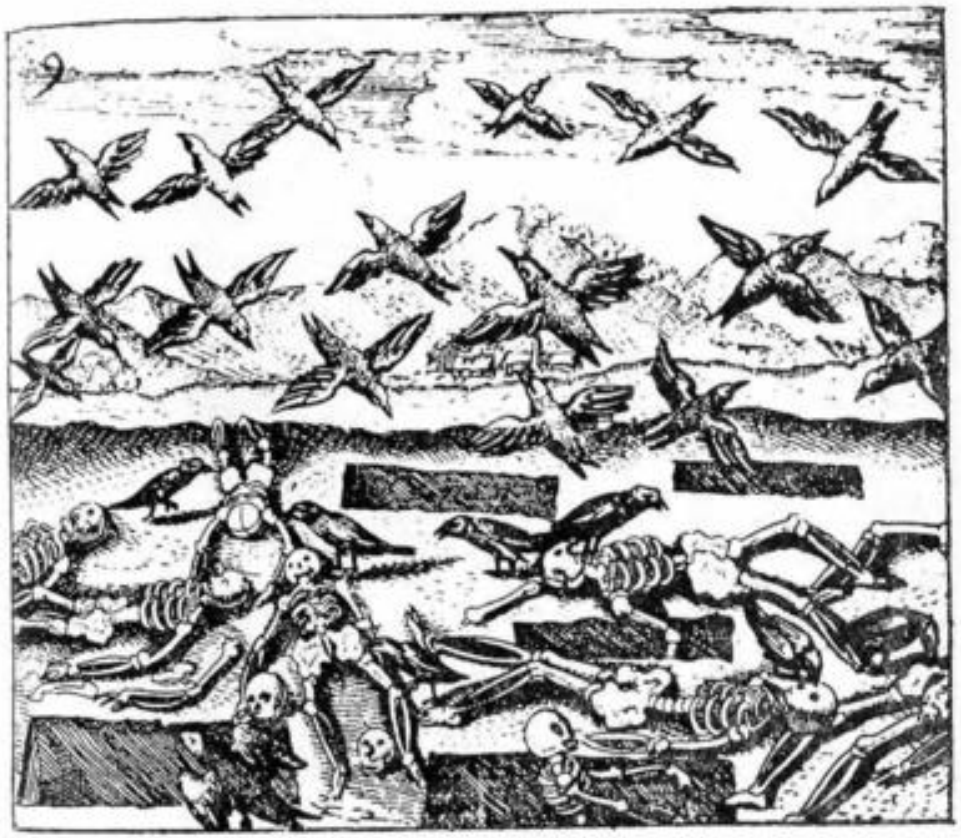
(1) *Los libros condenados*, publicado por «Plaza & Janés» en su colección «Rotativa».



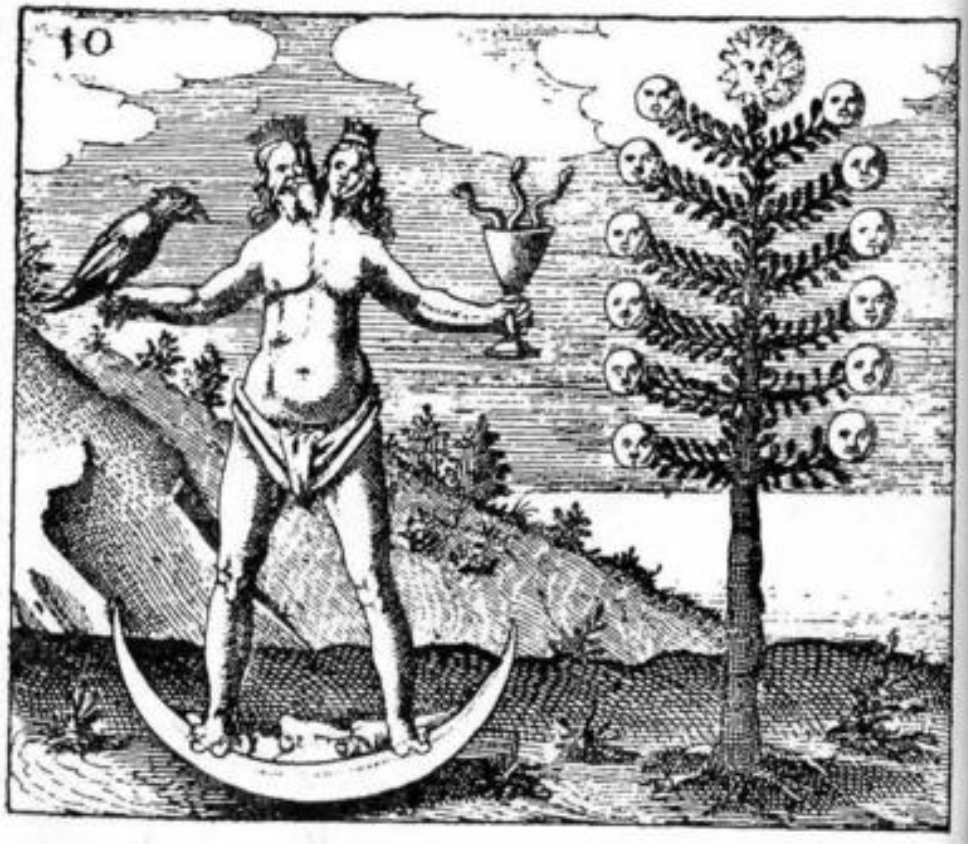
Empleo de la luz polarizada. (Grabado de Athanase Kircher.)



La putrefacción, simbolizada por el esqueleto, la esfera negra y el cuervo. (En *Viatorium spagyricum*, de Jamsthaler.)



Fin de la putrefacción, simbolizada por los esqueletos y los cuervos. (En *Viatorium spagyricum*, de Jamsthaler.)



Matrimonio filosófico, unión del azufre y del mercurio, del macho y de la hembra, durante el color negro. (En *Viatorium spagyricum*, de Jamsthaler.)

bía: «¿Quién ignora que la mayoría de los médicos de hoy cometen terribles errores para gran perjuicio de sus enfermos? ¿Quién no sabe que ello ocurre porque se aferran a las enseñanzas de Hipócrates, de Galeno, de Avicena y otros? Mis escritos no son, como aquellos de otros médicos, compilaciones de Hipócrates o de Galeno, sino que, en una labor incesante, los he creado enteramente sobre la base de la experiencia, maestra suprema de todas las cosas. Cuando quiero demostrar algo, no trato de hacerlo citando autoridades, sino acudiendo a la experiencia y a la razón... No tengo la menor fe en las antiguas doctrinas de los temperamentos y de los humores, que se supone, equivocadamente, son capaces de explicar todas las enfermedades. A causa de que tales doctrinas prevalecen, muy pocos médicos tienen un conocimiento preciso de las enfermedades, de su causa y de su día crítico.» (Citado por J. Weber-Marshall en su «Introducción» a la reedición del *Pronóstico* de Paracelso.)

Paracelso se había convertido entonces en profesor de la Universidad de Basilea, gracias al apoyo del famoso humanista Erasmo. Cabe preguntarse cómo logró Paracelso ser admitido en las más grandes Universidades europeas, así como codearse con tantos personajes importantes, dado que, al principio, carecía de fortuna y relaciones. Debe suponerse que el hecho de haber sido durante tres años el alumno favorito del abad Tritemio constituía una garantía suficiente para muchos doctos de la época, o bien admitir, como lo hizo el doctor Allendy en su obra clásica *Paracelso, el médico maldito* (1), que Tritemio era uno de los principales dirigentes de una sociedad secreta de hermetistas e introdujo a Paracelso en el círculo de sus miembros más importantes. Pero nuestro médico era, hablando claramente, un «bocazas», y no tardó en provocar un escándalo en la muy severa Universidad de Basilea, donde exclamó: «Las hebillas de mis zapatos encierran

(1) «Gallimard», 1937.

más sabiduría que Galeno o Avicena, y mi barba tiene más experiencia que toda su academia.» Menos de un año después de su acceso a la cátedra de profesor, tuvo que abandonar la ciudad. El odio de sus enemigos no cesaría de perseguirlo, y, algunos años después del incidente de Basilea, la Universidad de Leipzig prohibió a los impresores que publicaran los manuscritos de Paracelso. Se trataba en este caso de una medida ilegal, puesto que las imprentas eran, en principio, comercios independientes, pero lo cierto es que vivían principalmente de los textos que la Universidad les daba a imprimir. No cabía imaginar un medio de presión mejor.

Entonces fue emprendida sistemáticamente contra el médico una campaña de insinuaciones y de calumnias: iba dirigida más particularmente contra sus supuestas prácticas satánicas, su embriaguez y sus costumbres. Paracelso, que no había conocido a su madre, vivió siempre apartado de las mujeres, ¡lo que permitió a sus adversarios propalar la especie de que era, al mismo tiempo, homosexual e impotente! (1). Finalmente, Paracelso hubo de retirarse a Estrasburgo, y luego a Salzburgo, donde murió en circunstancias extrañas el 24 de setiembre de 1541. Dicha muerte ocurrió, no en su domicilio, sino en un pequeño albergue llamado *Caballo Blanco*. Sus enemigos hicieron correr el rumor de que había muerto después de una noche de orgía, habiendo sido finalmente la bebida la que dio cuenta de él. Existe hoy un cierto número de razones para suponer que la muerte de Paracelso no fue quizá tan natural como se suponía. La exhumación de su cuerpo, efectuada a principios del siglo XIX, mostró una fisura anormal en su cráneo. Evidentemente, el médico habría podido herirse a sí mismo al desplomarse durante un ataque de apoplejía, por ejemplo, pero la forma del corte permite suponer que recibió un golpe mortal en la cabeza dado con un instrumento contundente.

(1) Una hipótesis más sería afirma que fue mutilado por un cerdo a la edad de tres años.

Desde el punto de vista alquímico, Paracelso fue, sobre todo, un espagirista —este término fue creado por él—, es decir, una persona que efectúa preparaciones médicas o químicas a partir de técnicas alquímicas. Antes de extendernos sobre la espagírica paracélsica, tratemos, en primer lugar, de responder a una pregunta tradicionalmente planteada: ¿Elaboró Paracelso la Piedra filosofal? ¿Trató siquiera de fabricarla? La verdad es que no se sabe nada al respecto. En el *Tesoro de los alquimistas*, yo escribía: «Desde el punto de vista alquímico, si bien es evidente que Paracelso no fue un soplador, es también verosímil que jamás fuera un adepto.» Sin embargo, posteriormente, mi opinión ha variado un poco; en efecto, he tenido ocasión de leer un extracto de una carta de Michel Neander, antiguo criado de Paracelso, que declaraba haber asistido a un experimento de transmutación efectuado por su amo: éste, presionado por sus acreedores, habría transmutado mercurio en oro, a fin de liberarse de sus deudas. Conviene señalar, no obstante, que esta carta data del 9 de agosto de 1575, por tanto, mucho tiempo después de la muerte del ilustre médico. El testimonio de Michel debe, en consecuencia, ponerse en tela de juicio, bien porque él hubiera querido hermosear el recuerdo de su dueño, o porque la edad hubiera debilitado sus facultades. Pero he sabido también que numerosas familias, con las que Paracelso estuvo en relación, guardaron largo tiempo pequeños fragmentos de oro procedentes de transmutaciones que él había efectuado para satisfacción suya. Varias crónicas, memorias o documentos familiares hacen mención de ello. Es, por tanto, posible que las técnicas espagíricas de Paracelso le hubieran permitido, si no elaborar la Obra filosofal, cuando menos encontrar algunos «particulares» (1) que permitían transmutaciones metálicas.

Desde el punto de vista de la alquimia teórica, Paracelso fue el fogoso defensor de la teoría mercurio, azufre, sal, es

(1) Procedimiento particular que permite transmutar directamente los metales en oro sin recurrir al polvo de proyección.

decir, de la triplicidad contenida en la materia. Sin embargo, la paternidad de dicha teoría le fue negada, en vida, por numerosos cofrades en el arte hermético, a los que se sumaron todos sus enemigos. Paracelso no había hecho más que repetir la teoría elaborada en el siglo anterior por el monje Basilio Valentín. He aquí en dos palabras, los hechos. Basilio Valentín parece que vivió en la abadía benedictina de Erfurt, en el siglo XV. Sus manuscritos datarían, aproximadamente, de 1480, pero no fueron publicados hasta un siglo más tarde, en 1599. Los partidarios de Paracelso sacaron de ello la conclusión de que este último había sido realmente el autor de la famosa teoría, mientras que los escritos del pretendido Basilio Valentín no eran más que una burda falsificación fabricada para desacreditar al médico espagirista. Sus adversarios, por el contrario afirmaron que Paracelso, habiendo tenido en sus manos unos manuscritos de Basilio Valentín, se había pura y simplemente apoderado de su doctrina, sin añadir nada al original. ¿Puede resolverse la cuestión hoy? En este caso, respondería afirmativamente: en la actualidad, no ofrece la menor duda el hecho que los escritos de Basilio Valentín circulaban en forma manuscrita desde comienzos del siglo XVI, por lo que, en consecuencia, quienquiera que hubiera sido el autor oculto detrás de este seudónimo filosófico, su teoría era muy anterior a la de Paracelso. Dicho esto, nada prueba que el médico zuriqués hubiera tenido conocimiento de ella; muy bien pudo ocurrir que hubiese descubierto a su vez las ideas del monje de Erfurt siguiendo otra vía.

Pero fue con la espagírica con la que Paracelso demostró su originalidad profunda, con la creación de toda una nueva farmacopea, generalmente a base de productos químicos. Asimismo, fue él quien tuvo por primera vez la idea de utilizar ciertas drogas de forma homeopática y también presintió la utilidad de las curas termales (1). Su gran sueño fue crear esa

(1) Conocidas en la antigua Roma y, luego, olvidadas.

medicina universal, ese oro potable salido directamente del pensamiento alquímico, pero que, en la mente del filósofo hermético, no era más que una disolución de la Piedra filosofal; a través de técnicas espagíricas, forzosamente empíricas, Paracelso no podía elaborar dicha panacea.

Hoy en día, Paracelso cuenta con muchos más lectores que en vida. ¡Qué extrañas vueltas da el mundo! En cualquier caso, fue, junto con Raimundo Lulio, uno de los más extraordinarios personajes que han practicado la filosofía hermética. Conmovió a Europa entera, como sólo podría hacerlo posteriormente un charlatán que pretendía ser alquimista: Cagliostro. Verdad es que Paracelso fue hablador presuntuoso, gritón y borracho, pero no por ello dejó de ser uno de los hombres más grandes de su tiempo.

10

VAN HELMONT Y LA ALQUIMIA DEL SIGLO XVII

Existen dos casos de transmutaciones realizadas por científicos de primer orden sin la presencia de alquimista alguno: se trata de las de Van Helmont, que se produjo entre 1614 y 1616, y la de Helvecio, que ocurrió en enero de 1667. Los críticos racionalistas del arte hermético han encontrado siempre sumamente dificultoso explicar estos dos casos, hasta el extremo que aparentan ahora considerarlos como despreciables ante la imposibilidad de proceder a la verificación de los hechos. Ahora bien, como vamos a ver, los hechos habían sido debidamente verificados en su época por personalidades científicas de primer orden. Uno de los más entregados a la demolición de las pruebas presentadas por los alquimistas en favor de la realidad de su arte, Louis Figuier, en su estudio poco realista *La alquimia y los alquimistas*, París, 1860, que abunda en inexactitudes, mentiras, falsificaciones y explicaciones aberrantes de las que volveremos a hablar, se vio obligado a escribir: «Los filósofos herméticos siempre han citado con gran confianza, en apoyo de la verdad del hecho general de las transmutaciones, el testimonio de Van Helmont. En efecto, era difícil encontrar una autoridad más imponente y digna que la del ilustre médico químico, cuya justa fama como sabio era comparable sólo a su reputación de hombre honesto. Las circunstancias mismas en que fue operada la transmutación eran

como para asombrar a las mentes, y se comprende que el propio Van Helmont se sintiera inducido a proclamar la verdad de los principios de la alquimia, después de la operación singular que le fue dado realizar.»

Juan Bautista van Helmont nació en Bruselas, en 1577. Realizó estudios de Medicina y de Química, confirmándose claramente como un discípulo de Paracelso. La Ciencia le debe uno de sus descubrimientos más importantes, el de la existencia de los gases. Efectivamente, en su época, el único gas conocido era el aire, y Van Helmont consiguió probar, a través de la experiencia, que existían otros, en primer lugar, el ácido carbónico. Él lo definió como un cuerpo químico nuevo, y escribió: «Este espíritu que no puede ser contenido en vasos ni ser reducido a un cuerpo visible, lo llamo con un nombre nuevo: gas.» Descubrió a continuación la existencia del ácido sulfhídrico producido por las fermentaciones del intestino grueso del hombre; con ello se convirtió en uno de los pioneros de la ciencia experimental, cosa muy rara en aquella época, aún totalmente impregnada de escolástica. En la Edad Media, los alquimistas fueron los únicos en practicar dicha ciencia experimental. Louis Figuier escribe al respecto: «Este hecho, es decir, que los alquimistas fueron los primeros en usar el método experimental, o sea, el arte de observar y de inducir con el fin de llegar a la solución de un problema científico, está más allá de toda duda.» (Capítulo 5, pág. 93). Lo que no impidió a Figuier, con la mala fe habitual de los racionalistas del siglo XIX, escribir en la página siguiente: «Si bien los títulos referentes a la creación del método experimental no pueden ser seriamente defendidos, muy distinto es cuando consideramos los servicios que nos rindieron al preparar los elementos necesarios para la creación de la Química.» En su reedición de la obra de Figuier, René Alleau comenta: «Una de las ventajas del racionalismo sigue siendo la de ser racionalmente delirante. Louis Figuier niega totalmente aquí lo que acaba de afirmar con anterioridad.»

En cuanto a Van Helmont, demostró de forma experimental que en el crecimiento de las plantas, la tierra proporcionaba sólo una aportación de sustancias muy escasa. Plantó un brote tierno de sauce llorón en una tierra que previamente había pesado; luego demostró que la relación entre el peso de la tierra utilizada después del crecimiento de la planta con el de la propia planta probaba que poca tierra había desaparecido en el experimento. En el terreno de la química, elaboró el ácido clorhídrico, el aceite de azufre, el acetato de amoníaco, etc.

Van Helmont poseía, pues, una de las mejores mentes científicas de su tiempo. Trabajaba habitualmente en su laboratorio de Vilvorde, cerca de Bruselas. Allí fue donde recibió, cierto día, la visita de un adepto desconocido, quien le regaló un poco de Piedra filosofal. Figuier sitúa el hecho en 1618, lo que es absurdo, puesto que Van Helmont había abandonado dos años antes ese laboratorio. Probablemente acaeció entre 1614 y 1616 (1), sin que hoy sea posible precisarlo con exactitud. El desconocido, según las propias declaraciones de Van Helmont, se convirtió en su amigo en el espacio de una noche y le mostró su provisión de polvo de proyección. Afirmó poseer suficiente cantidad de él como para transmutar doscientas mil libras de oro. Van Helmont, que sentía muy poco interés por la alquimia, manifestó cierto escepticismo, y su compañero aceptó entregarle medio gramo (27 mg) de su polvo, explicándole los requisitos que había de respetar para efectuar una transmutación. Después de eso, se retiró, y el médico belga no volvió a verlo jamás. Se han enunciado varias hipótesis sobre la identidad de ese misterioso personaje. Para algunos, se trataría de otro médico llamado Butler, el cual estuvo trabajando un corto tiempo con Van Helmont, y éste lo cita en su *Ortus medicinae;* para otros, podría tratarse del fa-

(1) «Tandem anno 1609 (...) cum qua Vilvordiam me subduxi, per septennium Pyrotechniae me immolavi...» O sea, que Van Helmont se dedicó durante 7 años, a partir de 1609, en Vilvorde, al arte de la pirotecnia.

moso artista Ireneo Filaleteo, quien parece haber poseído el más extraordinario polvo de proyección de toda la historia de la alquimia. Hay quienes objetan que dicha hipótesis es incompatible con la edad que se atribuye a Filaleteo en el momento de la publicación de su tratado *La entrada abierta al palacio cerrado del rey*, es decir, treinta y tres años (1). Pero esta edad puede muy bien ser entendida en un sentido místico: treinta y tres años es la edad de Cristo en el instante de su suplicio; o, en un sentido alegórico: el alquimista necesitaría treinta y tres años para elaborar la Piedra.

He aquí cómo Van Helmont describió el experimento que él llevó a cabo con aquel cuarto de grano de Piedra, una vez regresado a su laboratorio. Recordemos también que el alquimista no participó en el experimento, que tuvo lugar en presencia únicamente de los ayudantes habituales del químico: «Vi, efectivamente, la Piedra filosofal en diferentes ocasiones, y la manejé con mis manos. Aparecía en forma de un polvo, amarillento, pesado y brillante como cristal pulverizado. Me regalaron cierta vez la cantidad de un cuarto de grano: yo llamo grano a la seiscentésima parte de una onza. Así, pues, ese cuarto de grano, envuelto en un papel, lo proyecté sobre ocho onzas de mercurio, y lo calenté en un crisol. Al punto, todo el mercurio se coaguló haciendo algo de ruido, y, una vez coagulado, se contrajo adoptando el aspecto de una bolita amarilla. Tras haberlo hecho fundir nuevamente activando el fuego con fuelles, encontré en el crisol ocho onzas menos once gramos de un oro muy puro. En consecuencia, un solo grano de dicho polvo transmutó en oro excelente 19 x 186 veces su peso de mercurio. Por tanto, creo que, entre los cuerpos terrestres, figura el polvo citado, u otro absolutamente similar, que transmuta casi al infinito el metal impuro en oro excelente. Uniéndose a él, lo protege de la herrumbre, de la corrupción y de la muerte, haciéndolo como inmortal

(1) O veintitrés años, según los manuscritos, lo cual no cambia nada.

con respecto a la tortura del fuego y del arte, confiriéndole la pureza virginal del oro. Para ello, el único requisito es el ardor del fuego. Diré, por comparación, que el alma y el cuerpo son regenerados de este modo por el bautismo y la comunión en el seno de Nuestro Señor, en la medida en que una adecuada devoción fervorosa de los fieles acompañe su participación. Que la teología me perdone si, en esta digresión he hablado de la vida eterna más allá de mi competencia. Reconozco gustosamente que no es función mía regenerar mi cuerpo; no trato más que de prolongar la vida en este mundo, confiriéndole la pureza virginal del oro. Para ello sólo se necesita el calor moderado de un fuego de carbón.»

No nos asombremos al ver esa referencia a la religión, en un científico, teniendo en cuenta la época, por un lado, como también, por otro, las convicciones personales de Van Helmont, que eran muy sinceras. En una tesis publicada sobre su obra, *Van Helmont, filósofo por el fuego*, de Nève de Mervignies (Lieja, 1936), podemos leer: «En un pasaje de *Promissa authoris*, Van Helmont nos cuenta que, cansado de los libros en los que las escuelas de Medicina, que hacían alarde de una falsa ciencia, multiplicaban vanas promesas, decidió abandonarlos todos, estando, por lo demás, íntimamente convencido de que la verdadera medicina es un don que, como todos los dones bienhechores, sólo puede venir del cielo. A partir de entonces, se juró dedicarse a Dios, y no a los hombres, a Dios que es el "padre de las luces" y, más especialmente aún, el de la "medicina adepta" (1). Se dedicó a recorrer diversos países extranjeros, comprobando que en todas partes reinaba la misma ignorancia y el mismo desconocimiento del carácter sagrado que posee el arte de curar. Terminó por considerar la Medicina, tal como la practicaban sus contemporáneos, como una verdadera impostura, introducida por los griegos y explotada después por charlatanes que abusaban de la credulidad

(1) El autor traduce por «adepto» la palabra latina *philosophus*, utilizada por Van Helmont, lo cual es muy discutible.

del público.»

Reconocemos aquí las opiniones de Paracelso; y eso fue lo que decidió a Van Helmont a retirarse durante siete años a su laboratorio de Vilvorde, a partir de 1609, para estudiar, lejos de la gente y de los honores. Durante ese período tuvo ocasión de conocer a William Butler, un médico de origen irlandés, que efectuaba curaciones milagrosas. Parece que poseyó una «piedra de Butler», sin que sea hoy posible averiguar si dicha piedra tenía alguna relación con la materia filosofal. Lo cierto es que Butler, en situación delicada con los ediles de Vilvorde, se encontró internado en la prisión de su castillo. Las autoridades se dirigieron a Van Helmont para tratar de saber si el tal Butler era un charlatán, o, por el contrario, si las curas maravillosas que se le atribuían tenían algo de reales. En su tesis, Nève de Mervignies escribe: «Es probable que Van Helmont, al dirigirse a ver a Butler, alimentara la esperanza de ser iniciado en el secreto de la terapéutica que despertaba tanta admiración entre sus antiguos conciudadanos. ¿Cómo explicar, de otra manera que los dos adeptos se hubieran hecho amigos al instante? La verdad es que Butler, en prenda de esa amistad, consintió en comunicar a su cofrade brabanzón la receta de su Piedra filosofal. Dicho cofrade, por otra parte, supo recompensar adecuadamente ese gesto, haciendo lo necesario para conseguir la liberación del adepto irlandés, el cual supo, a su vez, recompensar a su nuevo amigo con la revelación del secreto de un remedio contra la peste, lo que, ¡ay!, no le evitó una condena que lo desterraba de nuestras provincias. Pero Van Helmont, afortunadamente, podía prescindir de la ayuda del desterrado, y se dedicó a hacer, con ayuda de la Piedra que aquél le había dado, curas cuyo relato constituye la trama del tratado que él le dedicó, curas que no anda muy lejos de presentar como milagrosas y cuyos beneficios recibió de manera muy especial su propia esposa.»

He visto el texto latino del tratado titulado *Butler*, y en él

no se hace la menor mención de Piedra filosofal; de hecho, Butler entregó a su colega el secreto de una sustancia, denominada por el pueblo «piedra de Butler», que Van Helmont llama «drif», pero que es muy probable que se tratara únicamente de un medicamento. El único punto que permitiría atribuirle un origen hermético es una reflexión de Van Helmont en la que éste precisa que sólo indicará la composición de esa sustancia en la medida en que le sea permitido hacerlo sin llegar hasta «echar rosas a los puercos» (*Itaque... dicam requisita Drif, ac dein compositionis modum, quantum Philosopho permissum est, declarabo, ne rosas ante porcos prostravero*).

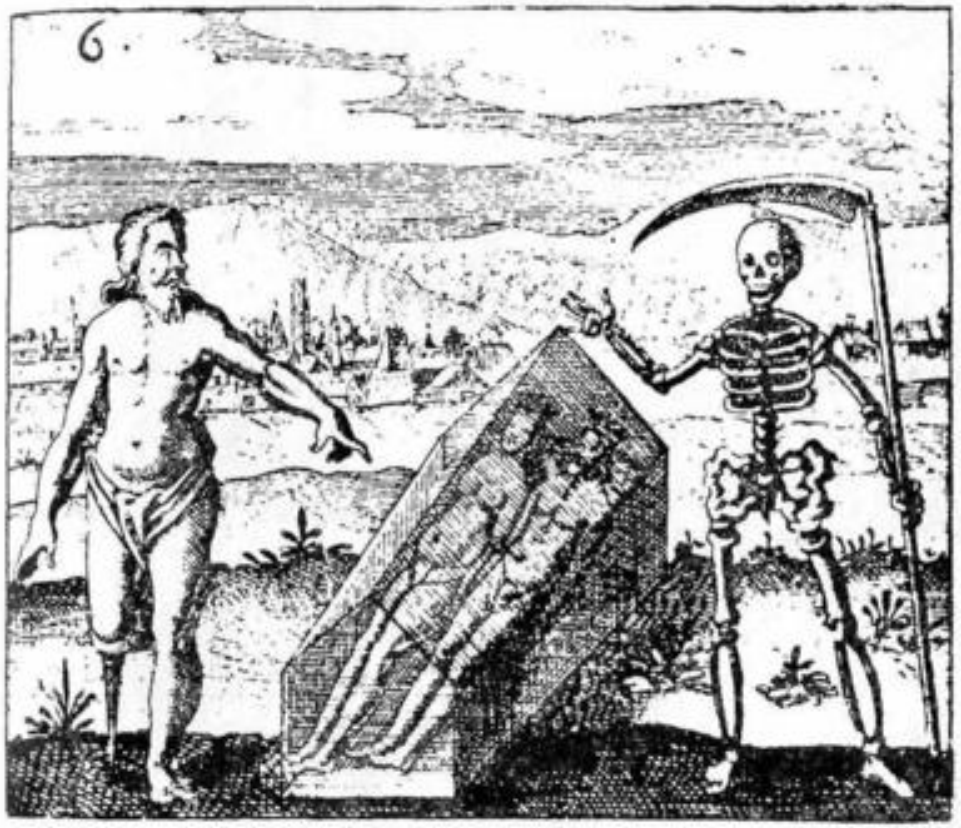
Conviene señalar que esa famosa transmutación efectuada por Van Helmont debió de marcarlo profundamente, pues hace alusión a ella en otros fragmentos de sus obras. En uno de sus tratados de las enfermedades, *Demonstratur thesis* (página 134), insiste sobre este tema en el transcurso de su quincuagésima octava «proposición demostrada»: «Considero que la regeneración de aquellos que deben ser salvados, y su participación en la vida dentro de la comunión eucarística, se efectúa y puede observarse en lo que, en el plano terrestre, ofrece cierta similitud, a un nivel distinto por supuesto: quiero decir que es muy parecida y análoga a la proyección de la piedra aurífera. Ocurre que yo he manejado ésta con mis propias manos en varias ocasiones, y que he visto con mis propios ojos la transmutación de mercurio corriente, del comercio, en una proporción que supera millares de veces la del peso del polvo aurífero. Éste era de un color amarillento, y tenía la forma de un polvo pesado, brillante como cristal machacado allí donde había sido menos finamente triturado. Cierta vez me regalaron la cuarta parte de un grano (llamo grano a la seiscentésima parte de una onza). Envolví, pues, dicho polvo con cera desgastada (del sello) procedente de una carta cualquiera, al objeto de que, al proyectarlo en el crisol, no fuera dispersado por los humos del carbón. Proyecté esa bolita sobre

una libra de mercurio comprado recientemente, y lo calenté en un crisol de Hessen (crisol triangular); inmediatamente el mercurio, produciendo un pequeño susurro, dejó de ser fluido y se concentró en una bola. Ahora bien, la temperatura del azogue era tal que hubiera impedido al plomo fundido solidificarse. Habiendo aumentado poco después el fuego por la acción de un fuelle, el metal entró en fusión. Al vaciar el recipiente, encontré 8 onzas de oro puro. Hecho el balance, quedó establecido que un grano de aquel polvo convertía 19.200 granos de metal impuro, volátil y destructible al fuego, en oro auténtico. Dicho polvo, pues, al unirse al mercurio, le preservó en un instante de la herrumbre para toda la eternidad, así como de la alteración y la tortura del fuego, por violento que éste fuera. En cierto sentido lo hizo inmortal respecto a toda violencia ejercida por el arte o el fuego, confiriéndole la pureza virginal del oro. Para ello se requirió solamente el calor moderado de un fuego de carbón.» (1).

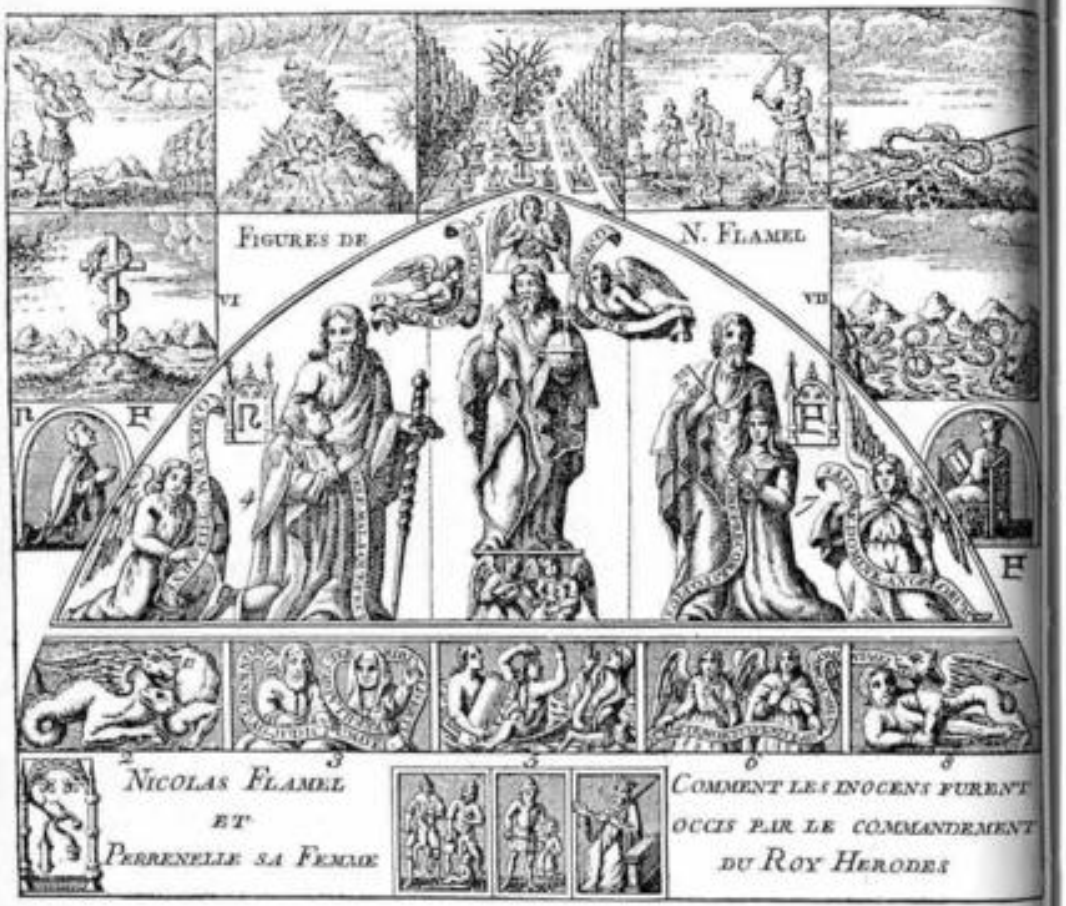
Parece, pues, que Van Helmont efectuó realmente no una, sino dos transmutaciones, con el polvo que le fue confiado, ya que, en un caso, envolvió la materia filosofal con cera, y en el otro, con papel, y, además, las cifras no se correspondieron exactamente. No queda excluido, sin embargo, que pueda tratarse de la misma transmutación, pero que el recuerdo del químico hubiera variado con el paso del tiempo.

¿Qué opinión deberemos formarnos acerca de esos dos relatos de transmutaciones efectuadas por el célebre sabio belga? Para Figuier y los racionalistas del siglo XIX, se hizo trampa: «No podemos poner en duda hoy que, gracias a una superchería hábil, merced quizás a alguna inteligencia secreta con las personas de la casa, el desconocido adepto consiguió hacer mezclar, anticipadamente, oro en el mercurio o en el crisol que Van Helmont utilizó.» Cualquier alumno de Quími-

(1) Bernard Husson tradujo estos textos de Van Helmont (escritos en latín) palabra por palabra, a fin de lograr mayor exactitud; me he contentado con transcribirlos al idioma moderno para la inteligibilidad del texto, sin alterar su sentido.



El Rey y la Reina: azufre y mercurio; el cojo es Vulcano. (En *Viatorium spagyricum*, de Jamsthaler.)



Figuras jeroglíficas, de Nicolás Flamel.

EXPLICACION DE LOS CARACTERES QUIMICOS MAS COMUNES

Símbolos alquímicos y astrológicos.

El espíritu se escapa del cuerpo hermafrodita.
(En *Le roseire des philosophes*, de Arnaldo de Vilanova.)

ca de primer año advertiría la puerilidad de semejante argumento: admitiendo que se hubiera podido engañar a Van Helmont y que, efectivamente, hubiera oro en la libra de mercurio utilizada, después del experimento se hubiera encontrado oro en el fondo del crisol, y el mercurio sobrenadando, tal como lo explicó claramente Van Helmont, que era químico, y no escritor polígrafo, como Monsieur Figuier. Éste, presintiendo la debilidad de su argumento, continuaba: «Sin embargo, debe reconocerse que dicho acontecimiento, tal como fue contado por el autor del experimento, era un argumento casi sin réplica a invocar en favor de la existencia de la Piedra filosofal. Van Helmont, el químico más hábil de su tiempo, era difícil de engañar: él mismo era incapaz de impostura, y no tenía ningún interés en mentir, puesto que jamás sacó el menor beneficio de esa observación. Por último, al no haberse efectuado el experimento en presencia del alquimista, era difícil suponer un fraude. Van Helmont quedó tan engañado al respecto que, a partir de ese día, se convirtió en partidario abierto de la alquimia. Y, en honor a esa aventura, dio el nombre de Mercurio a su hijo recién nacido.» Señalemos, de pasada, una prueba más de la falta de seriedad de Figuier, pues el hijo de Van Helmont, Francisco Mercurio, nació en 1614, es decir, cuatro años antes de la fecha que Figuier asigna a la transmutación, ¡ya que la sitúa en 1618! Conviene indicar que, hasta hoy, sólo la obra de ese publicista ha sido considerada como una obra seria por los medios universitarios. Mi orgullo personal, respecto de la ciencia hermética, será el de haber sido el primero, en mi obra aparecida en 1970, es decir, ciento diez años después de la aparición del libro de Figuier, en haber denunciado sus numerosos absurdos.

En las postrimerías de su vida, Van Helmont tuvo problemas con la Inquisición, que le incoó un proceso, provocado, sobre todo, por los celos de otros médicos que, al igual que en el caso de Paracelso, querían desembarazarse de un colega que tenía más éxito que ellos. El tribunal de la Inquisición se

mostró muy moderado, molesto por verse obligado a pronunciarse contra un sabio como Van Helmont, y lo condenó sólo a un retiro forzoso. Murió en 1644.

El segundo caso de transmutación célebre efectuada por una personalidad científica, el doctor Helvecio, médico del Estado, es asimismo difícilmente refutable. Éstos son los hechos, en pocas palabras. En diciembre de 1666, un desconocido, como en el caso de Van Helmont, vino a ver a Helvecio y le mostró su polvo transmutatorio con el fin de convencerlo. El médico, mientras lo tocaba con la punta de los dedos, hizo deslizar algunas partículas bajo su uña, y con ellas intentó una transmutación, una vez hubo partido su visitante. El intento fracasó. Helvecio llegó entonces a la conclusión de que su interlocutor era un charlatán, y que no regresaría tal como había prometido durante su primera entrevista. Sin embargo, el alquimista se presentó tres semanas más tarde, y se rió mucho del experimento fallido de Helvecio; le informó de que era estrictamente necesario envolver la Piedra en cera o papel, pues, en caso contrario, los vapores desprendidos por el mercurio o el plomo en fusión alteraban el polvo transmutatorio. Entregó algunas partículas de su polvo al médico, y se retiró, para no volver, a aparecer. Helvecio, empujado por la curiosidad de su mujer, colocó un pedazo de plomo en un crisol y, una vez fundido el metal, precipitó en él las escasas partículas de Piedra. Un cuarto de hora más tarde, la totalidad del plomo se había transmutado en oro. El médico llevó entonces aquel oro recién fabricado a un orfebre vecino. Éste le ofreció por él cincuenta florines la onza tras haberlo probado con la piedra de toque. Helvecio le mostró luego al monedero Brechtelt, cuyos ensayos fueron también concluyentes; el médico le reveló entonces el origen de aquel oro, y la historia se esparció rápidamente por La Haya. Llegó incluso a oídos del interventor general de la moneda de Holanda, maese Povelio, quien acudió a ver a Helvecio y le pidió que efectuara nuevas pruebas para verificar la calidad del oro obtenido, a lo que el médico consintió gustosamente. Entre otras, maese Povelius hizo tratar siete veces el oro alquímico con antimonio, lo que habría permitido reducirlo a sus componentes primarios si se hubiera tratado de una aleación, pero el oro no disminuyó ni un gramo su peso.

Helvecio dejó un relato muy detallado de todo aquel asunto, que posteriormente han confirmado numerosos historiadores. Además, tenemos el testimonio de un investigador excepcional en la persona del escéptico filósofo Spinoza, que en aquella época vivía en La Haya y que tuvo empeño en verificar personalmente todos los hechos. En marzo de 1667, escribió una carta a su amigo Jarig Jellis, en la que podemos leer: «Habiendo hablado a vos del asunto Helvecio, aquél se burló de mí, y se asombró de verme ocupado en semejantes bagatelas. Para tener la conciencia tranquila, me llegué a casa del monedero Brechtelt que había probado el oro. Éste me aseguró que, durante su fusión, el oro incluso había aumentado de peso cuando se le había añadido plata. Era preciso, pues, que ese oro, que cambió la plata en oro nuevo, fuera de una naturaleza muy particular. No sólo Brechtelt, sino también otras personas que habían asistido al ensayo, me aseguraron que la cosa había sucedido así. Me dirigí a continuación a casa del propio Helvecio, quien me mostró el oro y el crisol, que contenía aún un poco de oro adherido a sus paredes. Me dijo que apenas había lanzado sobre el plomo fundido la cuarta parte de un grano de trigo de Piedra filosofal. Añadió que dará a conocer esta historia a todo el mundo. Parece que ese adepto había realizado ya el mismo experimento en Amsterdam, en donde podría hallársele todavía. Hasta aquí, todas las informaciones que he podido recoger a este respecto.» *(Bened. Spinosae opera posthuma.)*

Veamos la explicación «racionalista» de Louis Figuier sobre este caso, cuyos hechos, señalémoslo bien, no discute en absoluto, pero cuya conclusión, claro está, rechaza, o sea, la posibilidad de transmutar el plomo en oro: «Los términos y

los minuciosos detalles del relato de Helvecio excluyen toda sospecha de impostura por su parte. Pero, si bien no cabe sospechar de la veracidad y lealtad del sabio médico del príncipe de Orange, no podemos otorgar la misma confianza al héroe desconocido de esta aventura. Debemos admitir que el crisol o el lingote de plomo que el operador empleó había recibido anteriormente, y a espaldas de Helvecio, oro o un compuesto aurífero descomponible por el fuego.» Semejante explicación pone de manifiesto, sobre todo, un desconocimiento total de las leyes de la Química por parte de Monsieur Figuier; si se funde plomo que contiene oro, se encontrará, al final del experimento, plomo y oro perfectamente separables durante la fusión con el antimonio que utilizó maese Povelio; lo mismo habría sucedido si se hubiera tratado de un compuesto aurífero: ningún barniz o aleación podría resistir los experimentos repetidos que el interventor general de la moneda hizo sufrir al oro de Helvecio.

Hoy en día, la moda no es ya el positivismo, sino el psicoanálisis, lo que conduce a explicaciones igualmente absurdas, pero mucho más divertidas. Un inglés, Mr. Burland, en un libro que, por caridad, no nombraré, habla de la transmutación de Helvecio, y, tras haber relatado cómo el médico se apoderó de algunas partículas de Piedra incrustándolas bajo la uña, escribe: «Esto constituye, pues, la primera parte de la entrevista de ese día. Se observará que la preciosa sustancia había sido previamente envuelta en un papel azul (¿símbolo del inconsciente?) y que su empleo brutal conducía a una frustración; nada indica, sin embargo, que se trate de un castigo contra el autor de la ratería. En el verdadero proceso, la sustancia debe ser envuelta en cera amarilla, sin duda para protegerla en el instante de su primer contacto con el plomo en fusión. Pero no hay que olvidar que el color amarillo sugiere la imagen del *anima*, es decir, el lado femenino de Helvecio. Todo esto puede no ser más que una alegoría, símbolo apenas velado del inconsciente.» Dado que los colores parecen

tener tanta importancia a los ojos de Mr. Burland, me permitiré hacerle notar que, si se hubiera tomado la molestia de leer por sí mismo el texto latino del *Vitulus aureus* de Helvecio, se habría dado cuenta de que el papel azul de que habla al principio era rojo; supongo que eso debe modificar muchas cosas en cuanto a la simbolización del inconsciente o en lo que se refiere al cálculo de la edad del capitán. Pero escuchemos la conclusión de este autor: «Podemos ver, ciertamente, en esta serie de hechos, sueños despiertos que se insertan en un contexto perfectamente claro. Helvecio estaba familiarizado con la literatura alquímica, y era un hombre de personalidad evolucionada. Desde el punto de vista psíquico, esto guarda íntima relación. En efecto, todo el asunto puede ser una proyección del inconsciente, pero...» Los puntos suspensivos son de Mr. Burland, que, sin duda, prefirió terminar en tono prudente.

Me habría gustado que explicara cómo el producto de una transmutación inconsciente pudo ser tratado con antimonio por el interventor general de la moneda, y cómo Spinoza pudo ver fragmentos de oro alquímico inconsciente adheridos todavía a las paredes del crisol. Creo, más bien, que Mr. Burland es el inconsciente al escribir semejantes absurdos.

11

LA ALQUIMIA DEL SIGLO XVII
LAS MEDALLAS ALQUÍMICAS

Las diversas historias de la alquimia existentes hablan siempre de esas medallas conmemorativas que algunos soberanos hicieron acuñar en honor a las transmutaciones logradas ante sus ojos. Aquí también, aun admitiendo que todas esas medallas hubieran llegado hasta nosotros, no sería posible sacar conclusiones definitivas sobre la fabricación artificial de oro por procedimientos herméticos. Este metal no posee más que un solo isótopo estable, y el oro alquímico es perfectamente indiscernible del oro natural. Una vez más, tenemos que contentarnos con acudir a los testimonios humanos y a la Historia, lo cual, por supuesto, no satisfará a la escuela científica moderna que pretende negar todo valor al testimonio de los sentidos.

Realmente, parece que en el siglo XVII, muchos soberanos de las Cortes de Europa tuvieron ocasión de que adeptos itinerantes efectuaran transmutaciones lo suficientemente importantes como para acuñar moneda o algunas medallas. Quizás el caso con razón más célebre es el que ocurrió, en 1648, en la Corte imperial alemana de Fernando III. Como siempre, también aquí, la historia es perfectamente conocida a partir del instante en que el polvo de proyección aparece en escena; por el contrario, resulta mucho más oscura en lo que concierne a la elaboración de este polvo. Parece que, en esta ocasión,

fue fabricado por un alquimista que se hacía llamar Labujardière, cuyo protector era el conde de Schlick, señor de Bohemia. Dicho Labujardière murió en 1648 después de haber llamado a su cabecera a uno de sus amigos vieneses, un tal Richtausen, prometiéndole legarle su provisión de Piedra filosofal. Richtausen llegó, por desgracia, una vez muerto su amigo, pero el maestresala le entregó un cofrecillo que el moribundo había dejado para él. Richtausen se marchó, pues, llevándose la preciosa cajita. Cuando el conde de Schlick regresó a su palacio y fue puesto al corriente de los últimos acontecimientos por el maestresala, montó en cólera y amenazó a este pobre desgraciado con ahorcarlo si no recuperaba el cofre en el acto. El maestresala, que había tenido la buena idea de conservar la dirección de Richtausen, se precipitó a su casa y le puso una pistola sobre el corazón, exigiéndole la devolución del polvo que pertenecía a su amo. Richtausen, que había previsto que podía producirse semejante eventualidad, había sustituido ya el polvo de proyección contenido en el cofrecillo por otro de aspecto similar, pero que nada tenía que ver con la materia filosofal. Después de haber dejado transcurrir algún tiempo, para dar lugar a que se olvidaran de él, Richtausen, que tenía acceso al emperador, solicitó efectuar ante él una transmutación. Como todos los soberanos de la época, Fernando III se apasionaba por todo lo que se refería a la alquimia, y aceptó recibir a Richtausen, pero se negó a dejarle practicar el experimento personalmente, prefiriendo hacerse entregar algunos granos de materia filosofal para que efectuaran el ensayo en sus propios laboratorios. Este fue hecho, en presencia del emperador y sus ayudantes, por el conde de Rüss, director de las Minas. Las crónicas de la época cuentan que un grano de ese polvo permitió transmutar dos libras y media de mercurio corriente en oro. Con ese oro, el emperador mandó entonces acuñar una medalla que se encuentra aún citada en los catálogos de la tesorería de Viena a comienzos del siglo XIX. Dicha medalla representaba el sol, para simbolizar el oro, y un caduceo con alas, para representar a Mercurio. Llevaba la inscripción: *Divina metamorphosis exhibita Praguae, 16 janv. 1648, in presentia sacr. Caes. majest. Ferdinandi tertii.*

El emperador recompensó entonces espléndidamente a Richtausen, y consiguió nuevamente polvo para realizar otra proyección, la cual hizo en Praga en 1650. Esta vez, el agradecimiento del emperador llegó hasta ennoblecer a Richtausen, quien recibió el título de barón de Caos. Se dedicó entonces a recorrer Alemania, haciendo múltiples proyecciones, de las que han llegado hasta nosotros relatos detallados. Entre otras, en 1658, hizo convertir, para el elector de Maguncia, 4 onzas de mercurio en oro. He aquí el relato de esta transmutación tal como fue legado por Monconis, en sus *Viajes* (tomo II, página 379):

«El elector efectuó por sí mismo esta proyección con todas las precauciones que puede tomar una persona entendida en la filosofía. Se trataba de un pequeño grano del tamaño de una lenteja, que estaba incluso rodeado de tragacanto para unir el polvo; cubrió dicho grano con la cera de una vela, que estaba encendida, puso esta cera en el fondo del crisol y, encima de ella, 4 onzas de mercurio, colocándolo todo en el fuego, cubierto de carbón negro por encima, por debajo y por los lados. Luego comenzaron a aventar el fuego fuertemente y sacaron el oro fundido, aunque lanzaba rayos muy rojos, cuando, ordinariamente, son de color verde. Caos le dijo entonces que el oro era todavía demasiado subido, que se debía rebajar metiendo plata dentro de él; cuando Su Alteza, que tenía varias piezas de ella, cogió una y la echó él mismo y, después de haber vertido la mezcla en un molde de lingotes, se formó uno de éstos de un oro muy hermoso, aunque resultó ser un poco agrio (lo que Caos dijo procedía de algún olor de latón que quizás había en el molde); por lo que lo enviaron a fundir en la Moneda, devolviéndolo muy hermoso y muy dulce. Y el maestre de la Moneda dijo a Su Alteza que jamás

había visto un oro tan bello, que era de más de 24 quilates, y que resulta asombroso el modo como había perdido su acritud en una sola fusión.»

Esas inscripciones conmemorativas de transmutaciones efectuadas delante de soberanos son comparables a aquella que, a principios del siglo XVII, consagró precisamente una operación lograda por el alquimista Miguel Sendivogio ante el emperador Rodolfo. Sendivogio no había elaborado nunca por sí mismo la Piedra (1), pero había tenido la suerte de recoger la herencia del adepto escocés Alexandre Sethon, conocido como el *Cosmopolita* (2), quien había efectuado personalmente numerosas transmutaciones públicas, cuyas pruebas históricas abundan. Miguel Sendivogio lo arrancó de las garras del elector de Sajonia, que lo había sometido a tortura para hacerle confesar el secreto de su polvo, y, después de su muerte, recogió como herencia su provisión de Piedra filosofal, así como a su joven esposa. Una carta enviada por el secretario de la princesa María de Gonzaga, reina de Polonia, esposa del rey Vladislao, aclara este último punto (dicho texto se encuentra en la obra de Pierre Borel, *Tesoros de búsquedas y antigüedades galas y francesas*, París, 1655): «Después de su muerte (*de Alexandre Sethon*), Sendivogio creyó que quizá la esposa de *el Cosmopolita* sabría algo del secreto de su marido, y, para hacerla hablar, se casó con ella; pero se encontró con que la mujer lo ignoraba todo, y no pudo darle otra cosa más que el libro titulado: *Los doce tratados o el Cosmopolita*, con el diálogo de Mercurio con el alquimista. (...) Hizo luego un viaje a Praga, donde estaba el emperador Rodolfo, ante el que efectuó la transmutación, o, más bien, se la hizo efectuar al propio emperador, dándole para ello el polvo, en memoria de lo cual, el emperador hizo empotrar en la muralla de la habitación en que se realizó esa operación una lápida de mármol, en la que hizo grabar estas palabras: *Faciat hoc quispiam alius quod fecit Sendivogius Polonus.* Dicha lápida de mármol puede contemplarse aún hoy.»

(1) Véase nota página 68.
(2) Nos ha dejado uno de los más importantes tratados de toda la literatura alquímica: *La nueva luz química* (1723). Aún llamado *El libro de los doce tratados.*

En la obra *Contributions of Alchemy to numismatic* (Nueva York, 1890), el autor, Henry C. Bolton, describe así una medalla de 1675: «Se presenta con el aspecto de una pieza de plata martillada por manos inexpertas. Las marcas del martillo son claramente perceptibles sobre sus caras, y el borde está lejos de formar un círculo perfecto. Mide 66 mm de diámetro. La cara representa a un anciano, Saturno, Cronos, o el tiempo, con una barba alargada y vestidos mediocres; sostiene una guadaña en su mano derecha, cuya hoja pasa por encima y detrás de su cabeza. Tiene, como ocurre con frecuencia, una pierna de madera. En su brazo izquierdo lleva a un niño desnudo. A su izquierda, se ve una casa y un arbolito; a su derecha, una colina y otro árbol; a sus pies, hierba y flores. No hay ninguna inscripción. El dibujo no parece haber sido efectuado con buril, sino dibujado directamente en la medalla con un instrumento muy puntiagudo.

»El reverso está adornado con algunas florituras e incluye cinco líneas de texto:

ANNO 1675 MENSE JULIO
EGO J. J. BECHER DOCTOR
HANC UNCIAM ARGENTI FINISSIMI
EX PLUMBO ARTE ALCHYMICA
TRANSMUTAVI.

»Dicho en otras palabras, "en julio de 1675, yo, el doctor J. J. Becher, transmuté alquímicamente esta onza de plata muy pura a partir del plomo".»

Ese doctor Becher no es un desconocido, sino el sabio autor de una obra titulada *Física subterránea*, que durante mucho tiempo fue autoridad; en ella se puede encontrar ya el

anuncio de la futura teoría del «flogisto», ese fluido que permitía explicar los fenómenos de combustión. La química le debe también a Johann Joachim Becher el descubrimiento del etileno. Becher enseñaba Medicina en Maguncia, y tenía el rango de médico personal del elector.

En la época en que Becher hizo la medalla descrita anteriormente, había abandonado su cátedra de Maguncia para establecerse en Viena. Allí dirigió el laboratorio del Estado del monte Tabor, donde trató de industrializar la crisopeya por cuenta del emperador Leopoldo (1). Ese mismo año, 1675, publicó un ensayo sobre las transmutaciones metálicas. Su testimonio merece, por tanto, ser tomado en consideración.

(1) Es provechosa la lectura del estudio de Bernard Husson, *Les transmutations alchimiques* («E. P. Denoël», 1972), que consagra a ese laboratorio del monte Tabor, así como a los asombrosos resultados que obtuvo el sucesor de Becher, Schroeder.

12

LA ALQUIMIA EN EL SIGLO XVIII

El siglo XVIII sigue abundando en filósofos itinerantes que practicaron públicamente transmutaciones con el fin de convencer a tal o cual príncipe o a tal o cual autoridad científica. El más conocido es, tal vez, Láscaris, pero nos encontramos igualmente con el famoso caso Sehfeld, cuyo relato detallado puede leerse en la *Antología de la alquimia* de Bernard Husson. Yo me contentaré, para ilustrar ese siglo XVIII, con evocar la carrera del alquimista provenzal Delisle, y luego con relatar la extraordinaria historia del joven Böttger, inventor de la porcelana de Sajonia.

Se ignora exactamente quién era Delisle y cuál fue su origen. Según Lenglet-Dufresnoy, contemporáneo suyo, Delisle habría sido el servidor de uno de esos adeptos itinerarios de que ya hemos hablado. Para Karl Christoph Schmieder, el autor de la muy erudita *Historia de la alquimia* (Halle, 1832), Delisle podría muy bien haber sido uno de los numerosos enviados de Láscaris (1) es decir, una de aquellas personas a quienes él entregaba una pequeña provisión de polvo transmutatorio con el fin de hacer resplandecer la verdad del arte hermético por donde él pasaba. Lo único que se puede afirmar con certeza es que Delisle entró en Francia en 1706 y que se

(1) Un adepto itinerante muy célebre en aquella época.

dedicó a recorrer las regiones del Lenguadoc, el Delfinado y la Provenza, donde llevó a cabo una serie de transmutaciones que le hicieron inmediatamente célebre. Permaneció tres años en Sisteron, donde se había enamorado de una mujer del lugar. Ésta le dio un hijo que, más tarde, recorrió a su vez las rutas de Italia y Alemania efectuando transmutaciones. Su padre le había dejado en herencia, antes de volver a partir, una pequeña provisión de tintura filosofal confiada en depósito a su madre. Delisle no tardó en convertirse en un gran personaje de Provenza, y el obispo de Senez, así como numerosos notables, formaban una verdadera corte alrededor suyo.

Un gentilhombre le había ofrecido instalar su residencia en su castillo. Allí, Delisle recibía diariamente a muchos solicitantes o curiosos, en favor de los que aceptaba transmutar pequeños objetos, llaves, cuchillos, etc., objetos que pasaban entonces de mano en mano en todo el país y aumentaban aún más la fama del alquimista.

El abad Lenglet-Dufresnoy, en su *Historia de la filosofía hermética*, ha mencionado un cierto número de cartas en donde las transmutaciones y las prácticas de Delisle están perfectamente descritas.

Reproduciremos aquí una parte de ellas:

Carta escrita por Monsieur de Cerisy, prior de Châteauneuf, en la diócesis de Rietz, Provenza, el 18 de noviembre de 1706, al señor vicario de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, París.

«He aquí algo que os resultará curioso, mi querido primo, así como a vuestros amigos. La Piedra filosofal, que tantas personas ilustradas han considerado siempre una quimera, ha sido hallada finalmente. El poseedor del secreto es alguien

llamado Delisle, de una parroquia denominada Sylanez, cerca de Barjaumont, que reside ordinariamente en el castillo de la Palud, a un cuarto de legua de aquí. Convirtió el plomo en oro y el hierro en plata, echando sobre el metal un aceite y un polvo que él compone, y haciendo poner al rojo ese metal sobre los carbones. De suerte que a un hombre no le sería imposible fabricar un millón cada día, con tal que tuviera suficiente aceite y polvo; y tanto más misteriosas parecen esas drogas, tanto más fácil y simple parece la transmutación. Hace oro blanco, dos onzas del cual ha enviado a Lyon, para comprobar lo que los orfebres opinan de él. Hace algunos meses vendió unas veinte libras de peso de oro a un marchante de Digne, llamado Taxis. El oro y la plata de copela *, en opinión de todos los orfebres, no se han aproximado nunca a la bondad de éstos. Fabrica clavos en parte oro, en parte hierro y en parte plata. Me prometió regalarme uno de esta clase, en una conferencia de cerca de dos horas que mantuve con él el mes pasado, por orden del señor obispo de Senez, el cual vio todas estas cosas con sus propios ojos, y me hizo el honor de contármelas; pero él no es el único. El barón y la baronesa de Reinswalds me mostraron un lingote de oro que vieron ante sus ojos. Mi cuñado Sauveur, que, desde hace cincuenta años, pierde su tiempo en este gran estudio, me trajo hace poco un clavo que él vio transmutar en oro, y que debe convencerlo de su ignorancia. Pues bien, este excelente obrero ha recibido una carta del señor intendente, que yo he leído con toda la atención que se merece. Le brinda su crédito cerca de los ministros para la seguridad de su persona, contra la cual, así como contra su libertad, se ha atentado ya en dos ocasiones. Se cree que el aceite que utiliza es un oro o plata reducidos a ese estado. Lo deja largo tiempo expuesto al sol. Me explicó que le hacían falta seis meses para sus preparativos. Yo le dije que, al parecer, el rey querría verlo. Me con-

(*) Copela: crisol pequeño. (*N. del T.*)

testó que no podía ejercer su arte en cualquier lugar, y que necesitaba un cierto clima. La verdad es que ese hombre no parece tener ambición. No tiene más que dos caballos y un par de criados. Por otra parte, ama mucho su libertad, casi no tiene cortesía, y no sabe en absoluto expresarse en francés; de todos modos, parece tener un juicio sólido. No era más que un cerrajero que sobresalía en su oficio, sin haber pasado por un aprendizaje previo. Sea lo que fuere, todos los grandes señores que logran verlo le hacen la corte, llegando casi a la idolatría. ¡Dichosa sería Francia si este hombre quisiera descubrir su secreto al rey, a quien el señor intendente ha enviado algunos lingotes! Pero la dicha sería demasiado grande para poder esperarla, pues mucho me temo que este hombre muera con su secreto. He creído, mi querido primo, que semejante novedad merece seros comunicada. Causará también placer a mi hermano; hacédsela llegar, os lo ruego. Al parecer, este descubrimiento provocará gran ruido en el Reino, a menos que el carácter del hombre que acabo de describirnos lo impida; pero, con seguridad, se hablará de él en los siglos futuros. No será preciso ir al tesoro de Florencia para ver clavos que son en parte de un metal y en parte de otro; yo he tocado ya alguno, y los poseería si la incredulidad no me hubiera hecho menospreciar a este hombre hasta ahora. Pero hay que rendirse a la verdad, y espero ver a esa transmutación cuando Monsieur Delisle esté de regreso en Palud. Actualmente está en las fronteras del Piamonte, en un castillo al que tiene afición. Eso está en la diócesis de Senez.

»Quedo de vos, etc.

Firmado: CERISY.»

Carta dirigida por el obispo de Senez al interventor de Hacienda, Desmaretz en abril de 1709:

«Señor, tras haber sentido, hace más de un año, una gran satisfacción con motivo de vuestro ascenso, tengo el honor de escribiros hoy lo que opino del señor Delisle, que ha estado trabajando en la transmutación de los metales en mi diócesis, y, pese a que tuve ya algunas explicaciones hace dos meses con el señor conde de Pontchartrain, debido a que él me lo pidió, consideré que no debía hablar a Monsieur de Chamillard o a vos, señor, mientras no fuera interrogado; no obstante, con la seguridad que se me ha dado ahora de que vos queréis saber mi sentimiento, os lo diré con sinceridad, en favor de los intereses del rey y la gloria de vuestro ministerio.

»Hay dos casos sobre el señor Delisle que, en mi opinión, deben ser examinadas sin prejuicios; una es su secreto; la otra, su persona; si sus operaciones son verdaderas, y si su conducta ha sido regular. En cuanto al secreto de la transmutación, durante mucho tiempo lo consideré imposible. A causa de mis principios, y durante tres años, me mostré más escéptico que nadie con respecto al señor Delisle. Durante todo ese tiempo lo desprecié; apoyé incluso las intenciones de una persona que lo perseguía, porque me había sido recomendada por un personaje influyente de esta provincia. Pero habiéndome declarado esa persona enemiga, en su furia contra él, que en varias ocasiones había llevado a los orfebres de Aix, Niza y Aviñón, el plomo o el hierro del señor Delisle, cambiadas ante ella en oro, y que aquellos lo habían hallado muy bueno, creí entonces mi deber desconfiar un poco de mis prejuicios. Posteriormente, habiéndome encontrado con él durante mi visita episcopal en casa de uno de mis amigos, le rogué que operara delante de mí; así lo hizo, y habiéndole ofrecido yo mismo algunos clavos de hierro, los cambió en plata en el mismo hogar de la chimenea, ante seis o siete testigos

dignos de fe. Tomé los clavos transmutados y los envié por mi capellán a Imbert, orfebre de Aix, el cual, tras haberlos sometido a los análisis, manifestó que eran de plata muy buena. Pero no me limité a esto; habiéndome señalado, hace dos años, Monsieur de Pontchartrain que le sería muy grato a Su Majestad estar bien informado sobre este hecho, llamé al señor Delisle a Castellane; él acudió; lo hice acompañar entonces por ocho o diez hombres muy atentos, advirtiéndoles que vigilaran bien sus manos, y, delante de todos, cambió en un hornillo de carbón dos piezas de plomo y dos piezas de oro en plata que yo envié a Monsieur de Pontchartrain, y que él hizo examinar por los mejores orfebres de París, quienes la reconocieron como de una elevada calidad, tal como su respuesta, que tengo en mis manos, me lo indica. Comencé entonces a sentirme profundamente conmovido; aunque lo había sido mucho antes por cinco o seis operaciones que le vi realizar ante mí en Senez, en el crisol, y aún más por aquellas que él me hizo ejecutar a mí mismo en su presencia, sin tocar él nada. Habéis visto también, señor, la carta de mi sobrino, el padre Béraud, del Oratorio de París, sobre la operación que él había realizado por sí mismo en Castellane, y cuya autenticidad yo testimonio. Por último, mi sobrino, el señor Bourget, que llegó aquí hace tres semanas, efectuó la misma operación, que él tendrá el honor de explicaros detalladamente, señor; y lo que nosotros hemos visto y hecho, otras cien personas de mi diócesis lo han visto y hecho también. Os confieso, señor, que, después de ese gran testimonio de espectadores, de tantos orfebres, de tantas pruebas de todo tipo, mis prejuicios se han visto obligados a desaparecer, la razón ha cedido a los ojos, y los fantasmas de imposibilidad han sido disipados por mis propias manos. (...)

»Lo que acabo de deciros, señor, destruye ya la tercera objeción y explica por qué él no puede ir hoy a la Corte, pese a sus promesas de hace dos años. Ocurre que durante los dos e incluso tres veranos, ha sufrido inquietudes permanentes.

He ahí por qué no ha trabajado nada, y sus polvos y aceites no tienen tampoco la abundancia y perfección necesaria; por eso, no dispone del polvo perfecto, y no ha podido entregarlo al señor de Bourget para que os lo envíen; y si bien hoy ha transmutado plomo en oro con unos pocos granos de su polvo, ése era, probablemente, todo el que le quedaba, tal como me dijo mucho tiempo antes de saber que mi sobrino tenía que venir aquí; y aun cuando se hubiera guardado esa pizca de materia para operar delante del rey, jamás se habría aventurado con tan pocas reservas, porque los menores obstáculos de parte de los metales, bien porque fueran más agudos o más dulces (lo que se observa sólo al operar), le harían pasar demasiado fácilmente por un impostor, si, en caso de resultar inútil el primer polvo, no dispusierade suficientes cantidad de él para superar todos esos accidentes. (...)

»† JUAN, obispo de Senez.»

Interesándose el rey cada vez más en los experimentos de Delisle, ordenó a uno de sus consejeros, el señor de Saint-Maurice, Presidente de la Moneda en Lyon, que abriera una investigación. Éste fue a visitar al alquimista y le pidió que efectuara transmutaciones en su presencia, en el castillo de Saint-Auban, donde residía entonces Delisle. Éste aceptó, diciendo que estaba ahora lista una nueva provisión de polvo, que había enterrado para completar la cocción.

He aquí el texto íntegro del informe del señor de Saint-Maurice sobre tales transmutaciones, efectuadas bajo su control en presencia de varios funcionarios:

«Las pruebas y los experimentos que fueron hechos por el presidente de Saint-Maurice en el castillo de Saint-Auban, en el mes de mayo de 1710, referentes a la mutación de los metales en oro y plata, a tenor de la invitación que le fue hecha por el señor Delisle de dirigirse a dicho castillo para efectuar las susodichas pruebas, se producen de la manera siguiente:

»*Primer experimento.* — El señor de Saint-Maurice, conducido por el señor Delisle y el abad de Saint-Auban al jardín del castillo, hizo, por orden de aquél, quitar una plancha redonda que cubría un gran cesto de mimbre enterrado en la tierra, en medio del cual había colgado un alambre, en cuyo extremo había un pedazo de ropa blanca que contenía algo. Se indicó al señor de Saint-Maurice que cogiera ese pedazo de tela, y, una vez llevado a la sala del castillo, el señor Delisle le dijo que lo abriera y expusiera al sol de la ventana lo que estaba envuelto en una hoja de papel; hecho aquello, el señor de Saint-Maurice reconoció que se trataba de una especie de escoria de hierro o tierra negruzca y grumosa, que pesaba casi una media libra. Dicha tierra permaneció expuesta al sol por espacio de un cuarto de hora; tras lo cual, el señor de Saint-Maurice lo envolvió nuevamente en el papel y subió, junto con sus hombres, el señor Lenoble, su preboste, y el señor de Riousse, subdelegados en Cannes de Monsieur Le Bret, intendente de Provenza, a un granero donde había un horno portátil.

»El señor Delisle le dijo al de Saint-Maurice que colocara aquella especie de cagafierro en una retorta de cristal, a la cual se unió un recipiente; depositando esta retorta en el hornillo, los carbones que se pusieron alrededor suyo fueron encendidos por los criados del señor de Saint-Maurice. Cuando la retorta fue calentada, el señor Delisle recomendó a Saint-Maurice que se fijara bien cuando viera precipitar en el recipiente un pequeño licor amarillento en forma de mercurio, del tamaño de medio guisante. Recomendó que tuvieran cuidado de que una especie de aceite viscoso que fluía muy lentamente no cayese en el recipiente; a lo cual el señor de Saint-Maurice prestó gran atención; separó prontamente el recipiente de la retorta, cuando observó que la primera materia se había precipitado al fondo de dicho vaso. Luego, sin dejar enfriar esa materia, la vertió inmediatamente sobre tres onzas de mercurio ordinario que se había puesto en un pequeño crisol; sobre lo cual echó dos gotitas de aceite de sol, que le fue ofrecido en una botella por el señor Delisle; luego, lo colocó todo sobre el fuego por espacio de un *miserere*, y vertió seguidamente lo que había en el crisol en una lingotera, viendo al punto nacer un pequeño lingote de oro a lo largo, de un peso aproximado de tres onzas, que es el mismo que ha ofrecido a Monsieur Desmaretz. Hay que señalar que, cuando ese mercurio filosófico es enfriado y secado, y luego metido en una botella de vidrio bien tapada, se reduce a polvo, el cual se llama polvo de proyección, y es de color negro.

»*Segundo experimento.* — Fue realizado con, aproximadamente, tres onzas de balas de plomo de pistola, que llevaba en el morral el criado del señor de Saint-Maurice; tras haberlas fundido en un pequeño crisol y refinado por medio de alumbre y salitre, el señor Delisle ofreció a Monsieur de Saint-Maurice un polvillo en un trocito de papel, diciéndole que tomara de él la cantidad aproximadamente equivalente a media toma de tabaco y la lanzara al crisol donde estaba el plomo fundido. Así lo hizo Monsieur de Saint-Maurice, añadiendo dos gotas del aceite de sol de la botella que mencionamos anteriormente; luego llenó el crisol de salitre y lo depositó sobre el fuego por espacio de un cuarto de hora; tras lo cual, vertió todo aquel conjunto de materias fundidas y mezcladas en media coraza de hierro, donde formaron la pequeña plancha de oro junto con los otros pedazos que han sido presentados a Monsieur Desmaretz por Monsieur de Saint-Maurice.

»El experimento, en lo que concierne a la plata, se efectuó de la misma manera, excepto por el hecho de que el polvo metálico o de proyección, para la plata es blanco, y, para el

oro, es amarillento y negruzco.

»Declaramos que todos los susodichos experimentos son verdaderos y han sido efectuados en el castillo de Saint-Auban, por nos, consejero del rey en sus Consejos, Presidente del Tribunal de la Moneda de Lyon y Comisario del Consejo nombrado, por decreto del 3 de diciembre de 1709, para la investigación de las falsas fabricaciones de especias, tanto en la Provenza y el Delfinado, como en el condado de Niza y valles de Barcelonnette. En Versalles, a 14 de diciembre de 1710.

»Firmado: DE SAINT-MAURICE.»

Habiendo tenido éxito los experimentos llevados a cabo delante del señor de Saint-Maurice, consejero del rey y Presidente de la Moneda en Lyon, y habiendo llegado el informe a Versalles, Luis XIV exigió que Delisle le fuera presentado. Éste, bien porque fuera un impostor, como lo pretenden los adversarios de las transmutaciones metálicas, o, más bien, porque estaba al corriente del destino infortunado que aguardaba frecuentemente a los alquimistas caídos en manos de príncipes ávidos de dinero, se negó a partir hacia París. Pese a las conminaciones del ministro Desmaretz, Delisle consiguió permanecer aún dos años más en Provenza. Finalmente, se dictó una orden de detención contra él, y, en 1711, fue embarcado *manu militari* con destino a la capital. Pero los soldados que tenían como misión conducirlo resolvieron matarlo para apoderarse de su provisión de Piedra filosofal; sin embargo, sólo consiguieron romperle la pierna. En ese estado lamentable fue conducido a la Bastilla, donde permaneció durante un año, presa de la más profunda desesperación, antes de envenenarse.

Merece ser contada la extraordinaria aventura del joven Johann Friedrich Böttger, el creador de la porcelana de Sajonia, a causa de lo decisivos que fueron los hechos concernientes a la realidad del polvo de proyección. Pasaré rápidamente por las aventuras del joven, desde el punto de vista histórico, para ceñirme, sobre todo, a la parte alquímica de los acontecimientos. Tal como he dicho ya al comienzo de este capítulo, existió, a partir de últimos del siglo XVII y durante el primer tercio del XVIII, un adepto itinerante, conocido con el seudónimo de Láscaris, que distribuyó generosamen polvo de proyección a un número bastante crecido de personas, pidiéndoles solamente que lo utilizaran para hacer transmutaciones públicas que demostraran la realidad del arte hermético. El propio Láscaris permaneció siempre en la sombra y, un buen día, desapareció tal como había venido, sin que se llegara a saber quién era ni por qué actuaba de este modo (1).

En 1701, Láscaris tuvo ocasión de enviar a buscar algunas drogas a casa de un boticario, maese Zorn, el cual indicó a uno de sus ayudantes, el joven Johann Friedrich Böttger (o Bötticher), por entonces de diecinueve años de edad, que fuera a entregar el encargo al cliente. Durante la conversación que tuvo con Láscaris, Johann Friedrich le habló de su asidua lectura de Basilio Valentín y de las pullas que había tenido que soportar por tal motivo de parte de su patrón y sus cama-

(1) Véase nota página 68.

radas. No hacía falta más para decidir a Láscaris a convertirlo en uno de sus emisarios, y le entregó dos onzas de polvo transmutatorio explicándole el *modus operandi* exacto. Le pidió sólo que esperara a que él hubiese abandonado la ciudad, antes de efectuar la primera proyección, y le rogó encarecidamente que hiciera las transmutaciones ante el mayor número posible de testigos, con un fin demostrativo. Böttger mantuvo la palabra, y sólo un mes después de la partida de Láscaris llevó a cabo la primera proyección ante los discípulos de maese Zorn, que se habían mofado de él antaño, y que recibieron la sorpresa de contemplar cómo se transmutó mercurio en oro muy auténtico. Considerando asegurada su fortuna, el joven se despidió entonces de maese Zorn. Éste, a quien se había informado del experimento realizado por su ex asistente, hizo todo lo posible para retenerlo con la ayuda de dos curas amigos suyos, los cuales lo desafiaron a que repitiera aquella transmutación diciendo: «Jamás haréis posible lo imposible.»

Johann Friedrich, al que precisamente se le había encargado la misión de convencer a los incrédulos, no se hizo rogar para efectuar el experimento solicitado. Cogió un pedazo de plomo y fue a colocarlo en un crisol, pero maese Zorn, sospechando alguna superchería, marchó a buscar, de sus ahorros personales, tres onzas de plata, que fueron depositadas en otro crisol sobre un fuego ardiente. En el momento en que el metal alcanzó su punto de fusión, el joven envolvió un grano de Piedra filosofal en una bolita de cera y lo precipitó en el crisol. Dejó entonces de avivar el fuego y permitió que el metal fundido se enfriara un poco al objeto de poder verterlo. Zorn y los dos curas vieron entonces que la plata se había convertido en un hermoso oro amarillo y, tras haber llevado el metal al orfebre vecino, desaparecieron las últimas dudas. Se trataba, sin duda, de un oro de muy buena calidad.

Una o dos transmutaciones más efectuadas así con éxito no tardaron en hacer crecer su reputación hasta llegar sus ecos a Berlín. Los adversarios de la alquimia se burlaron de

él, apodándolo *Adeptus ineptus*, pero los informes de la Policía no tardaron mucho en llegar hasta el rey Federico Guillermo I, el cual pronto tuvo la prueba de que las transmutaciones atribuidas al joven boticario no eran supercherías o mentiras. Reaccionó inmediatamente ordenando que se arrestara al punto a Böttger. Afortunadamente, maese Zorn fue advertido por un miembro del séquito real de la decisión de justicia que iba a descargarse sobre su desgraciado ayudante, y avisó al joven, que tuvo tiempo de huir. Los soldados prusianos lanzados en persecución suya fracasaron, y él debió su salvación sólo a una carrera desesperada a través de los bosques. Llegó así a la ciudad de Wittenberg, de la que Federico Guillermo reclamó su extradición; pero Böttger había nacido en Sajonia, por lo que Augusto II, rey de Polonia y elector de Sajonia, que acababa de enterarse de toda la historia, lo hizo venir a Dresde. ¡Las crónicas de la época cuentan que las relaciones de ambos países se envenenaron por tal motivo, hasta el extremo que estuvo a punto de declararse la guerra!

Todos los hechos mencionados aquí están perfectamente probados desde el punto de vista histórico, salvo, por supuesto, en lo que atañe a la realidad de las transmutaciones, que es negada por los autores racionalistas. Se pueden encontrar todos los elementos de la vida de Böttger en la obra aparecida en Leipzig, en 1837, de Karl August Engelhardt: *J. F. Böttger, Erfinder der Sächsischen Porzellans.* Por otra parte, conviene señalar que Engelhardt no creyó en absoluto en la verdad de las transmutaciones del joven, y veremos, al final de este breve estudio, qué opinión merecen sus argumentos.

Así, pues, Johann Friedrich Böttger, al llegar a Dresde, fue admitido a presencia del elector de Sajonia, quien le hizo contar sus sinsabores en Berlín y le pidió que llevara a cabo una transmutación en su presencia. Como semejante petición encajaba en el cuadro de instrucciones dadas por Láscaris, el antiguo mancebo de botica consintió a ello gustosamente y efectuó una proyección perfectamente lograda en el laboratorio de

Augusto II. Éste, tras haber hecho analizar cuidadosamente el oro obtenido, decidió ennoblecer al joven y lo nombró barón. Johann Friedrich se convirtió entonces en el preferido de la Corte, lo que acabó de trastornarlo. Durante los dos años que siguieron, llevó una vida alegre gracias a las cantidades de oro que le permitían obtener las repetidas proyecciones del polvo de Láscaris. Entre otras fantasías, se estableció en una casa magnífica en la que disponía mesa franca todas las noches, ¡hallando cada invitado una pieza de oro bajo su servilleta en cada comida! Pero, al cabo de dos años, la provisión de polvo entregada por Láscaris se agotó, y Böttger no fue capaz de seguir llevando aquel tren de vida. Todos sus amigos le dieron la espalda, y, habiendo corrido el rumor de que pensaba huir de la ciudad, Augusto II decidió fijarle la residencia obligatoria en su propia casa. Aquí interviene un largo episodio en el que vemos a Láscaris, enterado de los problemas de su emisario, intentar su libertad gracias a un rescate fabricado con su propio polvo. Pero fracasó, y, a consecuencia de este asunto, Böttger fue encarcelado en el castillo de Königstein. No creamos por ello que Böttger fuera arrojado al calabozo. Por el contrario, dispuso en dicha fortaleza de apartamentos privados y de un laboratorio, al objeto de poder renovar su provisión de polvo, lo que, por desgracia, era incapaz de realizar.

Entonces, el conde de Tschirnaus, comandante de la fortaleza de Königstein, propuso a Böttger que lo ayudara en sus propias investigaciones referentes a la fabricación de porcelana, arte que, por aquel entonces, era conocido solamente por los chinos. La suerte se volvió entonces favorable para Johann Friedrich Böttger, quien, en 1704, encontró el secreto de la porcelana roja, y luego, en 1709, el de la porcelana blanca. El elector de Sajonia se quedó encantado con semejante descubrimiento, viendo en ello un medio de enriquecer grandemente a su país, por la creación de manufacturas. Quiso felicitar personalmente a Böttger, el cual aprovechó para revelarle que

nunca había sido alquimista y que el polvo que poseyera tenía su origen en un adepto itinerante, cuya identidad ignoraba. Augusto II, que no era una mala persona, consintió en perdonarlo y lo liberó, devolviéndole su título de barón, nombrándole a la vez director de la primera manufactura de porcelana de Sajonia. Böttger murió en este cargo, a la edad de treinta y siete años, con la salud arruinada a causa de la bebida y los excesos.

Todos estos hechos son históricos, repitámoslo. Veamos ahora cómo un historiador racionalista del siglo XIX, como Engelhardt, los explica: un indigente, que vivía en la mendicidad pública, llamado Láscaris, regaló un polvo cualquiera al joven Böttger. Gracias a dicho polvo, que no tenía, por supuesto, nada que ver con la Piedra filosofal, el mancebo de botica aparentó transmutar plata en oro ante los ojos de su amo, maese Zorn. Cómo se las arregló para aparentarlo, es algo que Engelhardt no se toma la molestia de explicar. Sabemos que el muchacho era muy pobre, y se excluye, por tanto, la posibilidad de que hubiera podido dedicarse a un juego de prestidigitación remplazando las onzas de plata por un peso igual de oro en el momento de la introducción del metal en el crisol, por la sencilla razón que no poseía ningún oro. Además, acordémonos de que maese Zorn tenía consigo a dos sacerdotes que vigilaban atentamente sus movimientos. Volviendo a las explicaciones de Engelhardt, éste admite que la reputación de artífice de oro de Böttger se extendió rápidamente hasta Berlín, y que sólo debió su salvación a la huida y consiguiente protección del elector de Sajonia. Admite que estuvo a punto de estallar una guerra entre los dos países, lo que, para recuperar a un mancebo de botica de diecinueve años de edad que sólo había *aparentado* transmutar la plata en oro, me parece excesivo. Siempre según Engelhardt, Böttger, una vez en Dresde, fue inmediatamente recibido por Augusto II, e hizo creer al elector que poseía la Piedra filosofal *aparentando* transmutar en el laboratorio de aquél un metal en oro. También aquí,

como buen historiador racionalista, Engelhardt no ofrece ninguna explicación de la expresión «aparentar». Ahora bien, acordémonos de que el joven no transmutó un metal vil en oro sólo una vez, sino muchas veces, ya que ésta era su única fuente de ingresos durante los dos años que pasó en Dresde, donde echó literalmente el oro por la ventana. Por último, Engelhardt añade que, una vez encarcelado para que se dedicara a renovar su provisión de polvo filosofal, Böttger fue conducido por azar a descubrir el secreto de la porcelana de Sajonia. Concluye indicando que el mendigo Láscaris, poco después de la partida de Berlín del joven Böttger, murió en un asilo para indigentes, a la vez que lamenta que un examen superficial de los hechos haya permitido durante tanto tiempo presentar la vida de Böttger como una prueba de la realidad de las transmutaciones metálicas, cuando en todo ello no hay más que superchería y engaño.

Está claro que si ese historiador racionalista hubiera utilizado precisamente su razón, en lugar de creer ciegamente en las enseñanzas científicas del siglo XIX que negaban la posibilidad de las transmutaciones, habría tenido que llegar a la conclusión de que, por el contrario, el asunto Böttger no se explicaba, y ni siquiera era posible, más que en el caso de que el polvo entregado por Láscaris tuviera un poder transmutatorio. Que maese Zorn y los dos sacerdotes hubieran sido engañados, no sé cómo, no es absolutamente imposible; pero que estuviera a punto de estallar una guerra entre dos países para recuperar a un muchacho de diecinueve años, resulta impensable, si los informes policiales facilitados a Federico Guillermo I no hubieran sentado de una manera formal la verdad de las transmutaciones efectuadas por el joven. La conducta del elector de Sajonia que ennobleció al mancebo de botica tras los experimentos realizados en su propio laboratorio, sería también completamente inexplicable, si Johann Friedrich no hubiese podido efectuar realmente las transmutaciones solicitadas. Finalmente, el tren de vida que Böttger llevó durante dos

años, cuando no recibía subsidios de Augusto II, sólo puede justificarse en el caso de que realmente produjera oro artificial. Situándose en el punto de vista de Engelhardt, la aventura de Böttger es un cuento de hadas absurdo e imposible; por contra, si se admite la realidad de las transmutaciones que él efectuó, toda esa historia se hace lógica, razonable y posible. Por eso me he empeñado en contar la vida de Böttger, pues me parece uno de los argumentos más decisivos en favor de la verdad de la Piedra filosofal y el polvo de proyección.

13

LA ALQUIMIA CONTEMPORÁNEA

A mediados del siglo XVIII, el químico francés Lavoisier proclamó que un cuerpo simple era un cuerpo que no se podía descomponer, lo cual era incompatible con las teorías herméticas. Por ello, en el transcurso de la segunda mitad de dicho siglo, las transmutaciones públicas se hicieron cada vez más raras, y los adeptos prefirieron vivir en la sombra. Esta situación no hizo más que agravarse durante el siglo XIX, donde la ciencia racionalista y positivista consiguió un triunfo efímero persuadiendo a las minorías de que sólo ella podría explicar el Universo. La alquimia, al igual que su hermana, la astrología, si bien no desaparecieron, al menos se vieron obligadas a pasar a la clandestinidad.

En la segunda mitad del siglo XVIII, sólo destaca un nombre, el del inglés James Price, médico y químico de bastante renombre, pues formaba parte de la «Royal Society», es decir, de la Academia de Ciencias británica. Tras haber vinculado su nombre a varios descubrimientos científicos, se interesó por la alquimia y trabajó en ella durante algunos años, en secreto. En 1781, obtuvo sus primeros resultados al elaborar una especie de polvo de proyección que transmutaba parcialmente el mercurio y la plata en oro. Señalemos, de entrada, que no se trataba en realidad de la Piedra filosofal de la tradición que permitía transmutar la totalidad de la masa de los metales

viles en oro, sino de un polvo alquímico similar a los «particulares» tan caros a Basilio Valentín, es decir, a aquellos procedimientos particulares que permiten fabricar oro sin poseer la Piedra filosofal propiamente dicha.

Volviendo a James Price, éste dudó al principio en comunicar su descubrimiento, temiendo convertirse en objeto de la burla general, así como despertar la reprobación de sus colegas de la «Royal Society». Luego, a medida que sus resultados se fueron haciendo más regulares y satisfactorios, reveló el descubrimiento a algunos amigos suyos, y, a partir de 1782, aceptó efectuar varias transmutaciones públicas a fin de demostrar a los ciudadanos importantes de la ciudad de Gilford que había hallado, efectivamente, el secreto de los alquimistas. Durante dos meses, en su propio laboratorio, tuvieron lugar toda una serie de experimentos en los que el mercurio, o una de sus amalgamas, fueron transmutados alternativamente en plata o en oro. Las crónicas de la época cuentan que, durante la sesión del 30 de mayo de 1782, obtuvo dos onzas y media de plata a partir de sesenta onzas de mercurio. El lingote de plata fue ofrecido al rey Jorge III. Price hizo publicar las actas de los diversos experimentos, las cuales aparecieron en 1782 en Oxford bajo el título *An account of some experiment on mercury, silver and gold, made at Gilford in May 1782, in the laboratory of James Price.*

La «Royal Society», conmocionada por este asunto, solicitó a Price que le entregara los resultados de sus trabajos lo que éste rehusó, pues, decía, al ser miembro de una sociedad de Rosa-Cruz, estaba obligado al secreto. Sus colegas le pidieron entonces que efectuara algunas transmutaciones bajo su control, para justificar sus afirmaciones. Price hizo observar que había agotado su provisión de polvo con los experimentos practicados, y que le era preciso algún tiempo para elaborar otro. Le fue concedido dicho plazo, y, a comienzos de 1783, regresó a Gilford para entregarse al trabajo. Durante varios meses no se oyó hablar más del químico, y sus colegas supusieron que

había fracasado miserablemente en sus trabajos y no osaba reaparecer entre ellos. En ese momento fue cuando recibieron una invitación de Price para presentarse en su laboratorio en el curso del mes de agosto de 1783, donde procedería a los experimentos solicitados. Sólo tres de ellos se dignaron efectuar el desplazamiento, lo que afectó profundamente a Price e influyó quizás en el trágico desenlace del asunto. Persuadido de que sus colegas lo consideraban un impostor y un charlatán, Price enloqueció, ingirió un veneno violento, el agua de lauroceraso, y murió unos instantes más tarde.

De hecho, existen otros muchos ejemplos de científicos que fracasaron en sus manipulaciones públicas bajo el efecto de la emoción, sin que hubiera fraude alguno por su parte. No se excluye la posibilidad de que Price hubiera hallado realmente algún método alquímico de transmutación; pero su secreto está hoy perdido.

Del siglo XIX, sólo han llegado hasta nosotros dos nombres de alquimistas: Cyliani y Cambriel. El segundo nada descubrió, según propia confesión, y el primero, cuya identidad no ha sido revelada nunca, afirmó que había logrado la elaboración de la Piedra y la transmutación, pero no proporcionó ninguna prueba de sus afirmaciones.

La segunda mitad del siglo XIX nos ofrece, en Inglaterra, el caso singular de una mujer, Mary Jane Atwood, que había escrito una obra sobre la alquimia, *A suggestive enquiry into the hermetic mystery* (Londres, 1850), ¡y que empleó el resto de su vida buscando los ejemplares para destruirlos! Esta mujer era la hija de un tal Thomas South, un apasionado por el estudio de los filósofos de la Antigüedad y la Edad

Media. South enseñó a su hija a leer el griego y el latín con soltura, y luego emprendió con ella un trabajo gigantesco, consistente en establecer un índice de los conocimientos de la Antigüedad. La joven Mary Jane tuvo una especie de revelación mística que le mostraba que las doctrinas espiritistas, que comenzaban entonces a difundirse por la Gran Bretaña, estaban ligadas en cierta forma con las enseñanzas que los filósofos medievales. Se entregó entonces a un estudio muy detallado de los textos alquímicos —sin llegar nunca a pasar a la práctica por sí misma—, y luego escribió la susodicha obra. Se habían vendido más de cien ejemplares, cuando padre e hija tuvieron la impresión de que habían revelado en esa obra mucho más de lo que la tradición hermética permitía, y se dedicaron a rescatar todos los ejemplares disponibles, y luego a suplicar a todas aquellas personas conocidas que poseían uno que se lo devolvieran. Los volúmenes así recuperados fueron quemados, en un inmenso auto de fe, en el jardín de su casa de Gosport. En esa época, Mary Jane tenía treinta y siete años de edad, y no tardaría en contraer matrimonio con el reverendo Atwood, el cual la ayudó en su búsqueda de ejemplares no recuperados. Ella declaraba haberse dado cuenta, después, de que el Hombre no estaba aún suficientemente preparado para recibir revelaciones de la importancia de las que se hacían en su obra. Más tarde, y hasta su muerte ocurrida en 1910, a la edad de noventa y siete años, no quiso hablar de este tema con nadie. Desgraciadamente para ella, al menos subsistió un ejemplar, el que sirvió para su reedición por un editor neoyorquino en 1960.

Yo no he tenido esa obra en mis manos, pero he aquí lo que de ella dice el autor británico C. A. Burland, en su libro *El saber oculto de los alquimistas* (ediciones «Laffont», 1969): «El libro en cuestión estaba hecho de una serie de textos, de fuentes y períodos diversos. Su novedad la constituían los documentos que ofrecía. Encontramos en él traducciones de textos antiguos, que Miss South se ocupó de relacionar entre sí mediante

análisis críticos, de manera que formaran un conjunto coherente... Esta obra es una excelente guía que permite al lector percibir la unidad de pensamiento en la senseñanza hermética tanto antigua como medieval. En muchos aspectos, South parece haber presentido el estudio psicológico que, un siglo más tarde, debía consagrar a C. G. Jung a la alquimia. Se le había manifestado claramente que los alquimistas no tenían más objetivo que llegar a ese estado de iluminación en el que, constituyendo una unidad con el Universo, se sentían en unión estrecha con Dios.»

La alquimia, al igual que la astrología, renacerá en el siglo XX. Pero si bien la ciencia de los astros fue nuevamente popular desde finales de la Primera Guerra Mundial, hubo que aguardar hasta la segunda mitad de este siglo para que a la alquimia se le concediera de nuevo el derecho de ciudadanía entre muchos intelectuales, e incluso entre algunos científicos. Antes de la guerra, sólo hay un nombre que retener, el del misterioso adepto Fulcanelli, el célebre autor de *El misterio de las catedrales* (*) y de *Las moradas filosofales* (*). He tenido ya ocasión de demostrar que las diversas identidades sugeridas para Fulcanelli (1), bien fueran las de su discípulo Eugène Canseliet, del ilustrador de sus obras Jean-Julien Champagne, del escritor J. H. Rosny, o, finalmente, del librero Pierre Dujols, que firmaba sus obras herméticas con el seudónimo de *Magophon*, no estaban fundamentadas. Una sola cosa es cierta, que se ignora todavía quién era —o quién es— Fulcanelli. Que nadie se asombre si sugiero dos tiempos diferentes del verbo ser: en varias ocasiones, Eugène Canseliet ha dejado entender que el uso de la Piedra filosofal había permitido a Fulcanelli, que en los años veinte debería tener una edad de, aproximadamente, setenta años, rejuvenecerse, conforme a la tradición, y ser en lo sucesivo el discípulo de su antiguo alumno. Ahora bien, recientemente, en el n.° 1 de la revista *Le Grand Albert*,

(*) Publicado por «Plaza & Janés» en su colección «Otros Mundos».
(1) Véase nota página 68.

fechado en noviembre de 1971, Eugène Canseliet aceptó responder precisamente a ese punto: «En cuanto a lo que se refiere a Fulcanelli vivo, lo está realmente... El tiempo no cuenta... Tuve la oportunidad de verlo, especialmente en 1951, y de descubrir el lugar secreto donde se encuentra. Estaba de viaje en España, no lejos de Sevilla, en calidad de huésped de unos amigos que poseían una bella mansión con una terraza y doble escalera que daba al parque. De pronto, percibí a Fulcanelli en el ambiente. Sobre todo cuando descubrí desde mi ventana —lo que aumentaba aún más el encanto del cuadro— la presencia de un muchachito de unos diez años y de una niña, que parecían arrancados de un cuadro de Velázquez. Les acompañaban un poney y dos lebreles. Pero, después de una de esas largas noches de trabajo a las que estoy acostumbrado, el descubrimiento que realicé me pareció más persuasivo todavía: en una gran alameda de denso follaje, una joven, una reina, avanzaba, llevando el collar del Vellocino de Oro, seguida por una señora de compañía. Todo ello, muy vivo, muy luminoso. La joven me hizo un cálido gesto con la cabeza; yo estaba seguro de que Fulcanelli me susurraba: "¿No me reconoces?"; a lo cual respondí: "Sí." Pero, ¿cómo expresar semejantes certidumbres...?»

En la manera de expresarse de Eugène Canseliet, reconocemos la afición de los autores herméticos por la alegoría. Pero, en el curso de una visita que tuvo la gentileza de hacerme, le pregunté de forma muy concreta si había vuelto a ver a su antiguo maestro en una forma humana tangible, en el sentido en que, en el universo material de las cosas, nosotros vemos a los seres; a lo que me respondió *sí*, sin vacilar.

¿Efectuó Fulcanelli transmutaciones metálicas ante testigos? En su obra, *Alquimia* («Jean-Jacques Pauvert», 1964), Eugène Canseliet escribía: «Poco tiempo después del feliz experimento de la fábrica de gas, concretamente la demostración magistral efectuada ante tres testigos, uno solo de los cuales ha fallecido, Fulcanelli...» Le pedí entonces que me facilitara algunos detalles sobre la naturaleza de aquel experimento, y he aquí su respuesta escrita: «En *Alquimia*, mencioné el experimento de la fábrica de gas, que le concretaré se trataba de la de Sarcelles y que actualmente ha desaparecido. A decir verdad, el experimento consistió en una transmutación de plomo en oro, que yo efectué en mi pequeño laboratorio de la fábrica, con el polvo de Fulcanelli y siguiendo sus instrucciones. Y ello delante de Julien Champagne, muerto en 1932, y de Gaston Sauvage, de profesión químico, y que, según creo sigue con vida.» En la entrevista concedida a la revista *Le Grand Albert*, Eugène Canseliet se explica más detalladamente acerca de esa transmutación: «Estaba Champagne, así como Sauvage. Fulcanelli tenía entonces unos ochenta años. Se empeñó en que fuera yo quien efectuara la transmutación, en gran parte según sus indicaciones. Yo era el instrumento. En el crisol, hice fundir 120 g de plomo empleando carbón de leña aplastado con el mortero. De un frasco, el maestro hizo caer tres fragmentos de rubí, uno de ellos del grosor de una cabeza de alfiler, el otro de una media cabeza, siendo el último minúsculo. Los recubrí con cera blanca. Con una cuchara, dejé caer la bola en el baño a 600°. Casi instantáneamente, recogí un oro muy bello. Sabrá usted que el rubí es la piedra transmutatoria, o la Piedra filosofal orientada hacia el oro. En lo que concierne a la "separación", tuve la oportunidad de lograr una, impecable, ante Moktar Bajá, en mi buhardilla del Quai des Célestins. Hay que saber la manera: un golpe de martillo muy seco. Moktar Bajá quedó tan deslumbrado como atónito, y quiso llevarme con él a Egipto.»

Habiendo asegurado Eugène Canseliet que no revelaría nunca la verdadera identidad del adepto Fulcanelli, hemos de contentarnos con sus relatos, que, desde un punto de vista estrictamente científico, no son pruebas a tomar en consideración.

En 1940, apareció en Inglaterra un libro firmado por Archibald Cockren, titulado *Alchemy rediscovered and restored*. Cockren era un masajista que se había distinguido en el curso

de la guerra 1914-1918 en una unidad sanitaria. Se dedicó luego al estudio de los filósofos antiguos y, en particular, de los alquimistas de la Antigüedad y la Edad Media. Como fecha de origen de la alquimia, establecía el año 1900 a. de J. C., época en la que habría reinado el famoso Hermes Trismegisto en Egipto, y que, según él, correspondía a la construcción de Stonehenge. La obra de Cockren es bastante clara, pero considera su deber respetar el secreto tradicional, en particular en lo que concierne a la materia primera y el fuego secreto. Veamos cómo se expresa en lo que se refiere al estadio terminal de la Obra: «Paso ahora al objetivo último de la Obra, la Piedra filosofal. Establecí, así, pues, que mis dos principios eran el mercurio y el azufre, tras lo cual tuve que purificar el cuerpo inerte del metal, quiero decir, quitar las escorias negras que quedaban después de la separación del agua de oro. Calciné entonces dichas escorias hasta el rojo, y las separé una de otra hasta que me dieron una sal blanca. Reuní esos tres cuerpos, según una proporción establecida de antemano, en un recipiente herméticamente tapado y los sometí a la acción de un calor regular, constante, cuyo grado exacto es uno de los puntos esenciales del magisterio, pudiendo ser fatal para la cocción cualquier error en este aspecto... Una vez llegado a este punto, que la tradición alquímica denomina cabeza del cuervo, se añade el mercurio filosófico. En lo sucesivo, se trata de una sublimación continua que debe ser efectuada en una retorta de largo cuello, siempre herméticamente cerrada, en la que se puede ver fácilmente cómo el vapor se condensa en las paredes. Hay que continuar calentando hasta que se haya logrado la negrura seca. Es preciso entonces añadir un poco de mercurio; y asistimos entonces al nacimiento del hijo, tal como afirma la tradición, pues la conjunción del mercurio con el compuesto da lugar a una sustancia. Se produce entonces la sucesión de los colores, a medida que desaparece el color negro, y hasta que el compuesto se convierta en un blanco resplandeciente; se tiene entonces la Obra en el blanco.

Elevando aún más la temperatura gradualmente, esta Obra se va volviendo poco a poco de un color amarillo cetrino, para llegar finalmente al color rojo... Se posee entonces el elixir de la larga vida, la Piedra filosofal, la medicina de los hombres y de los metales.»

Lo que resulta interesante en el caso de Cockren es que disponemos del testimonio de un científico de valía para corroborar sus afirmaciones. Efectivamente, un miembro de la «Royal Society», C. R. Cammell, era amigo suyo y asistió a más de un experimento en su compañía. Dejó un relato escrito de ello en su libro *Heart of Scotland*, aparecido en Londres en 1956. El autor británico C. A. Burland, al que he tenido ocasión ya de citar en este capítulo, ha estudiado todo el asunto y escrito al respecto: «Mr. Cammell, por su formación el más vigilante y objetivo de los testigos, vio a su amigo Archibald Cockren efectuar con éxito un experimento dentro de la más pura tradición de las antiguas técnicas alquímicas. El relato que hace de él es más sucinto que el del propio Archibald Cockren, pero, eso es indiscutible, durante unos seis meses, Mr. Cammell pudo ver un "cristal" de oro emergiendo de una masa negra, crecer y desarrollarse, cual si fuera una cactácea —el espécimen más antiguo del British Museum tiene el aspecto de una familia— en el interior de un recipente sellado herméticamente, en el propio laboratorio de Cockren. Esto ocurría en los años cincuenta.»

En Francia, la alquimia quedó un poco alterada, pues, a fines del siglo XIX y comienzos del nuestro, los esfuerzos de alquimistas tales como Tifferau o Jolivet-Castelot, presidente de la Sociedad Alquímica de Francia, desviaron la atención de la verdadera vía tradicional. Al igual que James Price, esos dos investigadores no perseguían en absoluto la Gran Obra Hermética, sino que pretendían solamente conseguir transmutaciones metálicas a partir de vías hiperquímicas, Tifferau pretendió haberlo logrado, sin que ello pudiera ser demostrado nunca; de todas maneras, las cantidades de oro producidas

durante tales experimentos eran tan mínimas que no admitían comparación con las transmutaciones efectuadas por los adeptos en el curso de los siglos precedentes.

Pero no por eso la alquimia tradicional dejó de seguir efectuando un trabajo subterráneo, y de ello encontramos la huella en los escritos de Albert Poisson, Magophon o Auriger. Pero, sobre todo, fue Eugène Canseliet, junto con todos los discípulos que él formó, quienes se convirtieron en portadores de la antorcha de la tradición.

Existen, al parecer, en nuestros días, muchas personas que practican la alquimia, bien sea en grupo, o en solitario. En el primer capítulo de esta obra, Monsieur Husson cita algunos conocidos por él, y, por mi parte, yo he tenido ocasión de entrevistarme o de oír hablar de numerosos alquimistas practicantes. Casi todos quieren permanecer en el anonimato, y sólo aceptan referirse a sus trabajos con la mayor repugnancia. He interrogado a algunos libreros especializados del barrio Latino, y todos han reconocido tener entre su clientela a personas que afirmaban dedicarse a laborar en el horno, pero que no deseaban hablar de ello. Existen también agrupaciones de alquimistas que afirman una ascendencia rosacruciana. Una de las más conocidas actualmente es la de Ajunta, que está situada en la Provenza. Su maestro era el señor Jean Deleuvre, recientemente fallecido, que se declaraba adepto y había escogido como seudónimo filosófico el nombre de Kamala-Jnana. Publicó un *Diccionario de la filosofía alquímica*, cuya nota de introduccón citaré aquí:

«Nota del templo alquímico de Ajunta.

»Cuando la publicación de las obras alquímicas de nuestro hermano Kamala-Jnana fue decidida, se produjo una efervescencia entre los adeptos consagrados de nuestro templo. Unos hablaban de escándalo, mientras los otros cantaban: "Aleluya para la Tierra." ¿Había que entregar aquellos escritos al público? ¡Vaya expectativa!

»Se decidió someterse al juicio celeste. Los adeptos presentes realizaron una peregrinación a la roca sagrada; allí, tras haber hecho oración, depositaron los manuscritos de Kamala-Jnana. Algunos instantes más tarde, el cielo, que estaba cubierto desde hacía varios días, dejó penetrar un rayo de sol que iba a caer justamente encima de la roca, mientras una turbulenta columna de fuego se manifestó sobre la piedra sagrada. De esa columna partió una serie de relámpagos que fueron a caer sobre las páginas del manuscrito. Así se imprimió el nombre del Eterno en letras de fuego. Era el imprimátur del Todopoderoso.

»Una voz dulce y paternal se dejó oír entonces, procedente del firmamento: "Paz sobre vosotros, hijos de mi luz, el día de las revelaciones ha llegado, y mi fallo ha sido pronunciado conforme a lo que está escrito en el salmo 82, 1: 'Dios está presente en la asamblea del Todopoderoso y, en medio de los dioses, pronuncia su sentencia.'" Un bienestar indefinible nos invadió, mientras todos recibíamos la bendición del Eterno.

»Por eso, hemos dado unánimemente en nombre de nuestro templo nuestra aprobación (entera y sin reservas) a nuestro hermano Kamala-Jnana.

»Amén.

»Príncipe Huien-Huien,

»Primer adepto del templo iniciático alquímico de Ajunta.»

Resulta evidente que ese estilo, así como los nombres extraños que se dan los miembros de esta sociedad, inducen más a la sonrisa que a tomar sus actividades en serio. El diccionario de Jean Deleuvre ofrece sólo un interés muy mediocre, mostrando algunas de sus definiciones un verdadero conocimiento de la práctica alquímica, mientras que, por el contrario, otras parecen indicar que su autor ignora absolutamente de qué está hablando. Cabe preguntarse si Monsieur Deleuvre no tuvo a su alcance antiguos manuscritos alquímicos desgraciadamente incompletos, lagunas éstas que explicarían, a la vez, la ciencia cierta y la ignorancia manifiesta de que hace gala en su obra. Sus discípulos, bajo la dirección

de Roger Caro, han seguido publicando textos tradicionales, relacionados con la alquimia, y amparándose en la Rosa-Cruz, textos cuyo interés residía, sobre todo, en las citas sacadas de los antiguos filósofos. Evidentemente, dicho interés ha desaparecido en el curso de los dos últimos años, ya que diversas colecciones, en particular la *Bibliotheca hermetica*, dirigida por René Alleau (Edic. «Denoël») reeditan en su texto integral todos los grandes clásicos de la literatura alquímica. Finalmente, la aportación más interesante de los alquimistas del templo de Ajunta es una serie de láminas en colores que reproducen fotografías de todas las fases de la Obra, fotos tomadas por Jean Deleuvre hace algunos años, desde el estadio de la materia primera hasta el del oro transmutado. Tales fotografías no demuestran que Kamala-Jnana hubiera elaborado la Piedra filosofal, pero sí que estuvo obrando en el laboratorio.

Hay un alquimista conocido hoy por el gran público, ya que la televisión le ha dedicado varias emisiones. Se trata de Armand Barbault, el cual ha resumido por sí mismo sus trabajos en la obra *L'or du millième matin* (1). Los trabajos de Barbault no son, estrictametne hablando, de naturaleza alquímica sino, más bien, espagíricos, en el sentido en que Paracelso entendía esa palabra. En efecto, ese investigador no desea obtener la famosa Piedra filosofal, sino un elixir medicinal análogo al *oro potable* de Paracelso. Por ello no partió de la materia primera metálica de los alquimistas, sino simplemente de la tierra, y remplazó el fuego secreto, de naturaleza salina, por la savia de las plantas. Durante veintidós años, trabajó con esa tierra, con savia continuamente renovada y con rocío de la mañana que iba a recoger en los campos arrastrando unas lonas sobre la hierba, tal como se muestra en el célebre grabado del *Mutus Liber*. La tierra inicial era un trozo de menos de dos kilos de peso que él había elegido en función del examen astrológico del instante de la toma de posesión.

(1) «Editions Publications Premières», 1970. Reedición: «J'ai lu», 1971.

Después de esos veintidós años de trabajo, elaboró un elixir que fue probado por unos laboratorios farmacéuticos de Alemania, y cuyos efectos curativos fueron reconocidos en lo que concierne, entre otras, a ciertas enfermedades cardíacas y renales.

Los laboratorios propusieron entonces a Armand Barbault comprarle su fórmula: pero, ¿cabe hablar de fórmula cuando, durante más de veinte años, *se alimenta* un trozo de tierra con savia de las plantas y *se la escalda* con agua de rocío? Los químicos alemanes declararon que iban a proceder al análisis de la sustancia, y luego que relizarían su síntesis industrial, pero el misterio alquímico desafió una vez más a la ciencia oficial. Raymond Abellio escribe al respecto: «No sólo el líquido no se dejaba analizar, sino que tampoco permitía compararlo a nada parecido. Y, sin embargo, Armand Barbault no ocultaba nada (...) Ante ese líquido que ha captado todo el color del oro y que escapa a los análisis usuales, son ellos (los industriales de los laboratorios farmacéuticos) y no el alquimista quienes han llegado a hablar de un nuevo estado de la materia, dotado de propiedades misteriosas y, quizá, capitales.» He aquí una prueba contemporánea y decisiva de la que la alquimia y la química son ciencias totalmente diferentes e irreductibles entre sí. Para una mente racionalista, es fácil rechazar con un encogimiento de hombros las realizaciones de la Edad Media calificándolas de fábulas o supercherías; ya le resulta algo más molesto explicar por qué un líquido preparado alquímicamente en nuestros días escapa al análisis científico de los laboratorios más modernos de Europa.

Si la alquimia operativa se sigue practicando en Francia y, me consta, en Inglaterra, España y África del Norte, recientemente he tenido la prueba de que, en apariencia, lo era también en los países situados detrás del telón de acero. Hace menos de un año, mi amigo Jacques Bergier recibía una carta procedente de Praga cuyo texto reproducimos a continuación.

Me la mostró, a título de curiosidad, suponiendo que el corresponsal no enviaría nunca la sustancia transmutatoria anunciada.

Pues bien, la recibió efectivamente unos días más tarde.

Caballeros:

He leído su interesante libro sobre la alquimia. Yo me intereso por problemas de esta índole, y he conseguido preparar una sustancia activa que posee un efecto como lapislázuli filosófico. Le envío una pequeña cantidad de esa sustancia. Con su ayuda, es posible transmutar el plomo en oro o el cobre en hierro, y así sucesivamente. Puede usted asegurarse por su cuenta. Dado que mi conocimiento de la lengua francesa no es suficiente como para escribir un modo de empleo en dicho idioma, prosigo en lengua alemana. ¡Permítanmelo ustedes!

(Lo siguiente está traducido del alemán.)

Los dos paquetes adjuntos contienen dos trozos de papel cromatográfico que ha absorbido la sustancia activa. Hay que dividir en dos el primer papel y empaparlo por dos veces en un tubo de ensayo con 1 ó 2 cm³ de agua destilada. La solución se coloca en una copela de amasado de 8 a 12 cm de diámetro. Se añaden 8 ó 10 cm³, bien de una solución al 10 % de nitrato de plomo, o de una solución al 6 % de acetato de plomo. Se mezcla y se deja reposar durante doce a dieciocho horas, a una temperatura de 25° C, y a una humedad relativa del 25 %.

Se formarán unos cristales. Hay que disolverlos nuevamente en una solución obtenida a partir del segundo papel, con 10 cm³ de agua destilada. Al producirse otra vez la cristalización, vemos aparecer cristales de oro, con un rendimiento del orden del 4 al 7 % del peso de plomo empleado en la reacción.

¡Atención! Durante la cristalización, se produce una emisión de radiación que ennegrece la placa fotográfica y que, probablemente, es peligrosa.

Se puede aumentar el rendimiento hasta el 70 %, por tratamiento térmico especial de la sustancia activa. Pero ésta no puede ser ya enviada por correo. Si, en lugar de plomo, se emplea una solución de $CuCl_2$, se obtiene hierro. Si se trata el NaCl, se logra berilio.»

Bergier, estimando que no había recibido suficiente sustancia para poder efectuar experimentos serios, escribió a su corresponsal pidiéndole que le enviara más materia filosofal, lo que aquél hizo inmediatamente. Procedió entonces a realizar varias pruebas de laboratorio, y yo le pedí que consignara por escrito los resultados obtenidos.

«Efectué por mí mismo esos experimentos, y obtuve los resultados anunciados. Me interesé, sobre todo, por el caso del berilio, lo que, por otra parte, está de acuerdo con la tradición, puesto que la esmeralda es un compuesto del berilio, y no necesito recordarle la *Tabla de Esmeralda*, que es el documento clave de la alquimia. Incidentalmente, el oro obtenido durante estos ensayos fue el isótopo estable 197, y el hierro transmutado fue también el isótopo estable 56. Lo más interesante de estos experimentos son las radiaciones emitidas; se trata de rayos gamma, de algunos centenares de miles de electrón-voltios, demostrando así que hay una transformación nuclear. Es sumamente interesante.»

Pregunté entonces a Bergier si, en el futuro, no pensaba dedicarse a fabricar oro industrialmente. A ello me respondió: «No; ése es el medio más seguro de convertirse en un obse-

so. La pasión por la fabricación del oro es una verdadera búsqueda del absoluto, a lo Balzac por ejemplo, que desequilibra las mentes más ponderantes. Podría citarle nombres de químicos, actualmente fallecidos, pero que fueron miembros de la Academia de Ciencias, y que pasaron la última época de su vida obnubilados por búsquedas de ese tipo. Es muy peligroso psicológicamente.»

Por eso, yo creo que lo más notable en el actual renacimiento de la alquimia no es el trabajo aislado de los buscadores de oro —siempre los habrá—, sino el nuevo atractivo que parecen ejercer sobre nuestros contemporáneos los grandes textos herméticos. Una colección como la *Bibliotheca hermetica*, que reedita los textos originales de Nicolás Flamel, de Ireneo Filaleteo, de Limojon de Saint-Didier, de Lambprinsk, etc., llega a tiradas de cinco mil ejemplares y más, lo que es muy notable tratándose de obras de un precio relativamente elevado. No saquemos, por ello, la conclusión que la alquimia interesa sólo a una minoría adinerada, pues, de mi libro anterior, en su edición de bolsillo, se vendieron setenta mil ejemplares en dieciocho meses, algo que habría sido inconcebible hace tan sólo diez años.

No tengo, pues, la impresión de escribir un libro sobre una ciencia muerta, sino, por el contrario, de haber recordado los orígenes históricos de un arte en plena renovación.

14

EL SIMBOLISMO HERMÉTICO

En el transcurso de los capítulos anteriores, mencioné dos textos herméticos tradicionales: la *Tabla de Esmeralda*, de Hermes, y el *Sueño verde*, atribuido al Buen Trevisano. El lector habrá adquirido con ello cierta familiaridad con el lenguaje de la alquimia, lenguaje oscuro, esencialmente compuesto de símbolos o alegorías.

Los nombres de las tres sustancias que, para el alquimista, componen toda materia, a saber, azufre, sal y mercurio, son nombres simbólicos, y no constituyen en absoluto denominaciones relativas a los cuerpos químicos definidos por tales nombres, como hemos visto. En cuanto a la materia primera, no es raro verla denominada magnesia vegetal, dragón escamoso, oro filosófico, etc., otras tantas denominaciones evidentemente simbólicas.

Hay que comprender bien de entrada que la química nació de las investigaciones metalúrgicas, y luego de los trabajos desordenados de los sopladores, esos seudoalquimistas que, desconocieron totalmente la teoría hermética, deseaban sólo hacer oro para su provecho personal: dicho en otras palabras, la química es un arte profano. La alquimia, por el contrario, nació ciertamente de la metalurgia primitiva, pero en lo que ésta tenía de sagrado, de sacerdotal. Oigamos en este sentido a René Alleau, quien ha estudiado especialmente bien la sim-

bólica hermética en su bello libro *Aspects de l'alchimie traditionnelle* (París, 1953): «Hemos insistido anteriormente en el hecho de que la alquimia no es la espagírica y que las técnicas artesanales de los metalúrgicos y los orfebres han ocultado búsquedas de orden teúrgico y sacerdotal, inspiradas en la enseñanza secreta de los misterios antiguos. La alquimia, en efecto, señala que "todo lo que es observable es simbólico", afirma que "todo lo que es simbólico es observable", y que, en consecuencia, el símbolo supremo del símbolo, es decir, la Unidad, observable, y que "el hombre verdadero" puede contemplar la encarnación del logos en la materia. Ésta es, dentro de su generalidad, una de las más extraordinarias empresas del genio humano; ella sigue siendo el verdadero sentido de la Gran Obra.» René Alleau, con sentido caritativo, revela uno de los secretos más celosamente guardados de la Obra, a saber, que, en alquimia, el símbolo es observable; pero podría haber sido aún más caritativo, indicando que el símbolo era también transmutable. En el transcurso del magisterio filosofal, tomado en su sentido práctico, y que nosotros describiremos sumariamente en el próximo capítulo, entra en juego cierto número de sustancias y son designadas por denominaciones simbólicas. Pero, a medida que se progresa en el magisterio, y se pasa de la primera Obra a la segunda, y luego a la tercera, tales sustancias se transmutan ellas mismas en el interior de la manipulación operativa, y lo que era, por ejemplo, el mercurio de la primera Obra, no lo es ya de la segunda. Ahí reside la principal dificultad de la lectura de los textos alquímicos, pues, una vez desbrozado el problema de las denominaciones alegóricas (por ejemplo, las expresiones *esputo de luna* o *vulcano lunático*, que designan ambas el fuego secreto [1]), uno suele perderse en la serie de operaciones, porque el simbolismo cambia a medida que el magisterio avanza.

Naturalmente, muchos investigadores han tomado como

(1) Véase página 217.

pretexto esa extremada oscuridad y esa modificación del sentido de los símbolos de un autor a otro (que procede, simplebente del hecho que no hablaban del mismo estadio de la Obra) para deducir de ello que la alquimia operativa era un señuelo y que los adeptos habían querido hablar sólo de una alquimia espiritual, en la que el cuerpo humano era el atanor (1), del magisterio filosofal. Ésta es, por ejemplo, la opinión del psicólogo C. G. Jung, quien escribe en su enorme obra *Psicología y alquimia*: «La base del *opus* es la *materia prima*, uno de los misterios más famosos de la alquimia. En realidad, no resulta muy asombroso, por cuanto representa la sustancia desconocida que lleva en su seno la proyección del contenido psíquico autónomo. Semejante sustancia no podía, naturalmente, ser específica, porque la proyección emana del individuo y es, en consecuencia, diferente en cada caso. Por eso, no resulta exacto afirmar que los alquimistas no han dicho nunca qué sea la *materia prima*; por el contrario, lo que han hecho es dar demasiadas indicaciones, y se han contradicho continuamente.» Por otra parte, en el capítulo titulado «La Naturaleza psíquica de la Obra alquímica», escribe: «En la *opus* (la Obra) alquímica, no se trata, en su mayor parte, únicamente de experimentos alquímicos en tanto que tales, sino también de algo que se parece a unos procesos psíquicos expresados en un lenguaje seudoquímico (...). Si admitimos que el alquimista utiliza el proceso químico únicamente en el terreno simbólico, ¿por qué trabaja entonces en un laboratorio con crisoles y alambiques? Y si, tal como él afirma constantemente, describe procesos químicos, ¿por qué los desnaturaliza hasta hacerlos irreconocibles, expresándolos a través de símbolos mitológicos?» Algo más adelante, concluye: «Así, la verdadera naturaleza de la materia era desconocida para el alquimista: la conocía sólo por alusiones. Intentando explorarla, proyectaba el inconsciente en la oscuridad de la materia, a fin de iluminarla. Para explicar el misterio de la materia, proyectaba otro

(1) Se trata del horno en el que se opera la cocción de la materia filosófica.

misterio —su propio segundo plano psíquico desconocido— en lo que debía explicarse: ¡lo oscuro por lo más oscuro, lo desconocido por lo más desconocido! Eso no era, por supuesto, un proceder intencionado, sino un hecho involuntario.»

Pues bien, no; la materia primera no es una proyección de la mente del alquimista; no es tampoco la expresión de un arquetipo de la Humanidad: la materia primera es una sustancia metálica común que se puede encontrar en el comercio, y que yo he tenido entre mis manos.

Tratemos ahora de examinar conjuntamente algunos de los símbolos más corrientes de la alquimia, no con el objetivo absurdo de traducirlos a un lenguaje claro, sino con el de explicitarlos, para que su sentido pueda aparecer a los ojos del lector cuando los encuentre en los textos. Consideremos, en primera lugar, el caso del azufre y el mercurio. De una manera general, el azufre designa el principio activo de la materia, y el mercurio, el principio pasivo, no siendo posible su unión más que por medio del tercer principio, la sal, o arsénico. Pero el azufre es también sinónimo del principio viril y luminoso, y el mercurio, del principio femenino y formal. Los encontramos unidos en la materia primera, y la función del artista será, precisamente, separarlos para obtener el «azufre», que será el objetivo de la primera Obra, y luego para preparar el «mercurio», que será el término de la segunda Obra, a fin de poder unir nuevamente azufre y mercurio durante la tercera Obra, obteniendo así el ser hermafrodita, el *rebis* (cosa doble), cuya cocción final conducirá a la Piedra.

De esta unión se desprende el símbolo siguiente que hemos encontado ya en el *Sueño verde*, es decir, el del matrimonio, el del coito filosófico. Ese matrimonio, que une el azufre y el mercurio, o, como podría decirlo un alquimista, «nuestro sol» con «nuestra luna», tendrá primeramente como símbolo un cuerpo muerto y que empieza a pudrirse; esta imagen es una alegoría muy concreta de la materia durante la Obra en el negro. El alma de las dos sustancias emprende el vuelo

entonces hacia Dios, el cual las recibe y, en su infinita bondad, acepta volver a descender con ella hacia el cuerpo hermafrodita para darle otra vez vida. Vemos representadas esta escena clásica en el grabado reproducido fuera de texto, extraído del *Rosario de los filósofos de* Arnaldo de Vilanova, donde el rey y la reina de la Obra, unidos en un solo cuerpo, están tendidos en su tumba, mientras que su alma, bajo el aspecto de un niño de pecho, emprende el vuelo hacia los cielos.

En ocasiones, se emplean otros símbolos con el fin de dar indicaciones prácticas. Por tal motivo vemos, por ejemplo, muy frecuentemente, aparecer robles en los dibujos herméticos. Más concretamente, en la XII[a] clave que ilustra la obra de Basilio Valentín, *Las doce claves de la filosofía*, descubrimos un tonel hecho de madera de roble. En este caso se trata de una alusión muy concreta a la naturaleza de la materia primera, y, en el caso de la figura de Basilio Valentín, que tiene también relación con el fuego secreto. En efecto, hay una especie de roble mediterráneo que se llama quermes; ahora bien, el quermes es también el nombre de una variedad de sulfuro de antimonio, la quermesita, cuyas relaciones con la *materia prima* son muy estrechas. En cuanto al tonel, quizás está ahí para indicar que uno de los constituyentes del fuego secreto, primer agente al que se deberá someter la materia primera, está extraído precisamente del tártaro que se deposita en los toneles (1). Vemos así, a partir de esos pocos ejemplos, que el simbolismo alquímico, totalmente impenetrable para alguien que no reconozca la práctica de la Obra se aclara progresivamente en el momento en que se tiene algunas nociones de alquimia operativa. Por ello, el próximo capítulo estará consagrado a resumir brevemente, aunque del modo más claro posible, las manipulaciones de laboratorio a que se entregan los alquimistas al comienzo del magisterio.

(1) Digo *quizá*, pues en las obras espagíricas o, incluso, simplemente químicas de la época, no es raro ver toneles que hacen las veces de hornos. Es, por tanto, posible que pretenda dar al dibujo de Basilio Valentín un significado superior al verdadero.

15

LA ALQUIMIA OPERATIVA

Tengo interés, ante todo, en precisar que yo no soy un hombre de laboratorio, un filósofo por el fuego. Todo lo que voy a decir aquí tiene como única base el estudio de los textos, el razonamiento y, debo confesarlo, algunas revelaciones hechas por alquimistas contemporáneos. Que no se cuente, pues, con descubrir aquí el *modus operandi* completo y exacto de la Obra, que no ha sido revelado nunca en ninguna parte por ningún artista.

Referente al estudio de los tratados, se plantea una primera pregunta: ¿Hay que tomarlos todos en consideración y tratar de hacer coherentes las enseñanzas de Nicolás Flamel, por ejemplo, con las de *el Cosmopolita* o las de Eugène Canseliet? Seguro que esos tres alquimistas se refieren a la misma cosa, pero hay que tener presente que no hablan forzosamente del mismo estadio de la Obra, ni siquiera de la misma vía. Voy a explicarme tomando un ejemplo concreto, el del rocío celeste que se recoge en el mes de mayo. Conocemos la famosa tabla alegórica del *Mutus Liber* (obra alquímica que se compone solamente de dibujos, editada por vez primera en La Rochela, 1667), en la que vemos a dos alquimistas retorcer un tejido empapado de rocío encima de una tina. En el fondo del dibujo, se ven plantadas sobre unas estacas, otras telas destinadas a recoger el rocío, mientras el influjo celeste, símbolo de

la energía solar, se derrama sobre el conjunto. Finalmente, la presencia de un carnero y de un toro es para demostrar en qué mes del año hay que practicar esa operación. Eugène Canseliet, en su comentario sobre esa IV[a] lámina, ha escrito: «La cuarta estampa desvela, positivamente, uno de los más grandes arcanos de la Obra física. El influjo cósmico, en abanico inmenso de haces rectos, alternativamente sombreados y punteados, se derrama, desde el centro del cielo, a partir de un punto que se sitúa entre el Sol y la Luna. No hay ningún autor que haya señalado tan sinceramente el agente principal del movimiento y de las transformaciones que ocurren tanto en la superficie como en el centro de la Tierra. Es, precisamente, esta intervención de dicho agente cósmico, lo que diferencia a la alquimia de la Química, orgullosamente empírica y paralela (...). Comprenderemos con facilidad que es realmente el rocío, y no cualquier otra cosa, lo que el sabio Jacob Sulat (1) nos sugiere que recojamos, y resultaría vano filosofar con demasiada sutileza sobre una figura de sinceridad casi ingenua, con la idea de que ella constituía una recóndita alegoría. Se trata, sin disimulo, de la manera simple que nosotros mismos utilizamos, hace casi medio siglo, salvo la diferencia en cuanto a la instalación de esas piezas de tela sobre las estacas.» En el siglo XVII, *el Cosmopolita* no se expresaba muy distintamente cuando decía: «En efecto, debes coger lo que es, pero que no se ve, hasta lo que le place al artista; es el agua de nuestro rocío, de la que se obtiene el salitre de los filósofos, mediante el cual todas las cosas crecen y se nutren.»

Asimismo, en 1970, los telespectadores de la emisión «El Tercer Ojo» vieron al alquimista contemporáneo Armand Barbault cómo, de madrugada, arrastraba junto con su hijo unas lonas sobre los campos, a fin de recoger el rocío que se había formado durante la noche. Así, pues, no puede existir ninguna duda, aparentemente, sobre la utilización de una sal sacada

(1) Supuesto autor del *Mutus Liber*.

del rocío, en el magisterio filosofal. Sin embargo, si observamos ahora el comentario que hace René Alleau de esa misma IV[a] lámina del *Mutus Liber*, vemos que escribe (1): «Esta lámina muestra al alquimista y a su esposa extendiendo y escurriendo trapos para recoger el "rocío celeste" que debe convertirse en el "rocío cocido" de la serie de operaciones. Aquí, la palabra "rocío" tiene el sentido griego de "rosis": fuerza, energía. Ello no impidió a alquimistas antiguos y modernos seguir al pie de la letra tales prescripciones simbólicas.» Sería igualmente posible citar a buenos autores del siglo XVI o XVII que denuncian el uso del rocío y afirman que dicha agua no forma parte, prácticamente, de la Obra alquímica. En este caso, la solución es simple: los diversos autores no hablan de la misma vía; el rocío de mayo no interviene para nada en la vía seca, que es la Obra alquímica perfecta; pero, por el contrario, interviene de una manera muy efectiva, en forma de una sal obtenida a partir de sus oligoelementos, en la vía húmeda.

Por lo tanto, no es posible pretender que «encajen» todas las diversas enseñanzas de las obras que componen el *corpus* alquímico de base. Ciertamente, se pueden sacar de aquí y de allá ciertas indicaciones —por ejemplo, relativas a la identificación de la materia primera o a la preparación del fuego secreto, pero, en el momento en que se quiere pasar a un *modus operandi*, hay que evitar seguir las enseñanzas de varios filósofos, pues el estudiante se perderá entonces irremisiblemente. No es raro ver a un alquimista emplear para sustancias que intervienen en la segunda Obra denominaciones que otro alquimista, no menos caritativo, había dado a los cuerpos implicados en la primera Obra. Más valdrá elegir un solo maestro, sin olvidar que quizás habrá ocultado algunas partes del magisterio y alterado otras, y seguir su método. Otro sistema consiste en coger tres maestros diferentes: uno para la prime-

(1) En *Encyclopedia Universalis*.

ra Obra, el otro para la segunda y, el último para la tercera. Pero este método, que yo inicialmente había considerado el mejor, ofrece grandes dificultades de orden práctico, precisamente desde el punto de vista de las denominaciones y de los intervalos de tiempo que deben separar cada una de las partes de la Obra.

En primer lugar, trataremos de identificar la materia de los Sabios, la magnesia vegetal, el dragón escamoso, en fin, la materia primera para resumir, y el primer agente o fuego secreto que hay que aplicarle; luego nos inclinaremos por las enseñanzas de un filósofo particular. Todos los alquimistas coinciden en reconocer que la primera materia debe ser buscada únicamente en el reino mineral, y, más específicamente, metálico, pues los reinos vegetal y animal están demasiado alejados de la naturaleza del oro para que el germen capaz de alumbrarlo pueda ser descubierto en ellos. «Piedra vil, negra y apestosa, que no cuesta casi nada; es un poco pesada... Ésta es la revelación y apertura de aquel que la busca», escribe el filósofo Moriano, en sus *Conversaciones con el rey Calid*. Asimismo, el autor de *La luz que sale por sí misma de las tinieblas*, afirma: «La materia es única, y en todas partes los pobres la poseen, igual que los ricos. De todos conocida, es despreciada por todos. En su error, el vulgo la rechaza como si fuera fango, o la vende continuamente a un precio vil, cuando realmente se trata de algo precioso para el filósofo informado.» Hemos visto ya que *el Cosmopolita* la describía como una piedra, cuya forma había que destruir, porque era sólo un azufre pestilente. En el *Sumario filosófico*, atribuido a Nicolás Flamel, podemos leer los versos siguientes, en los que la palabra «mineral» debe ser interpretada en el sentido de sulfuro metálico:

Si peu congelé ne peut estre
Par Nature, à dextre, à senestre,
Dedans quelque terrestre veine,
Que le grain fix soudain n'y vienne,
Qui produit sera des deux spermes
Du Mercure, et puis les vrays germes,
Comme es mines de plomb voyez,
Si vous y estes envoyez.
Car de plomb il n'est nulle mine
Es pays où l'on en affine,
Que pour vray le grain fix n'y soit,
Si que tout chascun l'apperçoit,
C'est à sçavoir le grain de l'or
Et de l'argent, qu'est un thresor
En substance et en nourriture;
Icelle chose à tous soit seure;
Telle les anciens l'ont preuvee,
Itelle aussi je l'ay treuvee:
Pourras de mesme la trouver,
Si mets peine de l'esprouver.
La prime congelation
Du mercure est donc mine à plomb;
C'est aussi la plus convenable.
A luy, voir mesme indeclinable,
Pour en perfection le mectre,
(Cela ne se doit point obmectre),
Et pour tost le faire venir
Au grain fix, tousjours tenir
Si ferme en bataille du feu
Que de sa fougue il fasse ung jeu.
Car, comme paravant est dict,
Mine de plomb, sans contredict,
N'est point sans grain fix, pour tout vray.
D'or et d'argent; cela je sçay
Par experience certaine,

Et n'y ay pas eu si grant peine,
En suivant le dict des mineurs
Et la façon des affineurs,
Pour aplanos voir de mes yeux
Ce qui me rendoit curieux (1).

Del estudio de los textos que anteceden, y de muchos otros que datan de todas las épocas de la alquimia, llegamos sin dificultad a la conclusión de que la materia primera es un sulfuro metálico. ¿No hablaban ya los alquimistas chinos, citados al comienzo de esta obra, del cinabrio, es decir, del sulfuro de mercurio? Por supuesto, el cinabrio ofrece una identificación tan fácil como errónea con la *materia prima*, ya que, por su misma composición, parece contener el azufre de los filósofos en aleación con el mercurio. Se trata simplemente de que el cinabrio es tomado como objeto de comparación, sabiendo perfectamente los artistas enterados que, por sí mismo, es impropio para la Obra. ¿Qué sulfuro escoger entonces? Para responder a esta pregunta, hay que tener en cuenta que

(1) *Tan poco congelado no puede estar, / por naturaleza, a diestro y siniestro, / en el interior de cualquier vena terrestre, / pues el grano fijo no aparece de pronto, / ya que es el producto de dos espermas / del mercurio, y también los verdaderos gérmenes. / Cuando veáis minerales de plomo, / si estáis allí, enviad muestras. / Pues no hay ningún mineral de plomo / en los países donde éste se refina. / Que en verdad no está el grano fijo, / por mucho que cada uno lo note, / o sea, el grano del oro / y de la plata, que es un tesoro / en sustancia y en alimento. / Semejante cosa a todos sucederá, / tal como los antiguos lo probaron / y yo mismo he descubierto: / tú también podrás descubrirla / si te tomas la molestia de experimentarlo. / La primera congelación / del mercurio es, pues, el mineral de plomo; / es también la más conveniente / al mismo, o sea, incluso indeclinable, / para someterlo a perfección / (esto no se debe omitir en modo alguno), / y para hacer que se convierta pronto / en grano fijo, y mantenerlo siempre / tan estable en la lucha del fuego, / que su ardor sea un simple juego. / Pues, como antes se ha dicho, / Mineral de plomo, con toda seguridad, / no existe en modo alguno sin grano fijo, que sea auténtico en realidad. / De oro y de plata; esto ya lo sé / por segura experiencia, / y no he tenido gran trabajo, / siguiendo la indicación de los mineros / y los sistemas de los refinadores, / para ver fácilmente con mis propios ojos / lo que atrala mi curiosidad.*

en la Antigüedad y en la Edad Media sólo eran conocidos siete metales, a los que, sin embargo, hay que añadir otras diversas sustancias (antimonio, arsénico, bismuto, etc.) no expresamente consideradas como metales, pero cuyos minerales, en particular los sulfuros, eran conocidos en la época y considerados similares a los sulfuros metálicos. Así, pues, en la práctica, hemos de elegir entre los sulfuros de oro, plata, plomo, cobre, estaño, cinc, bismuto, antimonio y arsénico, habiendo sido eliminado ya el propio cinabrio.

Aquí también, un estudio atento de los textos muestra que, exceptuando algunos textos malintencionados que tratan de desorientar al estudiante dándole falsas pistas, todos los filósofos han dado indicaciones relacionadas con el hierro o el antimonio. Así, por ejemplo, Fulcanelli escribe en *Las moradas filosofales:* «Dada la afinidad establecida por la identidad química profunda de estos cuerpos, es lógico pensar que el mismo espíritu empleado en las mismas condiciones determinará aquí los mismos efectos. Eso es lo que se ha producido entre el hierro y el oro, que están ligados por una estrecha afinidad; cuando los prospectores mexicanos descubren una tierra arenosa muy roja, compuesta en su mayor parte de óxido de hierro, llegan a la conclusión de que el oro no está lejos. Asimismo, consideran esa tierra roja como el mineral y la madre del oro, y el mejor indicio de un filón próximo. Y, sin embargo, el hecho en sí parece bastante singular, dadas las diferencias físicas entre esos metales. En la categoría de los cuerpos metálicos corrientes, el oro es el más raro de ellos; el hierro, por contra, es el más común, el que se encuentra en todas partes, no sólo en las minas, donde ocupa yacimientos considerables y numerosos, sino que también aparece diseminado en la superficie misma del suelo...»

Recordemos la cita de *La luz que emerge por sí misma de las tinieblas:* «La materia es única, y en todas partes los pobres la poseen, igual que los ricos. De todos conocida, es despreciada por todos.» Recordemos también la expresión de Ful-

canelli: «El mineral es la madre del oro.» Comprenderemos por qué el hierro puede ser considerado como uno de los constituyentes de la materia filosofal.

Llegamos ahora al antimonio, bien entendido que, en el siglo XVII, ese nombre no designaba al metal en sí mismo, sino a su sulfuro, o sea la estibina. El metal era, por su parte, denominado régulo de antimonio; en cuanto a la manteca de antimonio, mencionado con mucha frecuencia, se trataba del tricloruro de antimonio. Veamos las indicaciones que inducen a tomar ese mineral como materia de los Sabios. Señalemos en primer lugar que Basilio Valentín le dedicó enteramente su tratado *El carro triunfal del antimonio*. En sus otras obras alude frecuentemente a dicho metal, designándolo con la expresión «Lobo gris ávido»; se trata de ese lobo que se ve saltar por encima del fuego filosófico en el primer grabado de *Las doce claves de la filosofía*. En esa misma imagen, se facilita otra indicación mediante el botón de retorno colocado sobre la copela, por encima del fuego que se distingue entre las piernas del anciano armado con la hoz. Ese botón de retorno es una alusión a la formación del régulo de antimonio durante la solidificación de ese metal en una lingotera.

Se atribuye a Ireneo Filaleteo un breve tratado (1) titulado: *Experimentos sobre la preparación del mercurio de los Sabios, con vistas a la Piedra, mediante el régulo de Marte, o hierro, que contiene antimonio estrellado, y mediante la Luna o la plata*. Por su parte, Fulcanelli, en sus *Moradas filosofales*, se refirió también a ese metal al escribir: «Aquellos de los nuestros más versados en la cábala tradicional se han visto sin duda sorprendidos por la relación existente entre la vía, el camino, trazado mediante jeroglíficos que adoptan la forma de la cifra 4 y el antimonio mineral o estibina claramente indicado bajo ese vocablo tipográfico... Tales consideraciones

(1) En el apéndice encontraremos el texto integral de este corto tratado. No había sido reeditado en Francia desde hacía más de doscientos años.

basadas en una correspondencia exacta de palabras no han escapado a los viejos maestros ni a los filósofos modernos que, apoyándolas con su autoridad, han contribuido a difundir ese error nefasto de que el antimonio vulgar era el misterioso objeto del arte.» Pero esa negación final del maestro era caprichosa, según la propia confesión de su discípulo Eugène Canseliet que, en su edición del *Mutus Liber*, escribe: «Que el discípulo, en este aspecto, conserve, sin embargo, toda su prudencia; la puesta en guardia, resueltamente desarrollada por Fulcanelli a lo largo de casi cinco páginas con ocasión del mismo problema, podría muy bien ocultar sólo el propósito de privar a los indignos del beneficio de una base sólida, segura y de fácil adquisición... Podríamos, en justicia, recoger en beneficio nuestro las palabras del viejo Dujols y declarar que, de la confidencia, hemos pasado incluso a la divulgación reprensible.»

En su traducción de las obras de Artefio, P. Arnaud, señor de la caballería de Poitiers, le hace decir: «El antimonio es del ramo de Saturno, teniendo en todos los aspectos su naturaleza; asimismo, ese antimonio saturnino concuerda con el sol, al tener en sí el azogue en el que ningún metal se sumerge excepto el oro.» No debe deducirse de esta cita que el filósofo quiera hablar de la galena, es decir, del sulfuro de plomo, como parece indicar su símbolo Saturno, pues ese autor insiste, por lo demás, y muy caritativamente, en la utilización de las propiedades del antimonio: «Todo el secreto de ese vinagre antimoniado consiste en que, mediante él, sepamos sacar del cuerpo de la magnesia el mercurio que no quema en obsoluto. Y ahí está el antimonio y el sublimado mercurial, es decir, que debe sacarse de él una agua viva incombustible.» Filaleteo, en su *Entrada abierta el palacio cerrado del rey*, designa la materia primera bajo el nombre de «nuestro acero», y precisa que el Todopoderoso la marcó con un signo distintivo que permite identificarla: el de la estrella de la mañana. También aquí, hay que mostrarse desconfiado y no es-

tablecer un paralelo abusivo con Venus, símbolo del cobre; se trata, sencillamente, de la estrella que marca el régulo de antimonio. Dicha estrella es debida a un fenómeno de retracción, que se produce en el momento en que un metal se solidifica en las lingoteras. Hay entonces una contracción y se forma un hueco en el centro del lingote; ésta es una regla general. Pero el antimonio es una excepción, y, en su caso, esta retracción adquiere la forma de una estrella de seis puntas; por eso, en el título de su obra, Filaleteo hablaba de «régulo de antimonio marcial estrellado».

Finalmente, Bernard Husson, en su *Antología de la alquimia*, escribe: «No es cierto que el antimonio haya sido el material básico de todos los alquimistas que han llegado a resultados positivos en el terreno de las transmutaciones. Pero es evidente que dicho sulfuro ha desempeñado un papel preponderante en la alquimia occidental, sobre todo después de la difusión de los escritos de Basilio Valentín, una parte de los cuales es una descripción química muy exacta de cantidades de dichas sales. Se trata de ese cuerpo que el adepto más reputado de Occidente hace intervenir en sus *Doce claves*. Evidentemente, tanto Filaleteo como Monte Snyders operaron con el antimonio.

Hemos identificado, pues, la materia de los Sabios. Sólo nos queda tratar de descubrir cuál es ese misterioso primer agente, ese fuego secreto, que hace falta aplicarle y que, en la primera clave de Basilio Valentín, estaba representado por el anciano de una sola pierna armado con la hoz. Mitológicamente hablando, la hoz hace pensar en Saturno y el mazo en el dios Vulcano, que era cojo por haber sido precipitado desde el Olimpo a la Tierra por Juno, su madre, que lo había encontrado demasiado feo al nacer. Uno de los sinónimos del fuego secreto es el Vulcano lunático. Pero todo eso no nos da demasiada información sobre el primer agente, esa agua seca que no moja las manos, ese fuego que quema sin recurrir a una llama. Desde el punto de vista químico, varios cuerpos queman efectivamente, al igual que el fuego: son los ácidos, las bases fuertes y ciertas sales. Como todos los filósofos señalan que el agente primero se presenta bajo la forma de un «agua seca que no moja», tal como acabamos de recordar, es fácil deducir de ello que los ácidos fuertes y las bases quedan excluidos, dado que se presentan en forma líquida. Quedan sólo las sales y algunos ácidos orgánicos que existen en forma cristalizada.

Seguiremos pidiendo a Basilio Valentín que nos guíe, lo cual hace cuando escribe: «La sal es el fuego, el agua que no moja las manos»; invirtiendo su afirmación, se obtiene la siguiente identidad: el agua que no moja las manos es una sal. Ese mismo autor califica frecuentemente esa sustancia empleando la expresión «el hombre doble ígneo», lo cual nos permite atribuir, o bien un carácter doble a esa sal, o, mejor aún, deducir de ello que se trata de la mezcla de dos sales. Siempre en las *Doce claves de la filosofía*, Basilio Valentín parece sugerir que uno de los componentes de ese fuego secreto sería «la lejía concentrada de ceniza de roble o carbonato de potasa». Si se observa el dibujo de la XII[a] clave, vemos en él el fuego encendido debajo, no de un crisol, sino de un tonel, que es también aquí una referencia al roble (1). No hay que sacar conclusiones precipitadas deduciendo que el carbonato de potasa es el cuerpo buscado, pues la denominación medieval de ese cuerpo químico no es otra que la sal de tártaro, y sabemos que el tártaro se deposita a lo largo de las paredes de los toneles.

Remitámosnos ahora a la obra clásica de Rodolfo Glauber, la *Descripción de los nuevos hornos filosóficos*, aparecida en París, en 1659, donde hallamos interesantes capítulos que rezan (1.ª parte, páginas 54 a 56): «Cómo hay que obtener los espíritus de la sal de tártaro, del tártaro vitriolado, del espíritu de sal tartarizado y otras similares sales fijas», y luego el

(1) Véase nota página 203.

capítulo siguiente: «Y de la misma forma es hecha la leche virginal y la sangre del dragón filosófico.» Leamos, pues, en detalle el texto de ese segundo capítulo: «Algunas veces se encuentra una cierta tierra, o terreno, que tiene una afinidad con el tártaro, y que, al mezclarse con la sal de tártaro, da un espíritu en pequeña cantidad; pero en ese horno pueden ser elegidas todas las cosas fijas, ya que, al no estar las especies encerradas en él, sino dispersadas y puestas sobre el fuego, son elegidas a través del aire, y al enfriarse en los recipientes son nuevamente condensadas, lo que no puede ser bien realizado mediante una retorta cerrada. Así, pues, el que desee hacer espíritu de tártaro no tiene más que echar el tártaro calcinado en el fuego, y todo se le convertirá en espíritu: pero, en este caso, es necesario disponer de recipientes de vidrio, ya que los de tierra no podrían retenerlo.»

La obra de Glauber es esencialmente un texto espagírico, pero la indicación existente en el título del capítulo de «dragón filosófico» está ahí para mostrar que el cuerpo del que el autor va a hablar es realmente ese fuego de los filósofos que debe servir como primer agente para abrir la materia primera. La lectura de las obras escritas por otros alquimistas indica igualmente que la sal de tártaro es uno de los dos constituyentes del fuego secreto. ¿Cuál es el otro?

Leamos ahora un extracto de las obras póstumas de Grimaldy, el cual fue médico de la Corte del rey de Cerdeña (editado en París, en 1745): «El nitro y el salitre son la misma cosa, y si hay alguna diferencia, ésta consiste en que el nitro es un salitre más fino y más puro. (...) Entre todos aquellos que han hablado de esa sal admirable, el caballero Digby merece llevarse, por decirlo así, la palma. El nitro es un imán que atrae continuamente a una sal semejante del aire que lo hace fecundo y vivificante, y es en virtud de eso que *el Cosmopolita* aprovechaba la ocasión para decir que hay en el aire una invisible y secreta sustancia de vida; esa sal dulce y balsámica contribuye a la vida de los animales y los hombres, así como a la de las plantas. Esa sal es el verdadero alimento de los pulmones y las mentes. En esa sal habitan las virtudes seminales de toda cosa; pues se trata sólo de un muy puro y simple extracto preparado de todos los cuerpos, sobre el que el sol lanza con fuerza sus rayos, sublimados hasta tal punto de elevación que adquiere el último grado de pureza...

»Aceptando que toda la sublimidad que los filósofos atribuyen al nitro es verdadera, hay que reconocer, al mismo tiempo, que ellos se refieren a un nitro aéreo, que es atraído en forma de sal más blanca que la nieve, por la fuerza de los rayos del Sol y la Luna, por el imán que atrae al espíritu invisible; ésta es la magnesia de los filósofos y la plata con la que componen su disolvente, o mercurio filosófico, que abre el conjunto hasta su centro, para tener ese fuego puro que es el alma y el principio de vida y de las acciones de todo; que es, en cierto modo, la llave que abre las puertas secretas para descomponer el conjunto y reducirlo a su primer principio. Ese es, finalmente, aquel que nos sirve de disolvente en la composición del oro potable.»

En este texto, hay que entender la expresión «mercurio filosófico», no en su sentido alquímico real, sino en el sentido de primer agente, siendo el «conjunto» la materia primera que contiene en sí el azufre y el mercurio de los filósofos, y merece, pues, esa denominación de conjunto. Cotejemos ahora con esas líneas de un texto escrito por Eugène Canseliet en su comentario al *Mutus Liber*: «Entre las sales que se muestran idóneas para entrar en la composición del fuego secreto filosófico, el salitre parecería que ha de ocupar un lugar importante. Al menos, la etimología lo haría suponer. En efecto, el término griego *nitron* que designa al nitrato de potasa, llamado vulgarmente nitro, tiene su origen en *nipto* —o *nizo*—, lavado; ahora bien, sabemos que los filósofos recomendaban lavar con el fuego. Todas sus purificaciones, todas sus sublimaciones, se realizan con ayuda de lavados ígneos, de lavazas,

según escribe Nicolás Flamel. Por otra parte, el salitre, cuando actúa en contacto con materias en fusión, «crepitando», se transforma parcialmente en carbonato de potasa; se alcaliza.

Veamos finalmente lo que Bernard Husson ha escrito sobre el tema de su *Antología de la alquimia:* «El antimonio forma parte del soporte alquímico material a título pasivo, susceptible de servir de abrigo a la acumulación de influjo que, al final, permanecerá exclusivamente en una envoltura salina. En el transcurso del trabajo alquímico, el disolvente salino extrae selectivamente, del compuesto antimonial y metálico, las partículas cargadas de los principios activos, cuya exaltación constituirá la Piedra filosofal. Hemos visto que se trata de "un" nitro. No exactamente del nitrato de potasio NO_3K, sino de una sal en la que éste podría formar parte al principio y en el que el papel activo y alquímico procede de un agente exterior. (...) Pero las gentes instruidas del siglo XVII, así como sus predecesores, estaban guiados por todo un conjunto de tradiciones populares, de conocimientos, en esa época totalmente generales, cuyo olvido se suma, para el investigador actual, a la dificultad considerable de comprender, siquiera aproximadamente, un tratado alquímico. De tales tradiciones, la principal es la importancia atribuida al rocío, importancia que se remonta muy lejos, ya que se la descubre tanto entre los poetas antiguos como en la Biblia.» Esta postrera reflexión es, por supuesto, comparable a la frase citada de *el Cosmopolita,* cuyas últimas palabras eran: «Todas las cosas crecen y se alimentan del agua de nuestro rocío, de la que se saca el salitre del filósofo.»

Mi conclusión —y quiero precisar nuevamente que se basa en el estudio de los textos, y no en la práctica— es que el fuego secreto es una sal doble de potasa, nitrato y tartrato, obtenida merced a una hábil manipulación alquímica partiendo, de un lado, de las sales clásicas salitre y cremor tártaro, pero sometiéndolas a la acción del nitro sutil extraído de los oligoelementos del rocío.

Así, pues, ahora hemos identificado, al menos en teoría, la materia primera y el primer agente al que ésta será sometida. En lo sucesivo, hay que pasar al estudio del filósofo elegido como maestro, y ese estudio exigirá muchos años: un mínimo de diez, me decía René Alleau. Es mejor evitar los tratados demasiado antiguos, tales como los atribuidos a Raimundo Lulio, Arnaldo de Vilanova o Bacon, pues no se puede sacar ya de ellos nada bueno. Yo desaconsejaría incluso a Nicolás Flamel, pese a que algunos alquimistas contemporáneos me han asegurado que trabajaban a partir de sus obras. En mi opinión, hay cuatro maestros (1) que pueden ser escogidos válidamente. Sus obras me parecen lo suficiente «caritativas» como para servir de guía al estudioso. Se trata de Basilio Valentín, *el Cosmopolita,* Filaleteo y Fulcanelli. Y aún, en lo que concierne a la obra de Alexandre Sethon, llamado *el Cosmopolita, La Nueva Luz Química,* ésta no ha sido por el momento reimpresa y es, pues, bastante difícil de consultar. Por contra, podemos encontrar bastante fácilmente las obras de los otros tres alquimistas. Basilio Valentín es, en principio, más austero y difícil, pero es más sincero. Filaleteo, por el contrario, resulta muy claro y muestra una perfecta sinceridad, ¡aunque, en realidad, es el más mentiroso! En cuanto a Fulcanelli, sus obras son de difícil manipulación, ya que, ciertamente, ha tratado todas las partes del magisterio, pero fraccionando las diversas partes de las tres obras y mezclándolo todo, lo que hace muy incómodo el trabajo para el estudioso. Eugène Canseliet, su discípulo, me dijo que él preparaba por sí mismo un nuevo tratado en el que, por primera vez, sin ir más allá de las divulgaciones de su maestro, trataría las diversas partes del magisterio por orden —lo que, hasta el momento, no ha sido hecho nunca. Esto sería un progreso decisivo en la comprensión de las operaciones prácticas del arte hermético (2).

(1) A los que algunos añaden a Limojon de Saint-Didier.
(2) Este libro acaba de aparecer: *L'alchimie, expliquée sur ses textes classiques,* editada por «J. J. Pauvert». El autor ha mantenido sus promesas.

Sólo me queda ahora describir a grandes rasgos, y en la medida en que las conozco, cuáles son las principales operaciones del magisterio. Deseo precisar, antes que nada, en el caso que este libro hubiera hecho nacer alguna vocación de alquimista, que hay algunas condiciones que deben ser reunidas por parte del futuro filósofo hermético antes de poder dedicarse al trabajo. Es preciso, en primer lugar, que sea muy rico. ¡Para hacer oro, hay que tener mucho de él! Ésta es una primera condición *sine qua non*. La práctica de la alquimia requiere atenciones minuciosas y constantes que exigen la presencia del practicante con plena dedicación ante su horno. Es preciso que disponga de una casa de campo o de una propiedad donde pueda construir su laboratorio y trabajar en medio de la paz y la calma. Por tanto, exige una aportación de fondos importante al comienzo, así como la imposibilidad de practicar un trabajo remunerado durante muchos años; por eso, lo repito, hay que ser muy rico para buscar la Piedra filosofal.

Luego, tal como lo explicaba Bernard Husson en el primer capítulo de este volumen, es necesario montar un laboratorio según las normas de los tiempos antiguos. En particular, hay que fabricar un horno de carbón, siguiendo el modelo de aquellos que vemos representados en los tratados del siglo XVII. Por lo demás, hay que estudiar Química. ¡Atención! Por Química, no entiendo en absoluto la que, en nuestros días, se enseña en las Universidades, sino la química de los tiempos antiguos, digamos de las obras que datan de 1750, todo lo más. El mejor tratado es el de Nicolas Lémery, una edición completa del cual fue publica en 1756, y que contiene todo lo que debe saber el aprendiz de alquimista. El estudio de la obra de Rodolphe Glauber, *La descripción de los nuevos hornos filosóficos* (1), será también muy útil.

Una vez cumplidos todos esos preliminares —que, sin duda, habrán durado años—, el futuro artista deberá procurarse la materia primera. Eso no ha de ofrecer ninguna dificultad, creéis, desde el momento en que sabemos que se trata del mineral de antimonio. Las cosas no son tan simples; los minerales sufren hoy cierta preparación: la lixiviación, que tiene por objeto separarlos de su ganga, pero cuyo inconveniente reside en que los hace inadecuados estrictamente para la Obra. Basilio Valentín escribía ya en este sentido: «Todas las mercancías en venta sacadas de las minas valen cada una su precio, pero cuando están falsificadas se vuelven inadecuadas. En efecto, son alteradas bajo un falso resplandor y ya no convienen, como antaño, a la obra.» Lo que era cierto en su época lo es más aún en nuestros días, y resulta muy difícil procurarse estibina nativa, es decir, extraída directamente de la mina. Tanto más cuanto que algunos gramos de mineral no bastan para la Obra. Sé, por confidencias, que es conveniente hacerse con unos doscientos kilos de mineral ya desde el comienzo.

(1) París, 1659.

Finalmente, para empezar la Obra, es preciso aguardar un período favorable del año: el período definido por el *Mutus Liber*, es decir, esencialmente el mes de mayo. Durante ese mes, el influjo celeste, que participa en la renovación de la Naturaleza, baña más particularmente nuestro planeta. Sobre todo, no hay que creer que las operaciones prácticas del magisterio filosofal son estrictamente de naturaleza química. Algunas de ellas, anexas, como por ejemplo la preparación del agente primero, son en parte químicas, pero la alquimia no participa en esas manipulaciones. Al comienzo hay sustancias, que tienen, sí, una naturaleza química, y que forman parte prácticamente de la Obra, pero, a partir de un cierto momento, interviene el misterio alquímico propiamente dicho. La mente astral, o la mente de la Naturaleza, viene a concentrarse en los productos de la Obra y transforma una operación puramente química en otra en lo sucesivo alquímica, que no podría ser reproducida en nuestros laboratorios. Se trata de una concentración de energía, de una forma de energía que

no es de momento conocida. Tal como lo decía Geber en la *Suma de las perfecciones del magisterio*: «No somos nosotros quienes transmutamos los metales, sino la Naturaleza, a la que, merced a nuestro artificio, preparamos la materia y disponemos las vías. Siempre es ella la que actúa indefectiblemente; nosotros somos sólo sus ministros.» ¿Cómo se concentra esa energía en la materia? ¿Cómo es captada? Esto es algo que yo ignoro todavía. Su origen es cósmico, y yo sé que la captación del influjo solar y la utilización de la luz polarizada de la Luna no son extraños a ello, pero no he logrado de momento avanzar más.

¿Qué seguirá haciendo, siempre desde un punto de vista práctico, nuestro alquimista? Oigamos a Fulcanelli que nos explica en sus *Moradas filosofales*: «Así, pues, si queréis poseer el grifo, que es nuestra piedra astral, arrancándola de su ganga arsenical, tomad dos partes de tierra virgen, nuestro dragón escamoso, y una del agente ígneo, el cual es ese valiente caballero armado con lanza y escudo. Ares más vigoroso que Aries debe estar en menor cantidad. Pulverizad y añadid la decimoquinta parte de toda esa sal pura, blanca, admirable, varias veces lavada y cristalizada, que necesariamente debéis conocer. Mezcladla íntimamente; luego, tomando ejemplo en la dolorosa Pasión de Nuestro Señor, crucificad con tres clavos de hierro, a fin de que el cuerpo muera y pueda resucitar. Hecho esto, sacad del cadáver los sedimentos más groseros, moled y triturad sus osamentas; con una varilla de acero amasad el conjunto en un fuego suave. Echad entonces a esa mezcla la mitad de la segunda sal, sacada del rocío que, en el mes de mayo, fertiliza la tierra, y obtendréis un cuerpo más claro que el anterior. Repetid tres veces la misma técnica; llegaréis a la minera de nuestro mercurio, y habréis subido el primer peldaño de la escalera de los Sabios (1).»

(1) He aquí algunas explicaciones para entender mejor este texto. «Grifo» y «piedra astral» designan la Piedra filosofal acabada. La «materia lejana» es denominada «tierra virgen», y luego «dragón escamoso». Más adelante, los «tres clavos de hierro» sirven para indicar una triple disolución.

En otras palabras, se tritura en el mortero la materia primera y se la somete a la acción del disolvente salino, con el fin de extraer de ella una sustancia que parece ser el famoso mercurio filosófico que los sopladores han buscado en casi todos los cuerpos imaginables de la Naturaleza. En realidad, el mercurio filosófico se extraería de la primera materia bajo la influencia del fuego secreto, durante la primera Obra; a continuación sería aplicado al residuo metálico y, finalmente, calentado junto con este último durante la cocción final. Todas las operaciones inicialmente descritas serán repetidas muchas veces, según el famoso principio *solve et coagula*, al menos en la vía húmeda, que es la que acabamos de describir.

Al no haber practicado por mí mismo el magisterio en el laboratorio, no debería extenderme más en las operaciones prácticas de la Obra. Simplemente, al objeto de orientar al lector acerca de la parábola del *Sueño verde*, antes citada, explicaré rápidamente en qué consiste esa sucesión de colores que se menciona frecuentemente en las alegorías alquímicas. Al final de la segunda Obra, lo que queda de la materia primera y del mercurio filosófico están unidos en una materia doble, un *rebis*. Este compuesto es lo que será preciso calentar durante la cocción propia de la tercera obra. La mayoría de los filósofos indican que debe comenzarse por el régimen de Saturno, es decir, de la Obra en negro. Se trata en este caso de una indicación «engañosa», ya que la cocción queda así amputada de su primer régimen. Sólo Filaleteo, en su *Entrada abierta al palacio cerrado del rey*, ha sido tan caritativo como para dar informaciones verídicas sobre este punto. Así en el capítulo XXIV, «Acerca del primer régimen de la Obra», que es del mercurio filosófico», escribe: «Comenzaré por el régimen del mercurio, que es un secreto, del cual ni uno solo de los filósofos ha hablado jamás. Pensemos que todos han comenzado por la segunda obra, es decir, por el régimen de Saturno, y no han proporcionado ninguna luz al artista que empieza, de lo que tiene que hacerse antes de

que aparezca la negrura, la cual es uno de los principales signos de la Obra. Ni siquiera el buen Bernardo, conde de Trevisano, ha dicho nada de ello, pues enseña en su parábola que el rey, cuando llega a la fuente, tras haberse despedido de todas las personas extranjeras, penetra totalmente solo en el baño, llevando una túnica de paño de oro, de la cual se despoja, entregándola a Saturno, que, a cambio, lo cubre con un vestido de terciopelo negro. Sin embargo, nada dice acerca de cuánto tiempo emplea el rey para desprenderse de este vestido de paño de oro, y así silencia todo un régimen entero, que puede ser de cuarenta días, y a veces de cincuenta. Durante ese tiempo, los pobres aprendices se basan en experimentos que no conocen.»

La cocción del *rebis* es marcada así por una serie de colores que ponen de manifiesto los pasos de un estado de la materia a otro. En primer lugar, todos los colores, cuando se trata del régimen del mercurio, y luego, el negro, en el de Saturno. De nuevo, una serie de colores variables, con filamentos blancos, aparecen en los bordes del recipiente de vidrio, en el régimen de Júpiter. Luego se llega a la Obra en blanco con el régimen de la Luna; a continuación vienen los matices propios del régimen de Venus. Filaleteo escribe respecto de estos últimos colores: «El primero de todos será el verdor de Venus, que durará mucho tiempo, pues no desaparecerá enteramente hasta después de veinte días. Luego vendrá el color blanco, y, más tarde, el lívido o plomizo, y, hacia el final del régimen de Venus, el color de púrpura, pálido y oscuro.»

A continuación aparece el naranja, mezclado de amarillo, que indica el régimen de Marte; esos colores se irisan y dan entonces la impresión de una cola de pavo real, comparación que encontramos frecuentemente en los escritores alquímicos y que se relaciona con ese estadio concreto del magisterio. Finalmente, el último régimen es el del Sol, o del oro filosófico, cuyo primer signo será, precisamente, que todo el compuesto aparece con un color dorado en el recipiente, luego emitirá una luminosidad resplandeciente, como un sol en miniatura, antes de pasar al rojo oscuro, que parece ser el estadio terminal de la cocción.

Queda por practicar una última operación: se trata de la multiplicación, operación consistente en cocer otra vez la Piedra, según los mismos principios que el *rebis* durante la tercera Obra. Se obtiene así la verdadera medicina universal.

CONCLUSIÓN

En la época del primer historiador serio del arte hermético, el abad Lenglet-Dufresnoy, en el siglo XVIII, se enumeraba ya seis mil libros o manuscritos alquímicos; ¡y nuevas investigaciones, más recientes, indican que el *corpus* hermético se situaría alrededor de veinte mil volúmenes! La mayor parte de esos textos no han sido leídos nunca, y no se excluye la posibilidad de que su estudio pueda aportar las respuestas a muchos puntos aún oscuros de la filosofía química.

En este breve estudio histórico, he querido, sobre todo, demostrar que el dogma de la imposibilidad de las transmutaciones metálicas por la vía alquímica —dogma que tiene su origen en la «ciencia» del siglo XIX— no resistía un estudio de los hechos. Es evidente que Johann Friedrich Böttger, por ejemplo, o científicos tales como Van Helmont o Helvecio, transmutaron realmente metales en oro merced a una sustancia catalizadora, llamada Piedra filosofal. Estos hechos bastan por sí solos para probar la realidad de la alquimia. Ciertamente, algunos científicos los negarán, argumentando que el testimonio humano es inadmisible y carece de valor. Camille Flammarion, gran sabio contemporáneo, condenó esa actitud: «El testimonio es considerado como nulo, y, todavía en

nuestros días, una cierta escuela, amiga de la paradoja, continúa enseñando que los testigos, sean quienes fueren, no tienen ningún valor demostrativo (1).» La posición de esta escuela científica me parece puro sofisma; si el testimonio es privado de todo valor, entonces ya no hay historia, ni justicia, y en última instancia, ni recuerdos, ni tampoco vida. No la tomaría, pues, en consideración.

Como conclusión de este librito dedicado a la rehabilitación de la ciencia de los filósofos químicos, no podría hacer nada mejor que ceder la palabra al más grande de ellos, el artista desconocido que se ocultó bajo el seudónimo filosófico de Ireneo Filaleteo:

«Pero, veamos cuál es la dicha y la felicidad de aquel a quien Dios ha querido gratificar con ese talento. (...) Primeramente, si viviera mil años y tuviera todos los días un millar de hombres que alimentar y cuidar, jamás le faltaría nada para ello, porque puede, a voluntad, multiplicar su Piedra en peso y virtud. De suerte que ese hombre, si es adepto, y si quisiera, podría transmutar en oro o plata verdaderos todos los metales imperfectos que pueden encontrarse en el mundo.

»Segundo, por medio de ese arte, podrá hacer piedras preciosas y perlas incomparablemente más bellas y voluminosas que ninguna que la Naturaleza haya producido jamás. Y, finalmente, tiene una medicina universal, tanto para prolongar la vida, como para curar toda suerte de enfermedades: de manera que un hombre que es verdaderamente adepto es, por sí solo, capaz de devolver la salud a todos los enfermos que hay en la Tierra habitable.

»Rindamos, pues, loor y gracias, por siempre jamás, al Rey eterno, inmortal y Todopoderoso, en reconocimiento de sus bondades infinitas y de sus tesoros inestimables, que Él pone en las manos y bajo el poder de los hombres sabios. Así, yo exhorto a aquel que tenga ese talento a servirse de él en honor

(1) *Les maisons hantées*, París, 1925.

de Dios y para la utilidad del prójimo, a fin de que no sea convicto de ingratitud hacia Aquel que le ha confiado ese bienaventurado talento, y no se encuentre culpable y condenado en el último día.»

APÉNDICE

A continuación damos un breve tratado de Filaleteo, traducido por Guillaume Salmon y publicado en el tomo IV de la Biblioteca de los filósofos químicos, *en París, 1754, el cual permitirá al lector penetrar más profundamente en la literatura hermética.*

EXPERIMENTOS

SOBRE LA PREPARACIÓN DEL MERCURIO DE LOS SABIOS PARA OBTENER LA PIEDRA, A TRAVÉS DEL RÉGULO DE MARTE, O HIERRO, QUE CONTIENE ANTIMONIO, Y ESTRELLADO, Y A TRAVÉS DE LA LUNA O LA PLATA.

Sacados del manuscrito de un filósofo americano llamado Ireneo Filaleteo, inglés de nacimiento, habitante del Universo.

I. — *Secreto del arsénico filosófico.*

Tomé una parte del dragón ígneo, y dos partes del cuerpo magnético, las preparé conjuntamente mediante un fuego de rueda, en la quinta preparación fueron hechas ocho onzas de verdadero arsénico filósofico.

II. — *Secretos para preparar el mercurio con su arsénico, y eliminar las heces impuras.*

Mi método consistía en tomar una parte de arsénico filosófico muy bueno, que yo casé con dos partes de la virgen Diana, y las uní en un solo cuerpo, el cual trituré y reduje a partículas menudas; con ello preparé mi mercurio, trabajando todo el conjunto al calor requerido, hasta que estuvieron muy bien obrados; luego, purgué la composición mediante la sal de orina para hacer que se desprendieran las heces, que recogí por separado.

III. — *Depuración del mercurio de los Sabios.*

Destilad tres o cuatro veces el mercurio preparado, y que tenga aún alguna impureza externa, en un alambique apropiado, con una cucúrbita calibrada, luego lavadlo con la sal de orina hasta que se clarifique, y no deje ninguna cola al correr.

IV. — *Otra purgación muy buena.*

Tomad diez onzas de sal decrepitada, y otro tanto de escorias de Marte, o de hierro, con una onza y media del mercurio preparado; triturad en un mortero de mármol la sal y las escorias, reducidlas a partículas menudas; añadid entonces el mercurio; moledlo todo con vinagre, hasta que esté tan bien mezclado que no se distingan sus partes; ponedlo en un recipiente filosófico de vidrio y destiladlo en un alambique también de vidrio por mediación del nido que le sirve de arena, hasta que todo el mercurio se sublime, puro, claro

y resplandeciente; realizad por tres veces esta operación y tendréis el mercurio muy bien preparado para el magisterio.

V. — *Secreto de la justa preparación del mercurio de los Sabios.*

Cada preparación del Mercurio con su arsénico es un águila; cuando las plumas del águila han sido purgadas de la negrura del cuervo, haced de manera que el águila vuele hasta siete veces, es decir, que la sublimación se realice otras tantas veces; entonces el águila o la sublimación está bien preparada y dispuesta para elevarse hasta la décima vez de un modo natural.

VI. — *Secreto del mercurio de los Sabios.*

Tomé el mercurio necesario y lo mezclé con su verdadero arsénico. La cantidad de mercurio fue de cuatro onzas aproximadamente, e hice que la mezcla tuviera una consistencia ligera; la purgué de la manera conveniente, luego la destilé, y me dio el cuerpo de la Luna; lo cual me hizo reconocer que había hecho mi preparación según el Arte, y muy bien.

A continuación, añadí y aumenté a su peso arsenical del antiguo mercurio, tan pesado como fue necesario para que ese mismo mercurio hiciera la composición fluida y ligera, y lo purgué así hasta que la negrura y las tinieblas se disiparon, hasta que la Obra adquirió la blancura de la Luna.

Entonces tomé media onza de arsénico, cuya ligazón necesaria realicé. Añadí esto al mercurio, uniéndolo, formándose una materia dispuesta en forma de barro de alfarero, aunque un poco más ligero,

Lo purgué nuevamente según la costumbre requerida. Esta purgación exigía mucho trabajo; lo cual hice con un tiempo

largo para la sal de orina, que encontré muy buena para esta obra.

VII. — *Otra purgación muy buena.*

La mejor vía que encontré para purgar la composición fue mediante el vinagre y la sal pura marina; así fue como en doce horas, pude preparar un águila, o sublimación.

1.° Hice volar un águila. Diana quedó en el fondo del huevo filosófico, con un poco de cobre.

2.° Traté de hacer volar otra águila y, tras haber rechazado las superfluidades, realicé también una sublimación, y de nuevo las palomas de Diana permanecieron con una tintura de cobre.

3.° Esposé al águila, haciendo que se unieran la sublimación con el compuesto, y también purgué apartando las superfluidades hasta que apareció cierta blancura; entonces hice volar otra águila o sublimación, y una gran parte del cobre permaneció con las palomas de Diana; luego hice volar al águila dos veces separadamente para operar toda la extracción del cuerpo total.

4.° Casé al águila haciendo recaer la sublimación sobre la confección, y añadiendo más y más gradualmente su humor o humedad radical; y, a través de eso, la consistencia fue lograda en muy buen régimen; la hidropesía que había reinado en cada una de las tres primeras águilas cesó enteramente.

Ésta fue la buena vía que encontré para preparar el mercurio de los Sabios.

Luego, pongo en un crisol, introduciéndolo en el horno, la masa amalgamada y casada según el Arte; procuro, no obstante, que no haya sublimación alguna durante una media hora; entonces, la retiro del crisol y la trituro hábilmente; después la vuelvo a meter en el crisol y en el horno y, tras

un cuarto de hora aproximadamente, la retiro de nuevo y la trituro, empleando entonces un mortero calentado.

En esta obra, la amalgama comienza a lanzar mucho polvo blanco; la meto nuevamente en el crisol y sobre el fuego, como la primera vez, y durante un tiempo conveniente, de modo que no se sublime en absoluto, aunque cuanto más fuerte sea el fuego, mejor.

Continúo ese trabajo calentando y triturando así la masa, hasta que, casi por completo, aparezca en forma de polvo; luego, la limpio, y lo que haya de heces se separa fácilmente; entonces, la amalgama se pone aparte; tras lo cual, la lavo y purifico otra vez mediante la sal, la pongo de nuevo sobre el fuego, y la trituro como hice anteriormente. Repito este procedimiento hasta que no queden en ella heces ni impurezas.

VIII. — *Triple prueba de la bondad del mercurio preparado.*

Coged vuestro mercurio preparado con su arsénico, mediante el trabajo de siete, nueve o diez sublimaciones; vertedlo en el huevo filosófico, zulacadlo bien con el betún de Sapiencia y colocadlo en el horno en su nido, que permanezca allí en un calor de sublimación, de manera que suba y baje en este huevo de vidrio, hasta que se coagule en forma algo más espesa que la mantequilla; continuad así hasta una perfecta coagulación, hasta, digo, la blancura de la Luna.

IX. — *Otra y segunda prueba.*

Si el mercurio, al agitar el recipiente de vidrio que lo contiene, se convierte naturalmente con la sal de orina en polvo blanco impalpable, de manera que no aparezca ya bajo la forma mercurial, y que de nuevo también naturalmente

adquiera consistencia de seco y cálido, como un mercurio ligero y volátil, esto basta; es, no obstante, mejor si se lo hace pasar en ese estado en forma de glóbulos imperceptibles por el agua de la fuente de los filósofos: pues si el cuerpo reside en granos, no será así convertido y separado en partículas ligeras.

X. — *Otra y tercera prueba.*

Destilad el mercurio en un alambique de vidrio, mediante una cucúrbita también de vidrio; si pasa sin dejar nada detrás de sí, entonces, el agua mineral es buena.

XI. — *Extracción del azufre fuera del mercurio vivo, por medio de la separación.*

Tomad todo vuestro compuesto de alma, espíritu y cuerpo mezclados conjuntamente, cuyo cuerpo ha sido coagulado por la vía de la digestión y la virtud del espíritu volátil, y separad el mercurio de su azufre por medio del adecuado destilador de vidrio; entonces, tendréis la Luna blanca fija que resiste el agua fuerte, es decir, a la plata filosófica, que es más pesada que la plata vulgar.

XII. — *Secreto para obtener el oro mágico de esa plata.*

Merced al calor del fuego, obtendréis el azufre amarillo que es el oro, de ese azufre blanco que es plata. Se trata de una operación manual que ayuda a la Naturaleza, y ese oro es el plomo rojo de los filósofos.

XIII. — *Manera de obtener el oro potable de ese azufre aurífico.*

Convertiréis ese azufre amarillo en aceite rojo como sangre, haciéndolo circular según el Arte con el menstruo volátil, que es el mercurio filosófico; así es como tendréis una panacea admirable.

XIV. — *Conjunción grosera del menstruo con su azufre, para formar la producción del fuego de naturaleza.*

Tomad mercurio preparado, purgado y bien obtenido por medio del trabajo de siete, ocho, nueve o diez águilas todo lo más; mezcladlo con el azufre rojo llamado latón preparado, es decir, que se necesita dos o tres partes como máximo de agua filosófica por una parte de azufre puro, purgado y triturado.

XV. — *Elaboración de la mezcla mediante un trabajo manual.*

Triturad y moled esa mezcla sobre un mármol, en partículas muy finas, delgadas y sutiles; a continuación, lavadla con el vinagre y la sal Armoniac, hasta que haya soltado todas sus heces negras; entonces, lavaréis todo su labor picante salino y su acrimonia en el agua de la Fontana filosófica: fuente de Salmacis, fuente de Juventud, piscina probática; luego lo haréis secar sobre un cartón adecuado, vertiéndolo con cuidado y agitándolo con la punta de un cuchillo, hasta lograr su perfecta fijeza.

XVI. — *Imposición del feto en el huevo filosófico.*

Ahora, colocaréis vuestra mezcla, bien seca, en un huevo filosófico de vidrio, el cual será muy blanco y transparente, del tamaño de un huevo de gallina. Que vuestra materia no exceda de dos onzas en ese huevo, que sellaréis herméticamente; por ello, pesadlo antes de introducir en él la materia, y volved a hacerlo tras haberla introducido, para conocer así y regular su peso. Sabed que nuestra mezcla, en su origen, es un agua seca que no moja las manos: hay en esto un gran secreto.

XVII. — *Y última. Régimen del fuego.*

Disponed un horno construido de manera que podáis mantener en él un fuego inmortal, es decir, un calor continuo sin interrupción, desde el comienzo de la Obra hasta su fin; procuraréis mantener un calor de primer grado en el lugar del nido. En dicho horno, el rocío de nuestro compuesto debe elevarse y circular por sí mismo, o sea, por su propia virtud, continuamente noche y día sin ninguna interrupción, y operar de modo natural todas las maravillas de la Obra. En ese fuego, el cuerpo morirá y el espíritu será renovado; finalmente, de ello nacerá un alma nueva que será glorificada y unida a un cuerpo inmortal e incorruptible; así se hará un nuevo Cielo.

Nota en forma de suplemento y de conclusión.

Adviértase bien que los experimentos 16.° y 17.° de Filaleteo contienen, de un modo ingenuo y sincero, el análisis explicativo de toda la conducción de la Obra hermética de forma

simple y natural. Los demás experimentos de ese filósofo encierran grandes verdades e instrucciones, pero éstas son muy sutiles y capciosas; parece haber reservado considerar bajo un solo punto de vista la descripción de los dos artículos principales y esenciales, con la verdad de que hace alarde y sin ninguna oscuridad, para el final de su tratado, lo cual, según el orden natural, debía hacerlo al principio. En lo cual ha seguido la costumbre de los antiguos hebreos, que comenzaban sus libros por el final del volumen, remontándose luego a su comienzo, donde terminaban. Esta revelación será de una gran ayuda para los verdaderos artistas. *(G. Salmon.)*

Jacques Bergier
EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE

Las civilizaciones desaparecidas. Los extraterrestres entre nosotros. Sensacionales descubrimientos sobre el origen de la vida. **Edición ilustrada.**

Andreas Faber Kaiser
¿SACERDOTES O COSMONAUTAS?

La razón de las visitas de los platillos volantes, ¿radica en nuestra dependencia de otras civilizaciones? **Edición ilustrada.**

Jacques Huynen
EL ENIGMA DE LAS VÍRGENES NEGRAS

¿Qué misterioso secreto encierran las Vírgenes negras de la cristiandad, todas las cuales tienen exactamente las mismas características? **Edición ilustrada.**

Peter Kolosimo
CIUDADANOS DE LAS TINIEBLAS

Voces del pasado, imágenes del futuro, poderes invisibles capaces de mover objetos a distancia... Los fenómenos más desconcertantes, explicados por primera vez a la luz de la Ciencia.

Belline
EL TERCER OÍDO

Impresionantes experiencias de comunicación de un padre con su hijo... desde el más allá. **Edición ilustrada.**

Rainer Erler
LA DELEGACIÓN

Aquel corresponsal de Televisión, ¿sucumbió a causa de algún accidente, o fue víctima de unos seres extraterrestres?

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Esplugas de Llobregat.
Barcelona